

¿Y si te enamoras de mí?

Inédito



Ana Urbina

Ana Urbina

*¿Y si te enamoras
de mí?*

Inédito

PRESENTACIÓN

Ella es una joven migrante latina que se radica en los Estados Unidos por razones de seguridad. Su principal temor es que su secuestrador salga libre y la encuentre para matarla y de esa manera saldar la cuenta pendiente que tiene con ella.

Edward Morgan es uno de los principales ejecutivos de las Empresas Morgan. Arrogante, presumido y muy seguro de sí. Extremadamente varonil y obstinado con su trabajo. Siempre ha creído que los latinos son personas que llegan a su país para quitar oportunidades de empleos a los anglosajones hasta que conoce a Florencia Martínez, que lo hace cambiar y reflexionar sobre sus formas de pensar.

Juntos enfrentan los peores temores de la vida pasada de Florencia así como una serie de hechos lamentables que al final, lejos de separarlos, los unen más.

CAPÍTULO I

El Encuentro

-Buenas noches-, sonó la voz de una mujer al abrirse la puerta de la oficina del edificio donde cada noche la empresa outsourcing hacía la limpieza.

Ella dudó que al interior de la oficina hubiese alguien porque no le contestaron. Pero era evidente que un haz de luz salía por debajo de la puerta.

De todas maneras, ella la abrió y encontró al señor Edward Morgan Junior sentado en su silla de cuero negro enfrente de su computadora de escritorio.

Él, al escuchar el crujir de la puerta que se abría dirigió su mirada hacia esa dirección.

En ese momento, los dos pares de ojos se encontraron asombrados.

Ella, por su lado, porque no se lo imaginó tan joven, varonil y sobre todo, con una piel tan blanca. Pero lo que más llamó su atención fue el color de sus ojos, azules como las aguas más cristalinas que ella había contemplado en las playas de su país.

Él, por su parte, mostró su asombro porque a esa hora siempre entraba Pepe Pérez a hacer la limpieza y ahora era una mujer de gorra, de ojos castaños, de figura esbelta, alta y piel trigueña.

-¿Pero, quién eres? le dijo Edward.

Ella, en un perfecto inglés, le respondió:

-Soy la persona de la limpieza; disculpe mi interrupción pensé que no había nadie.

-*¿Y Pepe Pérez, donde está?-*, le volvió a preguntar Edward.

Ella volvió la mirada hacia el piso y le dijo:

-*Él ha regresado a México porque ha fallecido uno de sus siete hijos. Se fue el fin de semana.*

-*Pero cómo?*-, le dijo Edward -*nadie me ha avisado de este cambio.*

-*Lo siento, se disculpó ella. Tengo entendido que la empresa para la que trabajo mandó la notificación el propio viernes. Lo que desconozco es a quien la dirigió.*

Edward se quedó callado y pensando en Pepe. En el poco tiempo que tenía de haber regresado de su doctorado en Negocios y haberse incorporado a las Empresas Morgan, le había tomado aprecio. Cuando coincidían a la hora de la limpieza, así como ese día; ambos conversaban de fútbol, de la situación política de México y Estados Unidos; así como de otros temas de interés para ambos.

Edward supuso que la muerte de uno de sus hijos había sido imprevista ya que la semana pasada Pepe no le había comentado nada.

La chica interrumpió de nuevo los pensamientos de Edward, cuando le dijo:

-*Regresaré más tarde para hacer limpieza y siento mucho haberlo molestado.*

-*¡ESPERA!-, le gritó Edward y agregó: Si ya estás acá ¿por qué no haces la limpieza de una sola vez?*

-*No puedo hacerlo por política de la empresa hacia las mujeres. Regresaré cuando usted se haya retirado-, le respondió la mujer y se dio la vuelta.*

Edward se quedó contemplándola de espalda y se dijo: -chica alta, bien dotada y de muy buena estatura. Pero lo que más le llamó la atención fue su trasero perfectamente definido.

-*¡ESPERA!-, le volvió a gritar Edward -¿Cómo te llamas?-*

-*Florencia Martínez-, le dijo ella y retomó su camino.*

Edward se quedó nuevamente sólo y trató de concentrarse en su trabajo. Para tratar de lograrlo mejor, se levantó para cerrar la puerta. Al llegar, vio hacia fuera y contempló cómo Florencia se colocaba sus audífonos y comenzaba a cantar en un perfecto español. Luego contempló cómo ella entraba a la oficina de Matheo Morgan, su padre y cerraba la puerta.

Edward sólo pudo trabajar una hora más y después apagó su computadora. Se dirigió a la puerta y la cerró. Al salir del pasillo, su sentido del olfato percibió un rico aroma a lavanda que le recordó el tiempo vivido en Europa durante su doctorado.

Al llegar al ascensor y entrar, Edward vio cómo Florencia regresaba a su oficina. Ella no lo vio, así que Edward la observó por un largo rato.

-¿Quién es esta mujer?- se preguntó y pensó: -¿de dónde es? Parece muy fina para este oficio.

Esas eran las preguntas que debía responder su padre mañana. Por ahora, sólo le interesaba llegar a su apartamento y tener sexo toda la noche con Laura, su amante.

CAPÍTULO II

Edward Morgan: Un joven y guapo ejecutivo.

Edward Morgan, era el segundo ejecutivo más importante, después de su padre, en las Industrias Morgan; empresa dedicada al negocio de las telecomunicaciones en San Francisco, California.

Toda la empresa, cuya casa matriz estaba en el edificio del centro de San Francisco contaba con más de diez mil empleados, excluyendo los contratados bajo la modalidad outsourcing.

Ese día, Edward llegó más temprano de lo acostumbrado y se dirigió directamente al despacho de su padre, quien siempre llegaba a la oficina a las siete y treinta de la mañana. Edward entró sin tocar a la puerta y lo saludó levantándole la mano, ya que Matheo Morgan estaba al teléfono.

Ambos ejecutivos se destacaban por vestir siempre impecables. Su exclusivo, exquisito y delicado gusto siempre era notorio en la compañía.

Matheo era un hombre de casi sesenta años con cabellera canosa, piel blanca y ojos verdes. Su estatura estaba por arriba del promedio.

Llevaba casado con la madre de Edward más de cuarenta años. El nombre de ella era Rosemarie Morgan. También tenían una hija, hermana menor de Edward, cuyo nombre era Jennifer Morgan. Edward era el mayor de los dos y tenía un carácter extrovertido, simpático, agresivo y sumamente educado. Siempre se destacó en los estudios, llevándose los primeros lugares. Su maestría y doctorado los obtuvo estudiando con becas que ganó en base a su buen rendimiento académico.

Había regresado de estudiar su doctorado en Europa hacía casi un año y dadas sus sobresalientes dotes intelectuales aprendió rápido

el negocio de las Empresas Morgan y por ello estaba ocupando la silla de la vicepresidencia.

La tendencia apuntaba a que en pocos años, la presidencia de la compañía sería ocupada por Edward. Eso alegraba a Matheo y Rosemarie porque reconocían que su hijo era el más capaz para asumirlo. Lo único que les preocupaba era que a sus casi treinta y seis años no presentaba signos para estabilizarse con alguna mujer.

Edward siempre había tratado con mujeres bellas, exuberantes y finas. Algunas de ellas eran siempre las que lo perseguían. Él pensaba que sus sentimientos debían mantenerse bien guardados ya que demostraban debilidad y eso era algo que no se permitía. Por otra parte, tenía algunos paradigmas acerca de los inmigrantes latinos bastante arraigados que le impedían contar con una percepción objetiva de los mismos.

Ese día, Edward quería preguntarle a su padre qué había pasado con Pepe; pero lo que realmente le interesaba era saber quién era esa mujer llamada Florencia.

Así que fue directo al grano:

-Padre, le dijo- ¿Qué pasó con Pepe Pérez?

Su padre afirmó lo que anteriormente Florencia le había informado.

-Su muerte fue imprevista: fue un ataque fulminante al corazón. Era su hijo mayor, que junto a él sostenían la casa-, finalizó Matheo Morgan.

-¿Y quién es la mujer que lo está reemplazando?-, preguntó Edward.

-Tú sabes que quien se encarga de los servicios outsourcing de esta empresa es tu madre. De ella sólo sé que es la sobrina de Vicente Martínez, el dueño latino de la empresa de limpieza. Ella llegó al país hace un tiempo atrás y ahora está tramitando su estadía; así que mientras le salen los permisos, está ayudando. Además, agregó su padre:

-Tengo entendido que Vicente le dijo a tu madre que sólo podía confiar en ella para reemplazar a Pepe ya que no cualquiera entraba hasta estas oficinas.

-*Lamento lo de Pepe-, dijo Edward y agregó:*

-*Me hubiera gustado ayudarle en estos momentos. ¿Sabes si regresará?*

-*No tengo idea hijo- y agregó: ¿Desde cuándo te preocupan las actividades domésticas de este negocio?*

Edward se retorció en la silla y mostró cierta incomodidad ante la pregunta de su padre porque en realidad jamás trataban ese tipo de temas entre ellos.

Así que para no continuar en esa situación, Edward se levantó de la silla y se despidió.

Ese mismo día, Edward tenía que salir de la ciudad por cuestiones de negocio, así que pasó los siguientes tres días fuera del edificio.

A su regreso se incorporó a sus actividades diarias, las cuales por su ausencia, se habían acumulado. Trabajó absorto hasta las siete de la noche y aún le faltaban varios documentos para revisar. Esa era la parte del negocio que no le gustaba. Su ausencia siempre se traducía en más trabajo por realizar.

Al salir de su despacho, apagó las luces y se dirigió al ascensor. Al abrirse la puerta, se encontró con dos hombres del personal de servicios de limpieza. Ambos lo saludaron en inglés y luego continuaron charlando en español.

Edward no sabía qué diablos decían pero en tres momentos escuchó el nombre de Florencia. Se maldijo por haber rechazado tomar clases de español durante su vida universitaria.

Al llegar al lobby, los tres salieron del ascensor. El personal de servicio se dirigió al área de mantenimiento y él hacia el estacionamiento. Al llegar cerca de su auto, desconectó la alarma y se subió a su imponente camioneta Cayenne. Antes de arrancarla dejó pasar un vehículo Toyota rojo que se estacionó enfrente.

Edward contempló cómo del Toyota se bajaba Florencia. Iba con unos jeans azul negro ajustados. Con un sobretodo color negro que le llegaba a la cintura y unas botas negras por encima de los jeans.

Su cabellera café de rizos bien definidos la llevaba suelta y se le movía al compás de los pasos. Florencia era realmente una mujer atractiva.

Al pasar enfrente de la Cayenne, Edward contempló de nuevo su hermoso trasero. Era perfecto, se dijo: totalmente delineado.

Edward no sabía qué tenían en los genes las mujeres latinas que las hacían tan llamativas y bien dotadas. Pero ésta, en especial, le resultaba más que provocadora. Se quedó quieto al volante hasta que vio cuando Florencia subía las gradas.

En todo el camino hacia su apartamento, ubicado en una de las zonas más exclusivas de San Francisco, Edward trató de divagar sus lujuriosos pensamientos sobre Florencia escuchando música de los noventa, luego pasó a la década de los ochenta y no se percató del momento que había comenzado a cantar al unísono con las melodías.

Al llegar al estacionamiento de su apartamento y luego de bajarse de su camioneta, se subió al ascensor. Llegó a su hogar: un piso completo destinado para su estancia. Abrió la puerta y percibió el olor a limpio y desde la cocina contempló a María, la ama de llaves que llegaba todos los días de la semana para limpiar y cocinarle.

-Hoy viene más temprano que de costumbre-, fue el saludo de María.

-Sí-, le dijo secamente Edward.

-He tratado de llamarle para decirle que mañana no podré venir porque tengo cita en el medicare pero usted no ha tomado mis llamadas.

-No puede ser, María. Siempre contesto o por lo menos te mando un mensaje. Pero déjame ver el registro- y comenzó a buscar su iPhone pero no lo encontró.

-¡Por Dios! ¿En dónde diablos lo he dejado?- se dijo casi gritando.

Y de repente, se acordó: -lo dejé sobre el escritorio-.

De la prisa que tuvo para salir de ahí antes que los de la limpieza llegaran, olvidó tomarlo.

-DESGRACIA-, se dijo:- Tendré que ir por él-.

-O puede llamar al móvil de Pepe para que se lo guarden-, le dijo María.

A Edward le pareció una buena idea pero dudó de quien contestaría. Pero de todas maneras tomó su teléfono fijo y marco el móvil de Pepe. Su lógica elemental le advirtió quien sería la que contestaría. El móvil dio dos timbrazos. Edward esperaba con ansias, cuando de repente, al otro lado del móvil, escuchó una voz.

-*¿Hola?-*, dijo una mujer.

-*Soy Edward Morgan. Este era el número de Pepe, quiero saber ¿quién de la empresa lo carga ahora?*

-*Florencia Martínez-*, dijo ella.

-*Que bien, ya nos conocimos. ¿Te acuerdas?*

-*Sí señor. ¿En qué le puedo servir?-*, le preguntó ella.

-*He dejado mi IPhone sobre el escritorio y quiero saber si lo has encontrado.*

-*Sí señor, ahí se lo he dejado.*

-*De acuerdo. Tengo entendido que a la salida del trabajo los empleados regresan a las oficinas de Vicente para guardar las cosas, ¿es correcto?*

-*Sí señor, le dijo Florencia.*

-*¿Podrías traérmelo a mi apartamento que está en el camino? No pienso quedarme incomunicado todo el fin de semana.*

Florencia se quedó callada.

-*¿Sucede algo?-*, le preguntó Edward.

-*No, señor Morgan. Sólo que esta noche tengo una cena con mi familia en un restaurante que está cerca de la oficina de Vicente.*

-*Ah, no te preocupes, dime dónde es y yo voy por el móvil. Lo último que deseo es estropearla la noche-*, le indicó Edward.

-*NO, NO. No me la estropeará pero me siento un poco mal no llevárselo hasta donde usted me indica-*, le enfatizó Florencia.

-*Mira-, le dijo Edward. El que olvidó el aparato fui yo, así que asumo*

las consecuencias, ¿de acuerdo? Dame la dirección y llego a la hora que me indiques.

-No-, dijo. Por favor. Mi tío se molestaría mucho que usted llegara al restaurante. Yo se lo pasaré dejando, dígame dónde es.

-De acuerdo, tu ganas-, le dijo Edward. Y le dio los datos.

-No puedo creerlo-, dijo Florencia.

-¿Qué no crees?-, le preguntó Edward.

-El restaurante a donde voy se encuentra en el hotel que está cerca de su apartamento. Ya ve, no me costará nada pasar por ahí. Ha sido muy amable. Llego en promedio de una hora.

Edward no tuvo la oportunidad de seguir hablando porque Florencia, al otro lado de la línea, colgó el teléfono.

María salió de la casa de Edward al filo de las ocho y treinta. Lo dejó en el estudio donde él se encontraba repasando unos informes financieros.

De repente, Edward, escuchó la voz de María que en la puerta le decía:

-Edward tienes un trozo de mujer latina esperándote en la sala. Dice que te trae el iPhone que olvidaste en la oficina. Está guapísima esa chica. Tienes que ir a atenderla.

Edward se levantó de su sillón y se dirigió a la sala.

María aprovechó para irse y salió por la puerta trasera. Cuando le dijo adiós con su mano, no pudo disimular una risa maliciosa. Edward sólo se puso a reír y se despidió de igual forma.

Al llegar a la sala buscó a Florencia pero no la encontró sentada. Al girarse para el ventanal la vio de espaldas a él contemplando los rascacielos de la ciudad a través del ventanal. Lo que Edward vio ahí fue lo que más le cambio su noche:

Ella estaba vestida con un traje de noche de dos piezas. La parte superior estaba compuesta por una blusa de tirantes color gris y un discreto escote trasero. Toda la blusa llevaba lentejuelas lo que

hacía suponer a cualquiera, que iba a una celebración. Luego, cuando bajó la vista contempló la falda de color negro satín sin brillos que le llegaba por debajo de las rodillas. Después contempló los zapatos: eran unas lindas sandalias de color gris escotadas en las cuales se asomaba una piel tersa con un perfecto pedicuro.

Después de contemplarla casi en su totalidad, observó un bolso de fiesta y un sobretodo depositados en los sillones de la sala:-Lógico- se dijo, -con este frío era imposible pensar que iba sólo con ese vestido.

-Hola-, le dijo Edward al cabo de un buen rato de contemplarla de espalda.

-Lo siento-, le dijo ella: -Me he quedado inmersa en esta gloriosa vista. Y se acercó a él. En el recorrido pasó por su bolso de fiesta y sacó el iPhone de Edward para luego entregárselo en sus manos.

-Acá está-, le dijo Florencia.

-No sabes cuánto te agradezco-, le dijo Edward.

-Ya sabe, a más de alguien se nos ha olvidado más de alguna vez. Y Florencia empezó a recoger sus cosas del sillón.

-¿Puedo saber adónde vas tan bien vestida?- , quiso saber Edward.

-Hoy es mi cumpleaños y mi familia me lo celebrará.

-Qué sorpresa. ¿Por qué no me lo dijiste cuando te llamé?- , le preguntó Edward.

-No me pareció apropiado-, contestó Florencia.

-Mira-, le dijo Edward: -déjame acompañarte a la entrada del salón, en el caso que hayas venido sola-.

-Creo que sería desconsiderado de mi parte sacarlo de este lugar tan bien ambientado para llevarlo al frío de la calle. Y en lo que respecta a su otra pregunta, he venido sola-, le contestó Florencia.

Edward satisfecho por la sincera respuesta, no le dio tiempo para que Florencia buscara una excusa. Sacó de detrás de la puerta de la

entrada su bufanda y abrigo y casi en el mismo momento le ayudó a Florencia a colocarse el sobretodo.

Salieron de su apartamento y Edward se comportó como todo un caballero: le abrió la puerta de su piso, después la puerta del ascensor y por último, la de la entrada al edificio. Al llegar a la acera de enfrente, Edward se colocó al lado de la calle como un buen gesto de todo un caballero. Caminaron como una cuadra para llegar al hotel donde se celebraría la cena de Florencia.

En el transcurso de la caminata, Edward iba extasiado. Se sentía como un rey que iba mostrando su trofeo. Para aliviar un poco el silencio, le preguntó a Florencia cuantos años cumplía y ella le dijo que eran veintiocho.

Florencia era una chica de pocas palabras o era sumamente introvertida, se decía Edward. En todo el recorrido, ella no fue, en ninguna ocasión, la que inicio una conversación. Edward deseaba en ese momento conocer cuáles eran los pensamientos de ella ya que con cada cosa que decía, ella se quedaba callada como pensando qué palabras más apropiadas decir.

Al llegar a la entrada del salón, Florencia se dio la vuelta y le extendió la mano para agradecerle el buen gesto de acompañarla hasta ahí. Edward se quedó un buen rato sin saber qué hacer. Para él, un apretón de manos encajaba más a un cierre de negocios que a despedirse de una bella mujer.

Estaba por estrecharle la mano, cuando de sus espaldas escuchó que alguien gritaba su nombre con euforia:

-Doctor Morgan, qué gusto tenerlo por acá con mi sobrina.

Edward se dio la vuelta y a él si le estrechó fuertemente la mano, agregando:

-Don Vicente, cuánto tiempo... también es un placer para mí encontrarnos en esta ocasión especial para Florence.

-Florencia-, dijo Vicente. -¿Por qué no me dijiste que lo habías invitado a la cena?

Florencia iba a contestarle cuando Edward le indicó que él iba a hablar:

-Don Vicente, había olvidado mi móvil en la oficina y llamé al número de Pepe, así que Florencia contestó y le pedí que me lo alcanzara al salir de la oficina.

-Te felicito Florencia-, le dijo Vicente. -Ese es el trato personalizado al cliente que debemos de tener para que de esa manera ellos noten la diferencia.

-Bueno-, dijo Edward: - ha sido un gusto verte Florence y te agradezco tu gesto de traer mi móvil.

En ese momento, Edward trató de acercársele para despedirse de beso pero Vicente le dijo:

-¿Pero cómo? ¿Se retira? para nosotros será un placer compartir nuestros alimentos con usted y creo que a Florencia no le incomodará, ¿verdad, sobrina?

-Tío, por favor-, dijo Florencia y añadió: -Tú sabes que no me incomoda pero así como se lo he dicho al señor Morgan en su apartamento, no quiero causarle inconvenientes.

-De mi parte no los hay-, dijo Edward, extrañándose de cómo esas palabras salieron de su boca sin pensarlas antes.

-Entonces, bienvenido, doctor Morgan. Pase adelante-, le dijo Vicente.

En la sala estaban dos mesas repletas de gente. La mayoría de ellas eran latinas y había uno que otro representante de los anglosajones.

Vicente fue presentándolo a cada uno de los invitados y Edward no pudo grabarse ni un tan solo nombre; sobre todo cuando éste era latino.

Después de saludarlos a todos, Vicente se ocupó en persona de colocarlo a la par de Florencia. Ella se sentó de lo más natural a su lado y le brindó una delicada y hermosa sonrisa.

Al sentarse, los invitados que estaban alrededor de ellos comenzaron a hablar en español. Edward estaba más que seguro que hablaban de él, primero porque de vez en cuando lo volvían a ver o porque notaba cómo Florencia se sonrojaba.

Resignado a estar de oyente en esa plática en un extraño idioma, tomó un cubierto y comenzó a moverlo de un lado a otro. Después de

unos minutos en ese ritmo, Edward se sorprendió cuando Florencia comenzó a hablar en inglés y les dijo que desde ese momento en adelante ella no iba a hablar más en español para, de esa manera, poder incluir en las conversaciones al señor Morgan.

Edward le agradeció con una sonrisa a flor de piel y luego se le acercó a su oreja para expresarle sus agradecimientos. De ahí en adelante, el lugar, la comida y la compañía le fueron más que agradables.

Una buena parte de la plática se centró en las experiencias de algunos de los presentes de cómo habían llegado a los Estados Unidos. Algunos comentaban sus tremendas aventuras arriba del tren que llaman la “bestia”. Otros hablaban de su paso por el río o por el desierto y de cómo la suerte y, sobre todo, Dios los había cuidado para no caer en las manos de la “migra”.

Edward no supo en qué momento en el que todos guardaron silencio, soltó la pregunta:

-*¿Y si existe tanto riesgo para llegar hasta acá, por qué lo hacen?*

Todos se volvieron a ver pero nadie le contestó.

Edward notó su falta de tacto al haber lanzado esa pregunta pero ya estaba hecho.

Florencia tomó aire y hablo por todos:

-*Porque este es el país del “sueño americano”-, señor Morgan.*

La respuesta de Edward se interrumpió cuando Vicente se integró a la conversación y agregó:

-Es lo que yo le digo a esta niña. Ella debe de tratar de incorporarse a una empresa en la que puedan valorarla por lo que sabe. Fíjese, cuenta con una carrera universitaria y una maestría, habla perfectamente el inglés y el español. Y no quiere irse de mi empresa que se dedica a limpiar porque siente dejarme solo. ¿No cree usted, señor Morgan que tengo razón?

-La verdad que sí. Cuando te vi en mi despacho sentí que no estabas hecha para estar ahí-, respondió Edward.

-*Pero si soy la encargada del equipo, tío-, les contestó Florencia y preguntó:*

-*¿Cuál es el gran problema?*

-NIÑA NECIA, TE ESTÁS DESPERDICIANDO. EN ESTE TRABAJO NO VAS A PROSPERAR, NECESITAS ALGO MÁS QUE TE RETE, QUE TE SAQUE LO BUENA PROFESIONAL QUE ERES, por Dios, ¿no lo entiendes todavía?-, le recriminó su tío.

Y en ese momento la música salsa comenzó a sonar con unas canciones de Juan Luis Guerra.

Florencia vio que el cielo se abría cuando escuchó la música, sabía que esa era la señal de escape de su tío y sus reclamos.

Vicente se distrajo con el buen ritmo y le dijo a Edward si bailaba y éste le dijo que esa era un área en la que estaba trabajando.

Las mujeres que estaban cerca de Edward se pararon e invitaron a Florencia a bailar en grupo. Todas se fueron a la pista de baile.

Vicente se acercó aún más a Edward y le dijo:

-Esta mi sobrina es obstinada pero en el fondo tiene un gran corazón. Tiene la capacidad de estar al frente de una buena posición y quien le encuentre su potencial, hallará a la trabajadora más fiel para con ellos. Tiene miedo a enfrentarse al mundo, sobre todo, en un país extraño.

-*¿Por qué se fue de su tierra?-*, quiso saber Edward.

Vicente le respondió:

-Sus padres tenían inversiones en su país pero comenzaron los problemas de seguridad. Para evitar alguna agresión, sus padres comenzaron a pagar a los extorsionistas para que no tocaran sus negocios ni a su familia. Pero al final, secuestraron al hermano de ella y, aunque pagaron el rescate, lo encontraron muerto. Por esa razón sus padres la sacaron de inmediato y me la mandaron.

Edward se quedó meditando en sus adentros acerca de la confesión que Vicente le había revelado. Después, buscó con sus ojos a Florencia y la vio bailando a sus anchas en el salón. Bailaba muy bien. Sus caderas llevaban buen ritmo y se acoplaba perfectamente a diferentes

sinfonías. Sólo con verla, Edward sintió el deseo de estar a su lado y que esos movimientos rítmicos fueran exclusivamente para él.

Cuando casi estaba por levantarse para ir a su lado, Edward notó que ella se dirigía de nuevo a la mesa.

Así pues, Florencia regresó y se sentó a su lado, al momento que le dijo:

-Lo siento, usted es mi invitado y lo he dejado solo.

-No te preocupes-, le dijo simuladamente Edward, que en realidad estaba agradecido con ese gesto.

Florencia tomó su vaso de soda y se la bebió de un solo sorbo. Luego se secó los labios con la servilleta y le dijo:

-La otra semana se incorpora de nuevo Pepe a la oficina. Así que ya lo podrá tener de nuevo en su despacho.

Edward se quedó callado y comenzó a pensar de manera rápida:

-Tengo que actuar, rápido-, se dijo. -De otra manera no tendré forma de volverla a ver-. Así que agregó:

-Qué bueno por él. Y ¿tú, que vas hacer, Florence?

-Seguir trabajando con mi tío a medio tiempo y luego trataré de encontrar algo para cubrir el resto del día-, le contestó con naturalidad.

-Las empresas Morgan cuentan con un programa de reclutamiento de personal en el cual sé que encajarías bien. ¿Por qué no lo intentas?

Florencia lo vio a los ojos y le preguntó:

-Señor Morgan, déjeme entender bien... ¿me está ofreciendo trabajo?

-Pues sí-, le dijo él.

Y en ese momento, Edward sacó una tarjeta de presentación, le dio la vuelta y escribió al reverso con qué persona debía de llegar Florencia el día lunes. Después de escribir se la dio a ella.

-Señor Morgan, por favor, no lo tome a mal pero no quiero que piense que somos unos aprovechados-, le suplicó ella.

Edward la vio fijamente a los ojos y le contestó:

-Desde que te vi en mi despacho supe que tenías madera para otra cosa. Eso que haces no te va. Sé que puedes dar más, sólo es necesario que tires al trasto tus miedos.

-¿De acuerdo?-, le preguntó Edward.

-De acuerdo-, contestó Florencia.

La velada del cumpleaños de Florencia fue sumamente entretenida para Edward, quien platicó, conversó y rió, como hacía mucho tiempo no lo hacía. Lo mejor de la noche fue que Florencia evitó salir a bailar y se quedó a su lado. Edward sintió cómo esa mujer le subía la adrenalina cuando estaba a su lado.

Complacido con su cercanía, ambos platicaron toda la velada. Él se asombró de lo bien que se sentía a su lado, así como de la cantidad de temas de conversación que ambos sostenía. Ya estaba harto de escuchar solo temas de belleza, de cirugías y de sexo que hablaba con las mujeres con las que salía.

La comida fue exquisita, variada y de muy buen gusto. Plato que no conocía, se le acercaba a Florencia para que le explicara en qué consistía. Ella en un perfecto inglés se lo explicaba.

Edward se preguntaba por qué una mujer tan linda como ella, aún seguía soltera. Es más, ese día concluyó que no había nadie en la vida de Florencia, ya que esa era la ocasión perfecta para que su pareja estuviera ahí a su lado. Pero ese no era el caso, ya que quien se encontraba ahí era Edward Morgan. Ese pensamiento no hizo más que producirle un exquisito placer y si se pudiera definir como tal, ese placer fue sexual.

Después de la exquisita comida, vino el pastel. La torta era enorme y estaba decorada de colores morado y rosado. Además llevaba veintiocho velitas.

Los meseros la colocaron enfrente a Florencia y en ese momento todos los asistentes le cantaron, en ambas versiones, el happy birthday. Antes de soplarlas, los invitados le gritaron que pidiera un deseo. Ella les respondió que ya lo había hecho y fue así como sopló sobre las velitas hasta que todas ellas se apagaron.

Después de las velas, los invitados le aplaudieron y se levantaron para abrazarla y besarla en las mejillas.

Los caballeros solteros, según la tradición que indicaron, podían darle un beso en los labios a la cumpleañera.

En esa celebración sólo habían dos solteros: uno de ellos era el primo de Florencia, Chepe, quien se le acercó, la abrazó, le dijo algo al oído y luego le dio un rápido beso en los labios.

Mientras Chepe desarrollaba el ritual, Vicente se le acercó a Edward y le dijo:

-Después es su turno-. Y agregó:

-Florencia es mi sobrina favorita pero ella está sola aún. Tiene mucho que superar de sus temores; por eso es esquiva. Pero lo que sí le puedo decir, señor Morgan, es que es una gran mujer.

Edward volvió su mirada a Vicente y le dijo:

-Te pido que me envíes a mi correo personal, que está en esta tarjeta, la hoja de vida de Florencia y te aseguro que moveré cielo y tierra para que entre a trabajar con nosotros.

Vicente iba a decirle gracias cuando el resto de invitados comenzaron a gritar que era el turno de Edward de abrazar y besar a la cumpleañera.

Florencia se sonrojó y al momento que Edward se colocó enfrente de ella, le dijo:

-Señor Morgan, no es necesario que haga todo el ritual.

Edward la tomó de las manos y le dijo al oído:

-Para mí será un gran placer, Florence.

Después de sus palabras, que fueron para Florencia como un elixir de placer; Edward la abrazó con tanta fuerza que pudo percibir cada una de sus cúspides.

Luego de ese fuerte abrazo, se volvió a colocar frente a su rostro. Alzó sus brazos y le rodeó la cabeza. Le dio vuelta y dirigió su boca

a los labios de Florencia.

Al llegar a ellos, los besó de una forma apasionada. Primero le haló el labio superior, luego se pasó al inferior para terminar con un beso por completo. Edward fue sumamente consciente que Florencia le correspondió, con igual pasión, ese beso.

Los invitados guardaron silencio hasta que Vicente comenzó a vitorear y así los demás lo siguieron con júbilo.

Florencia reaccionó y fue ella quien se alejó de Edward. Al quedar los dos de frente, Edward le dijo:

-Gracias por invitarme y estar en este día tan especial a tu lado.

Florencia no le dijo nada y se dio la vuelta para proceder a cortar la torta. Al primero que sirvió fue a Edward y luego a los demás.

Edward se sintió complacido por ese beso y al saborear el pastel, la dulzura de éste no se comparaba con el sabor de los labios de Florencia. Cuando Florencia regresó a su silla para sentarse a comer la torta, le preguntó a Edward:

-¿Desea algo de tomar?

-Él le respondió que le agradecería una taza de café.

Ella se levantó de nuevo para alcanzarle el café, pero Edward la tomó de la mano y le dijo:

-Pídelo, no quiero que sigas levantada.

Ella obedeció y ordenó al mesero el café y de esa manera se quedó al lado de Edward.

La celebración terminó después de medianoche. Los últimos en retirarse fueron Vicente, Edward y Florencia.

Ya estando en el estacionamiento, Vicente le agradeció a Edward su presencia.

Él le devolvió su agradecimiento con una sincera sonrisa. Después dirigió su mirada a Florencia para preguntarle:

-*Florence, ¿has traído tu vehículo?*

Ella le contestó:

-*No-, he venido con mi tío.*

Edward le dijo:

-*Florencia-, yo puedo llevarte a tu casa.*

-*Sería bueno-, se adelantó en responder por ella Vicente y agregó: -Yo tengo todavía que pagar, esperar el cambio y bueno, me retrasaré más.*

-*Vicente-, le dijo Edward. -Yo te puedo ayudar con el pago.*

-*Por favor, señor Morgan, ni en broma lo diga, eso sería una ofensa para mí. Mejor lleve a mi sobrina a su casa-, finalizó Vicente.*

-*Tío, por favor, ¿no crees que ya hemos molestado demasiado al señor Morgan toda la noche para cerrar la velada con esto?-, le preguntó Florencia.*

-*Florence, no es molestia para mí, es un gran placer-, le contestó Edward.*

Antes que Florencia pudiera responder, Vicente dijo:

-*Gracias, señor Morgan, es un gusto y hasta luego.*

Y se fue del estacionamiento de regreso al restaurante.

-*Por favor, Florence, acompáñame-, le pidió Edward.*

Ambos salieron a la par hacia los únicos dos vehículos que se encontraban estacionados: uno era un Toyota rojo, que era de Vicente y el otro era una camioneta Porsche Cayenne de color ocre.

Florencia, por pura lógica, dedujo que esa camioneta era el vehículo del señor Morgan y le dijo:

-*¡Qué linda camioneta tiene! pero no entiendo, ¿a qué horas se la han traído?*

Edward no tuvo necesidad de contestar ya que en ese momento un hombre alto, moreno y de cabeza rapada se bajó del asiento del

conductor.

-Buenas noches-, les dijo y corrió a abrirle la puerta a Florencia. Al cerrársela corrió hacia el otro lado del coche para abrírsela a Edward.

Ya en el interior del coche, Edward le dijo a Florencia:

-¿Me puedes dar la dirección?

Florencia contestó en el momento. Edward grabó en su memoria la dirección y luego le dijo a Florencia que cuando ella estaba bailando había enviado un correo a Mauricio, su chofer, para que lo fuera a esperar al restaurante.

Durante el camino Florencia dijo:

-Jamás me había subido a un vehículo como este. Lo felicito, tiene muy buen gusto.

-Gracias-, le dijo Edward y agregó:

-Florence manejas un perfecto inglés y según me ha dicho tu tío, estás profesionalmente muy preparada. Te pido que reconsideres mi oferta laboral. Necesitamos, hoy más que nunca, personal de habla hispana, proactiva, amable e inteligente y tú pareces llenar todas esas cualidades. Prométeme que llegarás el lunes al departamento de Recursos Humanos de mi oficina.

Florencia se quedó meditando. No le gustaba la idea de deberle favores a alguien y mucho menos a la familia Morgan. Pero tenía una gran disyuntiva. Primero: esa familia le había ayudado mucho a su tío desde los inicios de su negocio outsourcing; y el aceptar esa oportunidad era para ella, una forma de mostrarle el agradecimiento hacia ellos. La segunda, era que al regresar Pepe, sus ingresos caerían y sólo contaría con un empleo. Eso implicaría que debería de rebuscarse para encontrar otro trabajo.

Florencia podía vivir con la pensión que le enviaba su familia pero no quería usarla, así es que siempre la ahorraba y pensaba como que no disponía de ingresos. Ella aún sentía que sus padres estaban molestos por la muerte de su hermano.

Edward notó su silencio y le preguntó:

-*¿Pasa algo, Florence?*

Florencia sonrió y lo volvió a ver para decirle:

-No, señor Morgan no pasa nada. Acepto y estaré en la oficina que usted me indica este lunes. Se lo agradezco.

Edward sonrió satisfecho con su respuesta y agregó:

-He pasado una linda velada al lado de tu familia. Tenía rato que no me reía de esa manera y, sobre todo, contara con tan buenos y diversos puntos de vista. Por otro lado, son bastante alegres y bulliciosos, es difícil ponerse triste con ellos.

Florencia sonrió y agregó:

-Qué bueno, señor Morgan. Somos otra cultura muy diferente a la de ustedes. Pero son mi familia, la que me tendió su mano en los momentos que más los necesitaba y eso no tiene comparación con nada. Yo les estoy muy agradecida. Hay algunos de ellos que han venido desde fuera de la ciudad por estar conmigo y ahora deberán manejar más de dos horas de regreso para sus casas; es un sacrificio que han hecho y yo se los agradezco.

Al finalizar de hablar Florencia, la camioneta se estacionó y ella se bajó casi a saltos de la misma.

Edward notó ese raro comportamiento y se bajó igualmente del coche para seguirla.

-¿Qué te pasa Florence?-, le preguntó Edward corriendo detrás de ella.

Florencia se detuvo al llegar a la puerta, buscó en su bolso las llaves y éstas se le cayeron al suelo.

Edward notó su nerviosismo y se las levantó del piso, agregando:

-¿Te sientes mal? ¿Qué te pasa?

Florencia estaba de espaldas y parecía que era una estatua fijada al piso. Edward la tomó con ambos brazos y le dio la vuelta casi contra su voluntad. Al quedar su cara frente a la de él, Edward le contempló el rostro pálido y con lágrimas.

-*¿Qué te pasa, Florence? Dímelo por favor ¿Hay alguien allá adentro que te causa miedo?-*, quiso saber Edward.

-*N....o-, le dijo ella con una voz entrecortada.*

-*Entonces, ¿Qué tienes? ¿Quieres que suba contigo?-*, le insistió Edward.

-*No, por favor-*, le contestó Florencia.

Edward sintió una gran compasión por ella y la abrazó con todas sus fuerzas. En ese momento, le comenzó a susurrar al oído:

-*Cálmate, todo va a estar bien! Tranquila!*

Florencia comenzó a llorar a todo pulmón. Hizo gemidos, suspiró y luego terminó de descargarse con una buena lluvia de lágrimas. En toda esa catarsis, Edward se quedó callado y dejó que ella se desahogara. Él sintió que Florencia lo que necesita era aliviar su carga y que eso, ella no lo había hecho en años.

Después de casi media hora de estar pegada a los pectorales de Edward, Florencia terminó de llorar y levantó la vista. Los dos rostros se encontraron y se quedaron contemplando sin decirse nada por un rato más.

-*Siento mucho haberle empapado su abrigo, señor Morgan-. Se disculpó Florencia.*

-*Lo que menos me importa es eso. ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?*

-*Nada, señor Morgan. Es sólo que me he sentido más que feliz por este cumpleaños y he sido una tonta. En lugar de ponerme así debí sólo agradecérselo.*

Edward sabía que ese no era todo el meollo del asunto. Él intuía que había algo más además de esa alegría que ocultaba Florencia; pero que ella misma tampoco deseaba contárselo. Lo sabía pero no iba a insistir más.

-*Cálmate-, le dijo Edward -¿Quieres que entre contigo?*

-*No-, le dijo ella y agregó: - ya lo he molestado bastante.*

-Dame tu número de móvil sólo para asegurarme que estás bien-, le pidió Edward.

Florencia pareció dudar y se quedó pensando.

En ese momento, Edward, le dijo:

-Es mejor que me lo des porque sino lo averiguaré de otra manera y no quiero hacerlo así.

-Florencia abrió sus ojos mostrando asombro ante semejante afirmación. Estoy en medio del negocio de las telecomunicaciones, no me costará nada averiguarlo. Por favor, dámelo.

-De acuerdo-, le dijo ella y se lo dio.

-Ahora anota el mío-, le ordenó Edward.

Florencia anotó en su móvil el número de Edward.

Edward introdujo la llave en la puerta y la abrió. Cuando Florencia ya había entrado al condominio, la tomó del codo y la haló para entregarle las llaves. También aprovechó el acercamiento para besarle sutilmente los labios y decirle:

-Te estaré llamando para saber cómo estas, ¿de acuerdo?

-Sí y gracias por todo, señor Morgan-. Finalizó Florencia y cerró la puerta.

Edward inicio el regreso a su camioneta y al entrar, Mauricio le preguntó:

-¿Ha ocurrido algo, señor Morgan?

-Quiero que me investigues todo lo que sepas de la vida de Florencia Martínez pero no su residencia acá sino su vida en su país natal. Ella es sobrina de Vicente Martínez. Cuando tengas todo lo que creas necesario me lo vas a comunicar de inmediato. ¿Me has comprendido?

-Sí, señor-, le contestó Mauricio.

En ese mismo momento, Edward marcó el móvil de Florencia y esperó. Al tercer timbrazo ella contestó y él le preguntó:

-*¿Ya estas adentro de tu apartamento?*

-*Sí-, le dijo ella.*

-*Bien. Si tienes algún problema no dudes en llamarme a la hora que sea. ¿De acuerdo?*

-*Sí-, le dijo Florencia.*

-*Que descanses, buenas noches-. Se despidió Edward.*

En ese momento, Mauricio le dijo a Edward:

-*Señor Morgan: la señorita Laura lo ha estado llamando toda la noche y llegó al apartamento como a las diez. Se molestó de no encontrarlo ahí y me ordenó que le dijera adonde había ido.*

-*Gracias-, le dijo Edward. Y meditó para sus adentros: el tema con Laura era algo al que debía ponerle fin, sobre todo ahora con Florencia tan cerca.*

Edward llegó a su apartamento casi a las dos de la mañana y se fue directamente a lavarse los dientes. Luego se tiró a la cama y se quedó dormido de una sola vez. Se despertó casi al mediodía del día sábado.

Se levantó y se dirigió a la cocina para prepararse una buena taza de café. En lo que se lo preparaba llamó a su madre por teléfono:

-*Hola mamá, ¿cómo estás?*

-*Bien, mi amor-, le dijo Rosemarie: - ¿Qué cuentas de tu vida, cielo?*

-*¿Puedo cenar con ustedes ahora? Quiero hablar con papá, tú y mi hermana. ¿Habrá algún problema?*

-*Pues claro que no, hijo. Sabes que para nosotros es una gran alegría que vengas. ¿Vendrás solo?*

-*Sí madre-, le respondió Edward y agregó: - ¿Quieres que te lleve algo?*

-*Por Dios, hijo. Faltaba más. Esta es tu casa y acá cuando vienes tú no hace falta nada.*

-*Bueno, nos vemos más tarde-, finalizó Edward y colgó.*

Rosemarie, al otro lado de la línea se quedó desconcertada. Edward era su hijo predilecto pero casi nunca llamaba para decirles que iba a ir a comer con ellos.

Algo pasa, se dijo Rosemarie. Le intrigaba esa llamada y pensó que cuando le anunciaba que iría a cenar con ellos era para presentarles alguna amiga pero él mismo había dicho que iba solo y eso la había puesto triste.

Lo que sí sabía Rosemarie era que algo les tenía que decir para haberles pedido comer con ellos. Corrió hacia donde estaba Matheo para comentarle la llamada de su hijo.

Matheo tomó con calma la llamada y le dijo a su mujer:

-Cálmate, no comas ansias. Habrá que esperar hasta la noche para ver qué nos dice. A lo mejor sólo viene a comer y punto.

-No creo-, le dijo Rosemarie. -Hay algo en su voz diferente-. Yo conozco a mis hijos.

-De acuerdo mujer-, le dijo Matheo,- pero debemos esperar y si nos dice algo no debemos sofocarlo con muchas preguntas.

-De acuerdo-, dijo Rosemarie y se dirigió a la cocina para prepararle ella misma su comida favorita. Después llamó a su hija Jennifer para decirle que su hermano venía a cenar y que le ayudara con la comida. Jennifer contenta se sumó a ella para preparar un rico guisado.

CAPÍTULO III

Adiós a Laura

Edward estaba a punto de llamar a Florencia cuando escuchó gritos en la puerta de su apartamento.

De repente se abrió la puerta y apareció Laura Smith, gritándole:

-¿Pero dónde diablos has estado? Te he estado buscando desde anoche y este bruto de tu chofer no me quiso llevar ni decir adónde estabas.

-Laura, no empieces-, le dijo Edward: -Sabes perfectamente que cuando comenzamos esta relación, ambos acordamos que no íbamos a atarnos a ninguno de los dos. Es más, fuiste tú la que colocó esa indicación sobre todo lo sentimental o sexual que tuviéramos. ¿Lo recuerdas?

Laura se quedó callada meditando las palabras de Edward.

-Recuerda-, le dijo Edward- que eres una mujer casada y no desearías que tu marido descubriera lo nuestro-.

-Sí, pero la verdad es que me molesta no saber dónde estás y que me tengas como estúpida esperándote. Eso LO DETESTO, ED. TÚ LO SABES.

Edward no pudo contenerse más y le dijo:

-Mira Laura, la verdad es que desde hace días he meditado sobre lo que tenemos y la verdad es que no quiero continuar esta relación contigo. Hemos pasado momentos felices y placenteros pero no deseo vivir el resto de mi vida así.

Edward podía ser el hombre más caballeroso en la faz de la tierra pero cuando algo no le era conveniente, su franqueza y sinceridad rallaban en lo cínico. La verdad es que la vida sexual con Laura ya había caído sólo en eso: en sexo y, aunque lo disfrutaba, eso no le llenaba toda su vida. Así que, aprovechando la coyuntura del mal genio de Laura, tuvo la oportunidad de cortar por lo sano, según él.

Laura se quedó con la boca abierta y comenzó a llorar a mares. Gritaba, lloraba, se retorcía en los sillones, gemía, suspiraba; en fin, hacía todo un show.

Edward sólo la contemplaba de lejos y en ningún momento se acercó a ella. Sólo le dijo cuando vio que se había calmado:

-*¿Quieres un tranquilizante?*

-*¿Pero, cómo diablos se te ocurre decirme algo así? ERES UN IDIOTA, SÓLO ME HAS USADO.*

-*Laura-, le contestó Edward: -tú propusiste esta relación y colocaste tus condiciones. Disfrutamos de buen sexo y la pasamos bien. Pero se acabó, no quiero seguir mi vida así.*

-*¿ES POR OTRA MUJER?-*, le gritó Laura.

Edward se quedó callado. Meditó su respuesta por largo tiempo. Sabía que la aparición de Florencia había significado algo en esa decisión pero aún no sabía en cuánto o en qué porcentaje había influido para decidir alejarse de Laura.

-*No-, le dijo Edward.*

-*Entonces, por qué lo haces?-*, quiso saber Laura.

-*Porque no quiero seguir avanzando en algo que no tiene futuro-*, le dijo Edward.

-*Entonces le diré a mi marido que saque las acciones de tu compañía-*, le amenazó Laura.

-*Entonces, Laura, le diré a tu marido lo que hacíamos cuando estaba de viaje-*, le reprochó Edward.

El espacio se llenó de un aire pesado. Las miradas de Laura y Edward se encontraron y ambas despidieron todas las chispas de odio entre sí.

Al final, Laura, se secó las lágrimas y le dijo:

-*Y la operación que me prometiste que me ibas a pagar para*

aumentarme los glúteos?

-Los tratos son tratos. Cuando te la hayan hecho manda a mi oficina el recibo y yo lo pagaré.

Laura se le quedó viendo a los ojos, le sonrió y le dijo:

-¿Y no podemos terminar esto con un buen revolcón para decírnos adiós?

Edward sonrió. Era una propuesta de sexo salvaje. Pero no quería caer en la trampa. Él sabía que así era como ella superaba los pleitos y ése no lo era. Además, estaba cansado de notar tanta carne abultada gracias a cirugías plásticas.

-No, gracias-, le dijo.

Ella lo miró con odio y agregó:

-Te vas arrepentir, Edward Morgan y cuando me busques no me vas a encontrar, tendrás que rogarle de rodillas que te vuelva a hacer el amor.

Y se dio la vuelta y cerró de un portazo la puerta del apartamento.

CAPÍTULO IV

Una propuesta de trabajo.

Edward se retiró a su habitación y se lanzó sobre su cama. Había finalmente cerrado otro capítulo de su vida y la verdad es que no se sentía tan mal como en algún momento lo consideró. Hasta se extrañó de sentirse relajado y más liviano de peso.

Estaba meditando sobre sus últimos días, cuando su iPhone le avisó que un nuevo correo había llegado.

Se lo sacó del bolsillo, vio el remitente que decía: Vicente Martínez & Cía. y ató cabos, diciéndose para sí:

-Es la hoja de vida de Florencia-

Y, en efecto. Ahí estaba el archivo. Lo pulsó y el documento se desplegó. Ahí estaba, al inicio, la foto de Florencia.

-Bella-, se dijo Edward.

Y luego leyó detenidamente su hoja de vida: era Ingeniera Industrial con una maestría en Administración de Empresas. Hablaba inglés, portugués y español. Su carrera profesional la había desarrollado, en su mayoría, en el ámbito privado y principalmente en una empresa hotelera en el ámbito de las telecomunicaciones.

-Buen punto a su favor-, dijo Edward.

Continuó leyendo y se percató que luego había tenido un ascenso en esta cadena de hoteles llegando a ocupar la jefatura de gerencia de ventas. Pero algo que llamó su atención fue que su última experiencia laboral era en el negocio familiar, en el área de ventas, pero en los años reportados no aparecían más de dieciocho meses y no se encontraba qué había hecho durante ese tiempo.

Edward se quedó pensando en ese desfase de fechas pero se resignó a que, con la investigación que le había pedido a Mauricio, esas dudas quedaran despejadas. De todas maneras, se levantó de la cama, fue a su impresora, conectó su IPhone e imprimió el documento. Él sabía que en la cena de esa noche lo iba a necesitar.

Al tenerlo impreso lo depositó en su maletín de cuero y lo cerró. Tomó nuevamente su IPhone, verificó la hora y eran casi las cinco de la tarde. Tocó el nombre de Florencia y sonaron tres timbrazos. Al cuarto, la voz inconfundible de Florencia, contestó:

-Hola-

-Florence, ¿cómo estás?-.

-Bastante mejor. Le agradezco me haya prestado su hombro para llorar ayer. Tenía que hacerlo algún día-. Le contestó Florencia.

-Ya sabes. Me alegra mucho saber que te sientes mejor. Quería saber qué harás mañana al mediodía. Quería invitarte a almorcizar-, le dijo Edward.

-Gracias, le respondió Florencia, -pero estoy en la ciudad de Pinole con unos tíos y regresaré mañana a mi apartamento-.

Edward se quedó callado. Nunca le había gustado que nadie le diera excusas que no fueran valederas y mucho menos que éstas vinieran de algo o alguien que realmente le interesara. Así que le dijo:

-Pinole es una ciudad muy linda. Cerca de ahí se encuentra un restaurante en el que venden cangrejo. Podemos encontrarnos ahí al mediodía y yo te traigo de regreso a la ciudad. ¿A qué hora nos vemos Florence?

Florencia se quedó pensando un rato y guardó silencio. Realmente admiraba la forma en que Edward la dejaba sin excusas. Al buen rato le contestó.

-Veámonos a las doce y treinta. ¿Le parece?

-Perfecto, hasta mañana. E insisto: si tienes una emergencia, por favor, no dudes en llamarme que Mauricio o yo podemos ir por ti. ¿Me lo prometes?

-Sí, señor Morgan-. Le dijo ella.

Edward colgó de inmediato por temor a algún arrepentimiento por parte de ella.

Después de esa llamada se duchó por un buen rato.

Luego se vistió y tomó su móvil para llamar a Tomás Craig, quien era el gerente de recursos humanos de su compañía.

El teléfono de Tomás sonó tres veces, a la cuarta cuando Edward estaba por colgar, Tomás contestó y casi gritó:

-EDWARD, ¿a qué debo el placer que me llames?

-Tomás, espero no interrumpir nada personal pero la verdad es que como casi nunca te llamo quiero pedirte un favor-.

-Lo que digas, jefe-; le bromeó Tomás.

-Mira-, le dijo. -el lunes llegará una chica que se llama Florencia Martínez, es una latina con un impresionante currículum en su país.

Sé que en este país las cosas son diferentes pero te pido que le hagas todos los exámenes y que por favor la consideres para incorporarla de inmediato a la compañía. Mira tú donde estamos un poco faltos de personal y toma la mejor decisión para su incorporación rápida-.

Tomás se quedó meditando en las palabras de Edward. Primero porque nunca le había llamado para pedirle o indicarle algo y segundo porque la candidata era latina y venía recomendada por él, cosa que nunca había hecho con anterioridad.

-¿Tomás, me has escuchado?- , quiso saber Edward.

-Sí, perfectamente.

-Entonces, ¿por qué no me has contestado?

-Bueno, me tomas por sorpresa pero la verdad es que sí contamos con puestos de trabajo vacíos que podemos completar con buenos candidatos. Yo la espero y te mantengo informado de cómo van las cosas con ella ese mismo día. ¿De acuerdo?

-Perfecto, cuídate y nos vemos el lunes-. Finalizó Edward.

Luego de hacer esa llamada, tomó el teléfono de su apartamento y llamó a la portería, al lobby y a todos los accesos del lugar para prohibir la entrada de Laura. Lo último que deseaba era continuar dándole largas a ese tema.

Se preparó para irse a la casa de sus padres. Y se vio al espejo. Comenzó a meditar en todas las posibles palabras que tenía que decirles para convencerlos sobre la entrevista de Florencia.

Bajó al estacionamiento con su maletín de cuero. Llevaba unos jeans color azul. Una camisa rallada de colores pasteles. Botas café. Y abrigo de antílope color café. En vez de optar por la camioneta se dirigió a su Audi sedán color gris y se sentó al volante. Arrancó el motor y se dirigió por toda la ciudad hasta la casa de sus padres. Al llegar, su madre fue la primera que salió a su encuentro. Cuando se bajó del coche, su madre lo abrazó y lo colmó de besos. Le dijo que lo notaba delgado y le preguntó si se estaba alimentando bien. Al entrar, su hermana Jennifer corrió hacia él y le dio un fuerte abrazo.

Su padre, como siempre, lo saludó con un fuerte abrazo. Así mismo salió a su encuentro su nana Sara, que a su edad, aún seguía sirviendo a su familia.

Después se sentaron en la sala. Hablaron de fútbol, de básquetbol y de la escuela de Jennifer, que ya casi se encontraba por salir del High school.

Luego su padre como buen inquisidor, le hizo la pregunta que todos esperaban, incluyéndolo a él:

-Bueno hijo, ¿de qué quieres hablar?-, preguntó secamente Matheo enfrente a su mujer e hija.

-Mira padre, he conocido a una persona que podría incorporarse a la empresa en algunas de las plazas vacantes con las que contamos en la actualidad. Entiendo perfectamente que debemos pagar el derecho a piso y que todos comenzamos desde abajo pero creo que es el momento para darle la oportunidad a ella-. Finalizó Edward.

Rosemarie, esbozó una sonrisa. Sabía que la premura de su hijo de venir a comer con ellos se debía a la existencia de alguien. Pero aún

con ese enorme placer concedido prefirió callarse y esperar que su marido continuara el tema.

Matheo, se quitó las gafas y dijo:

-*Edward Morgan, recomendando a alguien?*

Edward no dejó de sentirse un poco molesto por el comentario de su padre pero trató de disimularlo. Se agachó y tomó su maletín, lo abrió, sacó la hoja de vida y se la dio a su padre.

Matheo se colocó de nuevo los lentes y comenzó a leer en silencio el documento. Sus ojos se abrían cada vez más, según avanzaba la lectura y se abrieron por completo al llegar a las referencias personales: todas eran de empresarios extranjeros del país de Florencia, con los que ellos, más de alguna vez, habían cerrado negocios.

-*Interesante, dijo Matheo y le pasó las páginas a su mujer.*

Rosemarie tomó el documento y leyó con asombro y en voz alta el nombre de Florencia Isabel Martínez Dueñas y agregó:

-*Pero si es la sobrina de Vicente! Bien dije yo que esta muchacha no era sólo para la limpieza.*

Todos, incluyendo Matheo la volvieron a ver.

-*Edward, puedo preguntarte: ¿cuál es tu interés en que ella entre a la empresa?*

Lo sabía dijo para sus adentros Edward. Él sabía que esa era una de las clásicas preguntas que le iba a hacer su padre.

-*Ella habla perfectamente, tanto el español como el inglés y nos puede ayudar para las próximas negociaciones que tendremos con algunos de los empresarios latinos. Además ha estado expuesta a lo que es nuestro giro del negocio por lo que no le será desconocido, ni las actividades a realizar así como la jerga que se maneja.*

Matheo lo miró fijamente a los ojos queriendo averiguar cuáles eran las verdaderas intenciones de su hijo pero Edward desvió la mirada para esquivarlo. Miró a su madre, quien no le había quitado los ojos de encima y ambos se pusieron a reír.

-*Es una chica guapa, dijo Jennifer.*

Todos la volvieron a ver.

Matheo se dirigió de nuevo a Edward y le dijo:

-Deberá comenzar desde abajo, hijo. Yo la colocaría de entrada en la recepción para que ayude a Ramona y de esa manera conozca todas las áreas de la compañía así como su funcionamiento. Si en tres meses se observa que las maneja, podría considerársele para cambiarla. Esa es mi opinión.

-Pero padre, ¿no crees que estaríamos desperdiciando un buen elemento?

-Tal vez - le dijo Matheo- y agregó: -pero una buena parte de todos los empleados han pasado por ahí. Incluyéndote a ti y no por eso pienso violar esa regla.

Edward no pudo seguir argumentado, primero porque su padre tenía razón y segundo porque iba a quedar claro otro tipo de interés el cual él no quería que aflorara por ese momento.

-Gracias amor, le dijo Rosemarie. Yo siempre le dije a Vicente que esa chica tenía potencial. Sé que lo sabrá hacer bien.

-¿Cómo la has conocido, Edward?- , quiso saber su madre.

Pero Edward contestó evasivamente:

-Coincidimos en una celebración de cumpleaños.

Matheo no dijo nada, solo mostró una pequeña risa. El sabía adónde se habían visto y cómo su hijo al día siguiente había ido a su oficina a preguntar por ella. Pero prefirió dejarlo así y que poco a poco, Edward fuera sacando lentamente la verdad.

-Mamá-, dijo Jennifer - ¿conoces a esa chica?

-Bueno, sí. Hemos hablado un par de ocasiones. Es sincera, trabajadora y bastante reservada. Lo que me gusta es que no es de las alocadas de ahora en día que andan sólo buscando a quien las mantenga. Sé que ha trabajado en la venta de comida rápida y con su tío-. Dijo Rosemarie.

-*¿Tiene novio, mamá?-*, preguntó Jennifer de nuevo.

Edward no pudo disimular que esa pregunta le re-contra interesaba, así que levantó la mirada y esperó la respuesta de su madre.

-Pues, que yo sepa, no. Aunque según me ha dicho su tío hay varios que andan pretendiéndola pero ella los sabe esquivar muy bien.

Edward sintió que la paz le regresaba. En ese momento sonó su iPhone y vio en la pantalla: Florence. Se paró de inmediato y se alejó de la sala para dirigirse a la terraza.

Su padre mostró asombro ya que su hijo pocas veces hacía eso enfrente de ellos.

En el camino a la terraza, su familia, le alcanzó a escuchar:

-*¿Hola, estás bien, te ha pasado algo?*

-No-, le dijo ella: -Sólo quería decirle que me regreso esta noche en coche con mis tíos a mi apartamento. Así que no podremos vernos mañana en el restaurante que habíamos quedado.

-Gracias, por avisarme-, le dijo Edward y agregó: -Pero ese no es pretexto para que no te pueda invitar a almorzar a otro lugar acá en la ciudad. Voy a pasar por tu apartamento al mediodía y te llevaré a comer, le indicó Edward.

-Señor Morgan, yo pienso que...

-Florence, no voy a aceptar un no como respuesta. Paso por ti a las doce y treinta y de ahí nos ponemos de acuerdo a donde vamos. Hasta mañana, ¿de acuerdo?

Y Edward se quedó esperando.

-De acuerdo-, le dijo ella.

Ambos colgaron.

Edward regresó a la sala y su madre aprovechó su regreso para invitar a todos a pasar al comedor para cenar.

Al llegar, se sentaron y comenzaron a comer. Nadie tocó de nuevo el

tema de la contratación de Florencia durante la cena.

Jennifer le contó a su hermano sobre el chico que la andaba pretendiendo y le dijo que era un latino y agregó:

-No sabes lo cariñoso y atento que es, ¿verdad, papá?

-Sí-, le dijo secamente su padre.

-Dicen que todos los latinos son así y cuando aman lo hacen con pasión y entrega total-. Concluyó Jennifer.

Edward se quedó callado y meditó las palabras de su hermana. Recordó el beso y se dijo que si eso fue solo por un momento, no podía imaginarse al tenerla por completo rendida ante él.

Su madre se percató de su ausencia y adivinó enseguida hacia dónde se divagaban sus pensamientos. Ella intuía que su amado hijo se comenzaba a enamorar y sabía quién era la causante. Le gustaba esa chica. Lo que sabía de ella era que era buena hija: amable, inteligente, decorosa y muy inteligente. En el aspecto físico, era alta, linda y contaba con un muy buen cuerpo, perfecto para su hijo y sus futuros nietos.

La cena acabó y Edward se levantó. La noche anterior se había desvelado bastante y no soportaba más el cansancio. Se despidió de su adorada hermana, halándole el cabello al salir. Luego de su padre, a quien se le acercó y lo abrazó.

Matheo aprovechó el acercamiento para decirle que hablaría con Tomás de recursos humanos para comentarle el caso.

Edward le mantuvo la vista fija y le dijo:

-No te molestes padre. Ya lo hice y él está enterado del asunto.

Matheo abrió los ojos en señal de asombro y le dijo:

-¿Lo has hecho tú? Ten cuidado, hijo, no mezcles placer con negocio. Nunca acaban bien.

Edward iba a contestarle, cuando su madre le dijo:

-Matheo, basta ya-. Y tomó a su hijo de la mano y lo acompañó a la

salida.

Mientras iban caminando, Rosemarie, le preguntó a su hijo:

-*¿Te gusta esa chica, hijo?*

-*Sí madre-, le dijo.*

La conexión entre los dos siempre había sido buena. Ambos se imaginaban lo que pensaban sin decirse nada con palabras.

Rosemarie agregó:

-A mí también y creo que te calza bien a ti. Pero debes ser diferente con ella porque es una chica especial. Por otro lado, hay algo que debes saber.

Edward se paró en seco, la vio a los ojos y le dijo:

-¿Qué sabes tú madre? ¿Algo me dice que a ella le pasó algo pero no he podido averiguarlo? Le he dicho a Mauricio que lo hago y en eso está.

-Mira Edward: Vicente me dijo que en su país ella había sido abusada por un tipo por mucho tiempo en paga para que no tocaran a su familia.

-DESGRACIADO-, grito Edward.

-Cálmate-, le dijo Rosemarie: - Nos escuchará tu padre-.

-Sé que es duro y creo que además de esa triste historia hay más que aún no sabemos que dañó a Florencia. Llévala con cuidado y trátala bien, hijo. Yo quiero lo mejor para ti.

Edward abrazó a su madre con tanto amor que ella derramó más de una lágrima. Luego le dio un par de besos y salió de la casa de sus padres.

En el camino de regreso, meditó cada una de las palabras de su madre y pensó en la situación de Florencia y en ese momento se dijo para sí mismo:

-No voy a dejarte sola y pienso averiguar cada uno de tus temores para borrártelos de una sola vez.

CAPÍTULO V

Tratando de olvidar la pesadilla

Florencia llegó a su apartamento casi a la media hora de hablar con Edward. Sus familiares esperaron que entrara y cerrara la puerta para, de esa manera, asegurarse que la dejaban con bien.

Ella subió las gradas, recordando las frases de cariño que los miembros de su familia le habían enviado desde su país en ocasión de su natalicio. Recordó cómo eran las cosas allá y las añoró; pero luego se quitó de la memoria esas escenas porque la iban a hacer llorar de nuevo y esta vez no estaba un Edward Morgan enfrente.

No le había agrado mostrárle, de primas a primeras, ese punto débil de ella ya que podía ser una herramienta que alguien podía usarla en su contra. Pero no lo había podido evitar, el señor Morgan había sido tan amable y caballeroso con ella. Además ese beso la había desarmado por completo.

Al llegar a su apartamento, entró y cerró la puerta con doble llave. Se dirigió a la sala de estar que estaba completamente bien amueblada y decorada con colores pastel. Luego pasó a la sala principal, donde había dos muebles grandes forrados de color azul a rayas. Esta sala estaba rodeada de cuadros de imitación de Monet con unos paisajes lindísimos.

Después llegó al salón del comedor donde había muebles para cuatro personas compuesto por sillas de madera y varios cuadros de frutas en sus paredes. También estaba un cuadro de la Santa Cena que siempre le recordaba sus orígenes católicos.

En su cocina, había una estufa de cuatros hornillas, un refrigerador bastante moderno, horno micro-ondas, cafetera y un pantry de color beige bastante grande. En sus interiores se encontraban platos, vasijas y demás instrumentos para preparar una buena comida.

Luego llegó a su habitación, la cual tenía un gran televisor plasma, un aparato de sonido y una cama King Size. La misma estaba cubierta por un edredón color rosa y varias almohadas de color morado lila. La combinación de colores le brindaba al cuarto una sensación de ternura.

Florencia vio su cama y literalmente se tiró al colchón para poderse dormir. No pudo dormir más de media hora, ya que los recuerdos y las pesadillas la asaltaron de nuevo. Se levantó bruscamente de la cama, sudando por completo.

Se dirigió a su closet, se quitó la ropa, la tiró en el piso y se colocó sus mallas y zapatillas de deporte para salir a correr. Ella sabía que la única manera de superar esas pesadillas era quedar agotada tras una buena dosis de ejercicio o tomar algún somnífero pero esto último lo estaba dejando ya que no le gustaba la idea de volverse adicta a los químicos.

Salió corriendo del apartamento, abrió la puerta del condominio y comenzó a correr hacia el parque.

CAPÍTULO VI

Intentando el perdón

Edward se dirigía a su casa cuando decidió pasar por el apartamento de Florencia.

Al llegar, se percató que ella salía del condominio con ropa deportiva ajustada. Edward frenó de improviso cuando se le atravesó a su coche.

-*POR DIOS*-, gritó Edward: -*ESTA MUJER ESTÁ LOCA*-.

Y frenó en seco. Ese instante lo aprovechó para contemplarla físicamente: La ropa ajustada a su cuerpo le hacía ver sus pechos de una forma exquisita y deseable. Lo mismo observó en su espalda. Su trasero se veía tentador. Él deseaba, tocar, complacer y sentir a esa mujer por todos sus poros.

Florencia ni se percató del frenazo del coche y siguió corriendo como loca por toda la acera de enfrente.

Edward la siguió despacio por todo su recorrido y se admiró por la resistencia física de esa mujer. No paró en ningún momento hasta que llegó a una iglesia y entró. Ella estuvo ahí más de media hora.

Al entrar a la iglesia Florencia sintió cómo su respiración iba normalizándose.

Había comenzado a correr desde que “el buzzo” (seudónimo) la había mantenido secuestrada. Ese día que escapó, se prometió a sí misma que nunca jamás, nadie la iba a detener por la fuerza.

Al llegar a la primera banca de la iglesia, se sentó y dejó caer su cuerpo sobre la madera. Instintivamente comenzó a rezar, en voz baja. Cada decena del rosario hacía que su respiración fuera retornando a la normalidad.

De repente, de un lado de la iglesia apareció la figura de un hombre alto y de piel trigueña que vestía de sacerdote. Por un breve momento, el hombre se quedó desde lejos contemplando la figura de Florencia, sin hacer notar su presencia ante ella.

Después de unos minutos, salió de su escondite y se acercó a Florencia.

-*¿Cómo estás?-*, le dijo y agregó: -*No creo que muy bien porque estás acá, verdad?..*

-*Carlos-, le dijo Florencia: - Hay momentos que no puedo dormir en paz. Los recuerdos me asaltan y siento que los vuelvo a vivir.*

-*Cálmate. Tienes que superarlo para comenzar a vivir de nuevo. No hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista. Debes rehacer tu vida. Tu pasado no debe determinar lo que va a ser tu futuro.*

-*He encontrado a alguien, Carlos.*

-*¡Qué bueno! Florencia. Esa noticia me alegra sobremanera. Te mereces encontrar a alguien que te am.*

-*Pero tengo miedo que al enterarse de mi pasado, me juzgue y me deje, Carlos.*

-*Tienes que ser tú la que le diga qué es lo que te ha pasado y que en ningún momento quisiste estar en esa situación, ni mucho menos la buscaste.*

-*Lo sé, Carlos, pero tengo miedo. No es fácil hablar de eso y mucho menos a alguien que te gusta. No sé cómo va a reaccionar. Hasta ahora, con lo poco que le he dicho, ha sabido comprenderme.*

Carlos se quedó meditando las palabras de Florencia y después agregó:

-*Si tienes algún problema, si necesitas que alguien más hable por ti, háblale de mí, Florencia. Yo puedo hablar con él y explicarle la situación, de primera mano.*

Florencia meditó las palabras del sacerdote. Ella sabía a lo que se refería: Carlos había sido uno de los secuestradores que, junto al “buzzo”, la mantuvieron secuestrada. Pero a diferencia de la ex

pareja de Florencia, él no la había abusado porque era la persona que la había estado alimentando en su cautiverio y que al final, la había dejado escapar.

Ese hecho le había causado a Carlos la peor de las amenazas. Había huido de la colonia donde vivía porque, “el buzzo”, había dado la orden de que lo asesinaran pero al no encontrarlo en su casa, mataron a sus dos hermanos pequeños.

Carlos estuvo escondido en una iglesia del municipio donde vivía hasta que finalmente “el buzzo” fue capturado y enviado a prisión. En todo ese tiempo, la iglesia lo hizo cambiar. Aunque nunca llegó a matar a nadie, en el tiempo que estuvo en la “iniciación de las maras”, reconocía que había cometido otros crímenes: cobro de renta, extorsiones. Se arrepintió de sus actuaciones y se refugió en la iglesia.

Al igual que “el buzzo”, Carlos venía de una familia de clase media alta que al enterarse del comportamiento de su hijo, lo sacaron del país. Cuando Carlos se enteró que su familia lo iba a mandar al extranjero, buscó los recursos y medios para que al llegar a los Estados Unidos, lograra su ingreso en alguna congregación y así lo hizo.

A los meses de su llegada, se preparó y se convirtió en sacerdote. Le recomendaron, los otros sacerdotes, que mantuviera en reserva su pasado por las posibles consecuencias negativas que eso le podía provocar, no sólo a él, sino a los feligreses; por lo que aceptó mantener su pasado escondido.

Ya ordenado y cuando daba sus primeros oficios, sus ojos se encontraron con los de Florencia, quien se ubicaba en medio de los feligreses de un día domingo. Al terminar la misa, Carlos le insinuó con sus ojos que la esperaba en la puerta. Y así fue. Cuando la fila de asistentes a misa llegaba a su final, Florencia llegó a pararse enfrente.

Una vez ahí, ambos se dieron un fuerte abrazo. Florencia no lo había visto desde aquél día en que él le había dejado intencionalmente la puerta abierta. Ambos habían cambiado física y espiritualmente pero había algo en ellos que no había desaparecido y por eso se habían reconocido.

Desde ese domingo, ambos se habían hecho amigos y Florencia generalmente llegaba a la iglesia cuando su pasado la volvía a acosar. En esos momentos, Carlos la aconsejaba desde el punto de vista religioso y para que ella pudiera salir de sus angustias, la ponía a trabajar dando de comer a los indigentes que llegaban a la iglesia. Al finalizar la jornada de repartición de comidas, Florencia experimentaba esa paz y tranquilidad que siempre buscaba y que generalmente la encontraba en la iglesia. Ahora, con la presencia de Edward, ella sentía que otra persona, además de la iglesia, le tranquilizaba su existencia.

*-Gracias, Carlos tomaré en cuenta tu palabra, en el caso tenga la necesidad que otra persona hable con Edward sobre mi pasado.
¿Cómo te sientes, ahora?-*, quiso saber Carlos.

-Mucho mejor, le dijo Florencia. Cada vez que vengo acá, independientemente estés o no, con sólo sentarme en esta banca, mi ser experimenta esa paz que tanto anhelo. Tengo miedo, Carlos, que “el buzzo” se escape de la cárcel y me busque. El me juró que saldría para matarme.

-Ten fe que Dios guardará tu vida, Florencia. Yo le pido al Señor, que el corazón del “buzzo” logre encontrar la paz y tranquilidad que tanto necesitan. Tú también tienes que pedir por él, Florencia. Pídele a Dios que sane ese corazón.

-¿No le guardas rencor por la muerte de tus hermanitos? quiso saber Florencia.

-Trato que ese sentimiento no domine mi actuación pero no es fácil. Tú debes hacer lo mismo y tratar de perdonarlo. Ora por él.

CAPÍTULO VII

Pequeño Accidente

Edward estaba desesperado al percatarse que el tiempo pasaba y Florencia no salía de la iglesia. Ya estaba por salir a buscarla cuando las puertas del templo se abrieron y ella salió acompañada de un sacerdote quien al final se despidió con la señal de la cruz. Florencia se lo agradeció y comenzó su regreso al apartamento.

Edward la siguió a su condominio hasta que se aseguró que entraba sana y salva. Estacionó su coche en la acera de enfrente del apartamento de Florencia y se quedó meditando si entraba o no.

Al final, se bajó del coche con intenciones de subir pero al levantar la vista, coincidió con la luz de la habitación de Florencia. Eran casi las doce de la noche.

Ella, por descuido, no había bajado la cortina. Y comenzó a desvestirse. Se quitó su malla y después hizo lo mismo con su toples y sus pechos fueron liberados en una forma salvaje.

Edward se quedó quieto en la acera contemplando esas cúspides tan perfectas, llamativas, deseables y jugosas. Sintió cómo su entrepierna comenzaba a levantarse y no supo qué hacer. Se había quedado pegado al piso.

Florencia se percató de su error con las cortinas y sin pena, ni pudor, ya que pensaba que nadie la veía porque ya era noche, se dirigió al ventanal y cerró las cortinas de un solo tirón.

Florencia se dio una agradable ducha por más de media hora. Su resistencia física se había incrementado por las constantes rutinas de ejercicios.

-NUNCA MÁS-, se dijo Florencia: nadie podrá obligarme a hacer algo que yo no quiera sin que antes luche.

Salió del baño, se colocó su poncho y se sentó enfrente de su tocador. Se contempló su rostro un buen rato sin hacer, ni pensar nada. Solo se quedó mirando. Contemplaba la mujer que era ahora y cómo lo había logrado:

-A puro esfuerzo y disciplina.

Después del exilio, ella había pasado muchas etapas. Las primeras eran las más dolorosas, las que más costaba superar. Ahí casi estuvo a punto de quedarse sumisa en un eterno estado de depresión. No faltaron quiénes la quisieron ayudar con medicinas y, aunque reconocía que estas eran buenas, temía que el abuso de las mismas la afectara mucho más.

Lo que mejores resultados le produjo fue haber salido de su país, alejarse de todos y en especial de él. Sólo así pudo ver la luz al final del túnel. Sólo así pudo comenzar su rehabilitación. Ahí fue donde ella comenzó a valorar mejor las cosas. Todavía tenía deudas que saldar, como era la reconciliación con su familia, pero eso era algo que tenía que trabajar y ella aún no estaba dispuesta a comenzar con ese pendiente.

Después de esas meditaciones tomó el peine y comenzó a alisarse el pelo. Luego se quedó nuevamente quieta y recordó con precisión el día del juicio y las palabras amenazadoras de él:

-LO PAGARÁS, FLORENCIA, PAGARÁS POR ESTO CON TU VIDA.

Y en ese momento, Florencia comenzó a llorar. Recordó con precisión los maltratos a los que fue sometida por tanto tiempo, que iban desde la agresión verbal hasta la física; así como la muerte de su hermano Antonio.

Se levantó de la silla y, así en bata, se tiró a la cama y se durmió a la media hora.

Durmió de corrido hasta las cinco de la mañana. A esa hora se levantó, se vistió de nuevo y salió a correr. Esta vez se lanzó a la calle con más cuidado y, sin pretenderlo, llegó hasta la calle de enfrente del apartamento de Edward.

Se paró y se quedó apoyada en una pared viendo el condominio.

Meditó para sus adentros de cómo ese hombre lograba calmarla y hacerla sentir, de nuevo, mujer. Ella se había percatado de sus miradas y sus atenciones pero lo había disimulado para evitarlo.

-*BASTA-, dijo. ¿Qué diablos estoy haciendo acá?*

Y se dio la vuelta para iniciar el regreso a su casa. Cuando comenzó a correr, tropezó con un hombre que salía de una cafetería y llevaba una taza de café, que derramó sobre sus pechos.

-*PERO ¿QUE DIABLOS LE PASA?-*, le gritó ella.

-*FLORENCE-, le dijo - Lo siento, no te vi al salir de la cafetería.*

Florencia levantó la vista y se encontró con Edward de frente y se percató que él también estaba mojado de café, solamente que la mayor parte del líquido había caído en la blusa de ella.

-*Lo siento-, le dijo Edward - REALMENTE LO SIENTO-.*

Florencia empezó a secarse y notó cómo la piel de en medio de sus pechos comenzaba a ponerse roja. Realmente daba mal aspecto.

-*Déjame ayudarte-, le dijo Edward.*

-*Sí, por favor-, le dijo ella.*

Edward la tomó de la mano y se la llevó a su apartamento. Entraron a su piso y él la llevaba de la mano.

Al entrar, se la llevó directamente al baño y sacó su botiquín. Era grande y tenía todo lo que se podría necesitar en una emergencia. Sacó unos algodones y se los frotó con una crema por más de una vez.

Al colocar la crema, Florencia, sintió un leve ardor en la piel pero lo soportó con todas sus fuerzas. Ella sabía que su umbral del dolor había soportado más que eso. Lo que realmente le incomodaba era el recuerdo que le traía esa sensación.

Con las siguientes aplicaciones ella experimentó un gran alivio y el ardor de su piel comenzó a desaparecer.

Edward notó el cambio de sensaciones en el rostro de Florencia: de dolor a placer. Ahí estaba la curación y su piel había comenzado a

recuperarse. Él se alegró pero continúo aplicando la crema ya que al hacerlo podía sentir su piel y sus pechos.

-*Gracias-, le dijo ella y le apartó la mano.*

-*Lo siento, te juro que si te hubiera visto me aparto de tu camino-, le aclaró Edward.*

-*Yo tuve la culpa. A veces corro como loca y no me percato de los peligros a mi lado.*

-*Estás muy lejos de tu apartamento. Has corrido más de dos kilómetros. Tienes una gran resistencia.*

-*Sí -, le dijo ella y agregó: -Hubo una ocasión que corrí más que eso-*

-*¿En alguna competencia?-*, quiso saber Edward.

-*Sí-, le dijo ella y agregó: -por salvar mi vida-. Y se quedó callada contemplando su piel.*

Edward pensó que había tocado, sin querer, un tema de cuidado y meditó que no era el momento para ahondar en eso. Así que le dijo:

-*No puedes andar con esa blusa mojada. Toma, ponte esta camiseta.*

Florencia se la tomó y se le quedó viendo. Era una camisa de deporte de Edward de color blanco, rallas negras y con el logo de Nike al frente. Era una camiseta para correr.

-*¿También usted corre?-*, le preguntó Florencia.

-*Sí-, le dijo, Edward- No como tú, pero trato de combinarlo con natación, ciclismo y montaña. No me gusta sólo correr.*

-*Gracias-, le dijo Florencia y le preguntó:*

-*¿Adónde me puedo cambiar?*

-*Acá. Te dejo sola para que lo hagas. Al salir búscame en el comedor.*

Te invitaré a desayunar y no quiero escuchar negativas.

Salió del baño y cerró la puerta.

Florencia se quedó un rato sentada apreciando la camisa. Olía tan bien. Con sólo acercársela a la cara ella podía sentir el aroma de Edward. Se paró, se quitó su blusa empapada de café y crema y se colocó la camisa. Salió del baño y se dirigió a la cocina. Ahí se encontró de espaldas a Edward quien llevaba unos shorts negros ajustados a sus piernas, las cuales sobresalían en la parte alta por sus músculos. También llevaba una camisa de deporte color crema floja que le llegaba a sus glúteos. Y en los pies calzaba un par de zapatillas Nike color negro. Se veía tan guapo, se dijo Florencia.

Edward se dio la vuelta para servir los platos que tenía en la mesa de granito y al hacerlo se encontró con Florencia parada enfrente.

Ambos se quedaron viendo por un buen rato, hasta que Florencia le dijo:

-Gracias por la camisa, se la devolveré al mediodía.

-No te preocunes, quédate la siquieres, recuerda que te he estropeado tu blusa.

-Lo pensaré-, le dijo: -Aunque la que saldrá más beneficiada seré yo porque esta camisa vale mucho más que mi blusa-. Y comenzó a reírse.

Edward la siguió y en ningún momento le quitó la mirada. Después le dijo:

-¿Lista para comer?

-Sí-, le dijo ella y se acercó a él para ayudarle a servir el desayuno. Edward se quedó asombrado. Era la primera vez que una mujer, en su apartamento, le ayudada en algo que no fuera sexo. Le gustó esa acción y dejó que ella lo hiciera.

Cuando ambos finalizaron de colocar la mesa, los dos se sentaron uno enfrente del otro.

Florencia comenzó a comerse el huevo picado para después seguir con el tocino.

Ella se percató que la cafetera ya estaba lista así que le preguntó a Edward:

-¿Gusta que le sirva café?

Él levantó la mirada y le dijo:

-Sí.

Ella se levantó y pasó a la par de Edward. Él se contuvo para no tomarla de la cintura y traérsela a su regazo.

Florencia tomó dos tazas de café y las llevó a la mesa. Le colocó una a Edward y la otra la colocó en su sitio.

Mientras comían, Edward, le contó que había participado en carreras olímpicas durante sus años de universidad. En este tipo de torneos, se había llevado el tercer o segundo lugar.

-Muy raras veces lograba el primer lugar-, le dijo. -No sabes cuánto me entrenaba; a veces, era frustrante tanto entreno para sólo ganar esos lugares. Pero bueno, la verdad es que disfruté lo que hacía.

-Eso es lo mejor, señor Morgan. Lo más importante es competir.

-Florencia, ¿quieres ir de paseo conmigo ahora? le preguntó Edward.

-Pero ¿cómo?, no he traído ni mis documentos, ni dinero, ni nada. Es más no estoy ni vestida para la ocasión.

-Por eso no te preocupes. Iremos a mi rancho que está a la salida de la ciudad. Tengo ratos de no ir y quiero saber cómo están las cosas. Yo iré vestido tal cual estoy y de los gastos ni te preocupes, corren por mi cuenta.

-Realmente me alegraría mucho-, le dijo: - Tengo bastante tiempo de no salir sobre todo a conocer un rancho. ¿Tiene caballos?- , le preguntó Florencia.

-Sí, le dijo extrañado Edward y le preguntó: -¿Por qué me preguntas eso?

-No quiero parecer petulante pero en mi país fui campeona de ecuestre por tres años consecutivos. Después que me retiré de la vida social, no he vuelto a cabalgar y realmente me gustaría hacerlo ahora.

-Perfecto-, dijo Edward y tomó su iPhone para hablar al rancho.

Florencia se quedó contemplándolo cuando Edward se paró y

comenzó a hablar con alguien:

-Leo, llegaremos en una hora. Prepara dos caballos: a payaso y a centella y tenlos listos para que cabalgemos. Dile a Marta que nos prepare almuerzo.

Y volvió a ver a Florencia:

-¿Quieres carne o pollo asado?

-Carne-, le dijo Florencia sin pensarla.

-Gracias-, dijo Edward y colgó.

Se dirigió a la mesa y terminó de desayunar.

-Señor Morgan, ¿puedo hacerle una pregunta?

-Sí, le dijo Edward y dejó los cubiertos sobre el plato para ver de frente a Florencia.

-¿Por qué es tan amable conmigo?

Florencia contempló como el rostro de Edward se ponía de colores.

Edward tomó valor para contestarle pero antes de hacerlo meditó bien su respuesta porque sabía que la forma de acercarse a ella para lograr que fuera suya debía ser diferente porque ella lo era y porque él realmente deseaba algo importante con ella.

-Florence-, le dijo. Eres una mujer increíble en todos los aspectos: eres natural, sincera, transparente y trabajadora. Por otro lado, y en términos físicos: me gustas como no tienes idea y cada vez que estoy contigo quiero acabar cerca de ti. Quiero conocerte más y que tú también hagas lo mismo conmigo. Y si quieres saber por qué soy amable contigo, te lo diré a secas: me gustas mucho-, finalizó Edward.

Florencia se quedó callada y tomó su taza de café. Bebió unos tragos y luego se le quedó viendo a los ojos para decirle:

-Señor Morgan, usted no sabe nada de mí. Sé que se decepcionará al conocer mi pasado y no sé hasta qué punto lo podrá comprender.

Edward sabía a lo que se refería pero esperó que ella continuara su relato.

-*Yo me fui de mi país porque asesinaron a mi hermano mayor, Antonio. Lo mataron de una forma brutal y vil y yo, por más que quise evitarlo, no lo pude hacer, no fui capaz de cumplir con mi parte del trato-, finalizó Florencia.*

-*¿Cuál parte del trato, Florencia?- le preguntó Edward.*

-*Me enamoré de un tipo que parecía sincero y de buenos sentimientos. A los meses de estar juntos me pidió que nos acostáramos. Yo no estaba segura de mis sentimientos y me negué en las primeras ocasiones pero él continuo pidiéndomelo hasta que, un día, se quitó la camisa y le vi un impresionante tatuaje de maras. Él era el jefe de una de esas organizaciones, si podemos llamarla de alguna manera. Hasta ahí comprendí que estaba en un gran problema-, dijo Florencia y suspiró.*

-*¿Qué más te hizo ese imbécil, Florence?*

-*En ese momento, me dijo que tenía que ser su mujer y que si eso no ocurría, lo que le exigirían a mi familia en pago para que ellos no los asesinaran, iba a aumentar o en el peor de los casos iban a tomar otro tipo de medidas más personales. Yo no entendía a qué se refería con ese “otro tipo de medidas más personales”; así que él me tomó a la fuerza y me tiró a la pared para decirme al oído qué es lo que iban a hacer si yo no me convertía en su mujer y eso era: matar a mis padres o a mi hermano.*

A Florencia se le cortó la voz y ahogó un grito casi silencioso.

Edward, se levantó y se sentó a la par de ella en el comedor, le dio la vuelta a la silla y le levantó la cabeza para que ambos ojos se encontraran.

-*Cálmate, no tienes por qué seguir-, le dijo.*

-*Yo si quiero hacerlo-, le respondió Florencia.*

-*En ese caso, toma mis manos y cuéntamelo, por favor, Florencia.*

-*Ese mismo día me tomó por la fuerza, es decir, me violó; una, dos, tres y hasta cuatro veces. Al llegar la noche, me levanté de la cama y me fui a vestir para irme de ahí pero al abrir la puerta del baño, me tiró a la pared y me amenazó con tres cosas: la primera era que no debía decir nada porque si lo hacía mataban a mi hermano. La segunda fue que debía de ir a un médico para evitar quedar embarazada y la última*

era que debía de regresar todas las tardes a su casa para hacerme a diario su mujer.

Edward estaba commocionado. Esperaba una historia parecida pero no tan cruel.

Florencia continuó hablando:

-Así lo hice y me tuvo a su antojo por más de un año. En una ocasión, me tomó con tanta fuerza que sufrió un desgarre vaginal y terminé en un hospital. Yo misma llegué hasta ahí, nadie me ayudó. Al personal del hospital tuve que mentirles y decirles que un loco me había violado porque si decía la verdad tenía que decir su nombre y no podía hacerlo. Los médicos y las enfermeras me ayudaron y comprendieron por la misma situación de violencia del país. Después de estar más de cinco horas en el hospital, me fui a mi casa. Gracias al cielo, mis padres no estaban, así que me refugié en mi habitación.

Florencia se quedó de nuevo callada.

Edward la abrazó por completo y le dijo al oído:

-No tienes por qué contarme tu historia si te hace daño.

Florencia, se separó de él y le dijo:

-Quiero hacerlo con usted, por favor.

-Entonces sigue-, le dijo Edward.

Y se la llevó para el sofá. Ahí se sentaron los dos a la par y Florencia continuó relatándole:

-Al día siguiente me dio una gran calentura que me hacía temblar de frío. Comencé a tomar antibióticos y la fiebre me bajó hasta el día siguiente. Ese mismo día, él me llamó a la casa. Contestó la persona del servicio quien me lo pasó diciéndome que mi novio me hablaba. Al contestar el teléfono, de entrada me dijo: -¿PERO QUÉ DIABLOS TE HAS CREÍDO? y me exigió que lo fuera a ver porque de lo contrario se iba a presentar en mi casa.

Como pude me aliste y me fui en mi coche. Traté de explicarle la situación pero no lo entendió. Por lo menos esa vez, fue un poco más consciente y sólo me tomó una vez.

Edward notaba cómo ese relato le afectaba a Florencia, ya que cada vez que finalizaba una frase, una mueca de dolor asomaba a su rostro. Florencia, tomo aire y continuó:

-Le juro señor Morgan, por mi familia, que yo no sabía lo que ese hombre hacía, ni que pertenecía a uno de los grupos más delictivos de la zona, ni que era el jefe de esa organización. ¡SE LO JURO!

Florencia ya no pudo más y se tiró hacia el pecho de Edward a llorar, con más ganas y gemidos que la vez de su cumpleaños.

Edward la abrazó con todas sus fuerzas y le comenzó a acariciar el cabello a la vez que le decía:

-Cálmate, no te estoy juzgando. Tú no tienes la culpa de nada. No te sientas culpable de eso. Ese miserable se aprovechó de ti, de tu ingenuidad y de tus sentimientos. NO VUELVAS A DECIR ESO POR FAVOR Y NO PERMITAS QUE NADIE TE LO DIGA.

Florencia escuchó las palabras de Edward y sintió cómo su cuerpo se iba relajando lentamente. El contacto de las manos de él sobre su caballera también le provocaba igual sensación. Al final, cuando ya se sintió mejor se apartó y le dijo:

-En esta primera conversación, le he dicho más de lo que platicamos con mi terapeuta-. Y se puso a reír.

Edward la tomó en sus brazos, se le acercó y le dio un largo, sincero y apasionado beso. Ella le correspondió con igual intensidad.

Al despegarse, Edward comprendió que, por ese día, era más que suficiente de confesiones; así que le dijo:

-¿Nos vamos?

-Sí, cuando guste-, le contesto Florencia.

Edward se levantó del sofá y la tomó de la mano para ayudarla a levantarse. En ese momento, él se le acercó a su oído y le susurró:

-Eres hermosa. No sabes las fuerzas que tengo que hacer para evitar llevarte a la cama.

Florencia abrió sus ojos y mostró su asombro.

-Pero no te preocunes, sabré esperar el momento en que estés lista para mí.

Ambos se quedaron viendo hasta que su contemplación fue interrumpida por Mauricio que llegó a la sala para avisarles que la camioneta estaba lista.

Edward salió con Florencia tomada de la mano y bajaron por el ascensor hasta el estacionamiento.

Ambos se subieron a la camioneta Porsche, Cayenne y Edward inicio el recorrido para su rancho.

Cuando ya se encontraban en camino, Edward, le dijo:

-Florence, quiero pedirte un favor, llámame Edward. No me gusta que me llames señor Morgan.

-No puedo-, le dijo ella.

-¿Porqué?

-Porque si llego a trabajar para su compañía no sería correcto llamarlo con tanta confianza. Podría ocasionarle problemas a usted y a su familia-, le respondió Florence.

-Bueno, como gustes pero cuando estemos fuera del ámbito laboral y sólo nosotros dos, preferiría que me llamas por mi nombre-, le pidió Edward.

Florencia se quedó meditando en sus palabras un buen rato. A veces su razonamiento era lento porque trataba de imaginarse todos los posibles escenarios de una situación en particular.

Edward por su parte, cada vez que ella se tardaba tanto para responder, se ponía inquieto y esperaba la peor de las respuestas.

Nunca le había gustado esperar tanto para escuchar una respuesta de su contraparte, mucho menos en los negocios. Aunque ella no entraba en esa categoría, esa actitud lo inquietaba, así que no soportó más y le dijo:

-¿Tienes algún comentario?

-*No-, le dijo ella y agregó:- lo llamaré Edward cuando estemos fuera del trabajo.*

-*Gracias-, le dijo él.*

Florencia, comenzó a hablar:

-Usted me preguntó si corría en competencias, pues bueno, le voy a decir la verdad. Cuando vine a este país tomé clases de defensa personal y me inscribí en atletismo. Juré que nunca más nadie iba a tomarme por la fuerza. Esa fue la razón por la que tomé esas clases.

Edward comprendió la respuesta y además le preguntó:

-*¿Y el atletismo para que lo querías?*

-Otro día le voy a contar pero ahora sólo le digo que hubo un tiempo que estuve secuestrada y la única forma de escape fue cuando, por un descuido, alguien dejó la puerta abierta. Yo me percaté de eso y salí corriendo con todas mis fuerzas. No paré hasta que llegué a una casa cercana y les pedí auxilio. Creo que corrí casi un kilómetro pero por poco me muero del cansancio. Al final valió la pena porque esas personas llamaron a mis padres y a la policía y me rescataron. A la semana siguiente salí del país y me vine hacia acá.

Y agregó:

-Al pisar estas tierras me prometí aprender a correr bien, por cualquier cosa. Y ahora corro más y me canso menos. Ah y también fui a clases de tiro al blanco, uno nunca sabe.

Edward meditó cada una de las palabras y le dijo:

-*Te has preparado por si vuelve a pasar algo. ¿Temes algo?*

Florencia se quedó callada y un par de lágrimas salieron de sus ojos.

Edward reaccionó ante esa situación y detuvo el coche saliéndose de la carretera para decirle:

-Florence, quiero que sepas algo: antes pudiste estar sola pero ahora ¡NO VOY A PERMITIR QUE NADIE TE VUELVA A HACER DAÑO! NUNCA MAS, FLORENCE, ¡NADIE SE VA A APROVECHAR DE TÍ!

Florencia volvió su cara hacia Edward. Él se había acercado a ella y estaba a centímetros de su boca. En ese momento él la abrazó y le dijo que se fuera recostada en su hombro.

Florencia obedeció y se fue reposando en su hombro hasta que se quedó dormida por completo.

Edward sintió el momento en que ella se durmió y se alegró ya que todo su desahogo había sido demasiado, tanto para ella como para él.

Aprovechó ese momento para pensar lo que tenía que hacer desde ese día en adelante con relación a Florencia. Intuía que la triste historia que le había narrado no había concluido con esos hechos; sabía que había más y lo tenía que conocer.

Eso mismo hacía con sus potenciales negocios. Los estudiaba previamente, los analizaba, los colocaba en sus entornos para visualizar las posibles complicaciones así como los futuros beneficios y sólo así, al estar con un buen porcentaje de certeza procedía a cerrarlos.

Lo mismo haría con Florencia. No pensaba abandonarla aunque se extrañaba de tener ese tipo de relación con ella. Con nadie había pasado tanto tiempo sin llevársela a la cama antes de conocerla bien. Pero eso, en el caso de Florencia, lo tenía sin cuidado. Iba a esperar el tiempo que fuera necesario.

Lo que realmente le importaba ahora era conocer qué fin había tenido ese desgraciado incidente en la vida de ella y eso lo iba a averiguar a través de Mauricio y de su abogado.

CAPÍTULO VIII

“Quiero Cuidar de ti”

Llegaron al rancho más rápido de lo que se imaginó. Al estacionarse, Florencia se levantó sobresaltada y sudando. Edward se le acercó y le dijo:

-*Cálmate, no pasa nada. Acabamos de llegar.*

Florencia vio para enfrente y se encontró con una extensión de más de dos manzanas de terreno. En la entrada había varios árboles frutales que hacían el camino hasta la casa. En el recorrido pudo ver varios establos y mucha gente trabajando, la mayoría de ellos eran latinos.

-*¿Qué cultiva, Edward? le preguntó.*

Edward sintió un tirón en su corazón al escuchar de los labios de Florencia su nombre. Y le contestó:

-*Algunos vegetales, manzanas, uva y trigo.*

-*¿Cuántos latinos trabajan para usted?*

-*Creo que son más de cien-. Le contestó Edward.*

La camioneta se detuvo al llegar enfrente de la puerta del rancho. Edward se bajó del coche y salió corriendo para bajar a Florencia. Al llegar, le abrió la puerta y la tomó de la cintura para bajarla.

Luego entraron al rancho. Era enorme. Tenía a la entrada una gran mesa de madera en la que descansaba un gran florero repleto de flores de aves del paraíso, helechos y claveles.

Todo el rancho era de un solo piso con un impresionante jardín al medio del mismo. La sala estaba compuesta por seis muebles de ratán tapizados de blanco. Tenía una impresionante chimenea y una mesa de centro con varios libros de finanzas y administración. Las paredes estaban pintadas de color beige y de ellas colgaban unos sorprendentes cuadros de óleo. En uno de ellos estaba fotografiada toda la familia Morgan. En ellos, Florencia reconoció a los padres y hermana de Edward. Asimismo pudo apreciarlo a él, con unos años menos y se reafirmó que hoy en día, estaba más guapo.

-Ven-, le dijo, Edward: - siéntate conmigo.

Florencia se sorprendió de lo fácil que era obedecerle y se sentó a su lado.

De repente, de la cocina salieron varias personas que les llevaron limonada y panecillos. Florencia reconoció que una de ellas era latina y le habló en español.

Ella le sonrió y comenzó a hablar. Ambas se pusieron a reír.

Florencia volvió su mirada a Edward y le dijo:

-Lo siento, pero ella no habla inglés.

-No te preocupes, con tal que no hables mal del dueño de esta casa es suficiente. Además Gloria, con la que acabas de hablar, es la que mejor cocina así que tengo que esperar que lo haya hecho bien ahora-, le dijo Edward.

La señora mayor de las tres que habían salido de la cocina, le indicó a Edward que la comida estaba servida.

Ellos se levantaron y se fueron al comedor que, al igual que los espacios anteriores, era igual de imponente y majestuoso. Ambos se sentaron a la par. Florencia se percató que la mesa era grande y en la misma solo habían servido dos platos. Así que le preguntó:

-¿Y tú comes solo cuando vienes acá?

-No, siempre le digo a una de ellas que me acompañe, sobre todo a las que sí hablan inglés-. Le respondió él.

-¿Habrá problema si las tres nos acompañan?

Edward casi se atraganta al escucharla. Era la primera vez que una mujer con la que estaba, y que había llevado a ese rancho, le pedía que los acompañara el personal de servicio. Para él eso era insólito y se preguntó en ese momento con qué tipo de mujeres había estado saliendo: frías, plásticas, alienadas y, sobre todo, presumidas.

-*¿Edward?-*, le dijo Florencia.

-*Para nada, pero no lo esperaba de ti.*

-*Son personas también. Y algunas, al igual que yo, hemos venido acá porque estamos huyendo de algo o alguien-*, le contestó Florencia.

Edward llamó a las tres mujeres y después de tanto rogarles se sentaron con ellos a la mesa. Una de ellas no podía usar el tenedor y el cuchillo. Así que Florencia, al ver su dificultad, le dijo:

-*No te preocupes, cuesta un mundo usar estas cosas y la comida sabe mejor con las manos.*

Así que Florencia tomó la carne y la partió con sus dedos para después llevársela a la boca.

Edward la observaba embelesado. Esa mujer podía ser empática con cualquiera y sacrificarse por el bien de otros. Cada gesto de ella reafirmaba sus intenciones. No eran las mismas que con otras porque ella era diferente. Bien se lo había dicho su madre.

Terminaron de almorzar. El personal de servicio retiró los platos y les sirvió café con pan dulce. Florencia agradeció el gesto y se tomó todo el líquido. Sintió que las fuerzas volvían a ella de nuevo.

Edward se levantó de su silla, se acercó a ella y le comenzó a frotar con sus manos los hombros. Él percibió que ella se relajaba, ya que le palpó varios nudos en su espalda:

-*Estás muy tensa. Ven vamos a caminar un rato.*

Florencia se levantó y Edward la tomó de la mano. Salieron del comedor pasando por la cocina. Al pasar enfrente del personal de servicio, la mayor de ellas dijo en inglés que hacían una linda pareja y que lo felicitaban por esa elección.

Edward se detuvo y vio como Florencia se sonrojaba. La abrazó y

les contestó:

-Las felicitaciones deben ser para ella no para mí: yo sólo tuve la suerte de encontrármela en mi oficina cuando llegó.

Florencia sonrió y le dio un beso en la mejía.

Edward, la tomó de nuevo de la mano y salieron de la casa. Caminaron por un buen rato hasta llegar a los establos. Ahí le presentó los doce caballos que tenía. Florencia vio al final del establo dos caballos que ya estaban ensillados y listos para salir.

-¿Cómo se llaman?- , le preguntó a Edward.

-El blanco con puntos negros es payaso y el otro color café se llama centella. ¿En cuál quieres cabalgar?- , finalizó Edward.

-Si no existe inconveniente de su parte, me gustaría payaso- , le contestó ella.

-De acuerdo- , le dijo Edward.

En el momento, le ayudó a subirse a la montadura pero su esfuerzo fue casi en vano porque Florencia era una jineta experta.

Edward montó a centella y ambos salieron hacia el bosque.

Edward estaba extasiado. El montar a caballo era una de sus gratas pasiones y nunca lo había hecho con alguna mujer que no fuera su madre o su hermana. Ahora, se dijo, tenía otra dama, y esta vez muy especial, que compartía sus gustos.

Caminaron a paso lento, mientras terminaban de digerir el almuerzo. Luego, Florencia, le dijo:

-¿Esta listo para una carrera?

-¿Crees que me ganas?- , se mofó Edward.

-Eso lo veremos en unos minutos-;

Y en ese momento, Florencia sonó sus labios y comenzó a galopear. Edward se quedó quieto contemplando la maestría con la que manejaba el caballo. Y luego de verla alejarse, hizo lo mismo y la persiguió.

Corrieron por todo lo largo del bosque. Florencia le llevaba una gran ventaja. Sus tres títulos de campeona de equitación en su país no habían sido por pura suerte. Era muy buena en eso.

Al llegar a la cima de una montaña detuvo a payaso y se quedó contemplando la vista.

El rancho de Edward estaba rodeado de un bosque abundante de pinos, cipreses y árboles de maple. Pero lo que más le daba vida a ese paisaje verde era el atardecer que comenzaba a caer sobre el rancho.

Edward llegó a los minutos y se colocó al lado de ella. La miró por un buen rato y le dijo:

-*¿Es impresionante, verdad?*

-*Mucho. Tanto que me he quedado sin palabras.*

Edward se acercó aún más a ella. En unos segundos, ambos quedaron cerca el uno del otro. Edward aprovechó el acortamiento de la distancia para decirle:

-*¿Cómo te sientes ahora, cerca de mí?*

Florencia lo miro a los ojos y éstos estaban casi por derramar lágrimas y alcanzó a decirle:

-*Segura.*

-*Entonces, le dijo: -permíteme acercarme más a ti y de esa forma conocerás cuáles son mis intenciones-.*

Florencia se quedó meditando las palabras de Edward y le dijo:

-*¿Y si trabajo para su compañía cómo vamos a llevar esta relación?*

-*Tú eres muy inteligente y has sabido manejar esta situación mejor que yo. En la oficina seremos el señor Morgan y la señorita Martínez pero afuera, como ya te dije, seremos lo que somos ahora y de esa manera podremos conocernos mejor. Necesito tenerte cerca y saber que estás segura.*

-*¿Tienes instinto de protección con todas tus novias?-, le preguntó Florencia.*

- No, es la primera vez que además de controlar la relación quiero cuidar de alguien. También quiero que sepas que es la primera vez que antes de llevarme a la cama a una mujer, la intento conocer. Así que con todos estos datos puedes darte una idea de "cuantas primeras veces estoy haciendo contigo"-, finalizó, Edward.

Florencia se quedó callada meditando la confesión de Edward. Después de todo lo malo que había atravesado, este nuevo episodio para ella le resultaba extremadamente agradable y verdadero. Pero le preocupaba el futuro de ambos en la empresa de los Morgan y la seguridad de ella después de su relación con ese delincuente.

Edward se comenzó a sentir ansioso y desesperado. No soportaba esas ausencias de Florencia. Parecía como que de repente, ella se iba del planeta y divagaba. Pero en ese momento tan crucial, superó la espera y la tomó de su barbilla para besarla en los labios.

Florencia le correspondió pero esta vez, Edward sintió que ese beso era diferente. Ella lo tomó de la cabeza y lo comenzó a besar de una manera más que apasionada. Luego se separó de él y se pasó a centella. Cuando estuvieron de frente, ambos se abrazaron, se comieron a besos y a caricias.

Edward pudo cumplir por fin su sueño de días atrás: logró bajar sus manos a ese par de pechos y los tocó, presionó y estuvo a punto de levantarle la blusa pero se detuvo cuando Florencia se alejó.

Edward lo comprendió y le dijo:

-Puedo tomar esta acción como un sí de tu parte?

Florencia se puso roja de la cara y se echó a reír. Al final cuando paró de reírse, le dijo:

-Sí.

Edward la abrazó por completo y le susurró al oído: -Gracias, preciosa-.

Los dos se quedaron abrazados por un buen rato, hasta que Edward le dijo:

-*Es hora de regresar a la ciudad. Mañana ambos tenemos que ir a trabajar.*

-*Correcto, jefe-, le dijo Florencia bromeando.*

Y agregó: -*¿a qué horas quiere que llegue?..*

-*A las nueve, estará bien. Todavía tengo unos pendientes que hacer. Te pido que no te vayas a molestar si no llego a verte a la oficina de recursos humanos-, le pidió, Edward.*

-*Por favor-, le dijo Florencia. Entiendo perfectamente la situación de mañana y de los otros días que vendrán. Así que no se complique con eso. Lo único que tengo que decirle es: gracias porque ha creído en mí y me dará la oportunidad de ayudarlo en la empresa-.*

-*Gracias-, le dijo. Edward. -Ahora déjame bajar de caballo para que te des la vuelta y luego me subo para que los dos vayamos sobre centella. ¿Te parece bien?*

-*De acuerdo-, le dijo ella.*

Florencia se dio la vuelta sobre el caballo y luego le extendió la mano a Edward para que se subiera. Cuando al fin se subió al lomo de centella, la abrazó por completo, tomó las riendas de ambos caballos y se dirigieron al rancho.

Al llegar, el personal de servicio los estaba esperando.

Ellos se bajaron y se despidieron.

Al subirse a la camioneta los dos iban en silencio. Edward fue el primero en actuar y la tomó de la mano. En ese momento, le dijo:

-*Este ha sido el mejor domingo que he pasado en mi vida a tu lado. Te agradezco que me hayas acompañado y lo más importante que me permitas conocerte.*

Florencia lo volvió a ver y le sonrió por completo, al tiempo que le dijo:

-*Gracias a usted, Edward.*

Después de ese brevísmo intercambio de palabras, ninguno de los dos habló. Edward se conformó con llevarla tomada de la mano y

se alegró cuando Florencia le colocó la mano sobre la suya. Lo que más le agradecía a Florencia era la sinceridad con la que le había hablado de su pasado y de la aptitud madura que había tomado ella en la vida. Para lo que le había pasado, cualquiera se esperaría que se hubiese convertido en una ogra, en una resentida con la vida; en fin, meditó sobre sus posibles comportamientos.

Estaba más que claro que no todo era color de rosa en la vida de Florencia, después de ese incidente, recapituló Edward y concluyó: "su vida sexual y su lado afectivo están dañados y tienen profundas heridas que parecen difícil de sanarse".

Esa conclusión, lejos de desanimar a Edward, lo motivó aún más para continuar acercándose a ella. Pensó que esa situación se parecía al tributo que tenía que pagar por conseguir a una buena mujer.

Florencia por su lado, se sentía un poco liberada por las confesiones que le había hecho a Edward. Casi le había dicho todos los sucesos de su pasado de una sola vez. Y lo más importante de eso era que no se sentía mal. Por primera vez, sintió que había alguien, aparte de su terapeuta, que la comprendía. Pero aún tenía que superar más cosas, se dijo. Sobre todo, en el área física.

Llegaron al apartamento de Florencia cerca de las nueve de la noche.

Edward luchó contra todos sus instintos para no llevársela a su cama pero al final su raciocinio había ganado.

Florencia se bajó de la camioneta y Edward, casi en el momento, se colocó a su lado. Caminaron a la puerta y esta vez, Florencia no botó las llaves y las introdujo en la cerradura; luego se dio la vuelta y le dijo a Edward:

*-Gracias por lo maravillosos de este día-. Y se dio la vuelta.
Edward no soportó ese tipo de despedidas, así que la haló de la cintura, le dio la vuelta y le dijo:*

-No me hagas esto. No me dejes así como que nada y sin poderte tocar después de haberte sentido en el caballo.

Florencia comprendió la súplica y le dijo:

-¿Pero mañana, si nos vemos o si me aceptan en el empleo, cómo

haremos para controlar nuestros impulsos?

-No lo sé, en su momento lo analizaremos pero por hoy no puedo dejarte así, sin tocarte, ni besarte y mucho menos sin decirte "preciosa" al oído-, le contestó, Edward.

Florencia comprendió perfectamente las palabras de Edward porque ella misma sentía lo mismo. Así que tomó valor, se acercó y le besó los labios.

Ese fue el detonante para que los dos se pegaran a la puerta, se rozaran, se acariciaran y se besaran con desesperación y lujuria.

De repente, la puerta del condominio se abrió y apareció una pareja de ancianos que saludaron con pena a Florencia. Ella les respondió el saludo y luego se dirigió a Edward para deseárselle buenas noches. Edward le contestó con similares palabras, pero agregó:

-Buenas noches. Lleva tu móvil encendido, no pienso dejarte en paz. Florencia sonrió pícaramente.

Edward comenzó a caminar hacia su camioneta y se dio la vuelta para preguntarle:

-¿Llegarás mañana a la empresa?

-Sí-, le dijo Florencia.

CAPÍTULO IX

Una Cena Romántica

El lunes llegó tan rápido que Edward no se percató de la hora que sonó su despertador. Es más, se levantó media hora antes que sonara.

Se levantó de la cama, se duchó y se vistió con su mejor casimir de color negro a rayas. Luego llegó a la cocina y tomó un ligero desayuno.

Bajó al estacionamiento y se subió a su Mercedes para dirigirse más que temprano a su trabajo en la compañía. Ese día sería especial para él y lo que más deseaba era arreglar algunos asuntos relacionados con el ingreso de Florencia a la oficina así como estar pendiente de su llegada.

Dejó su coche estacionado exactamente a las siete y cuarenta de la mañana y se encontró sentado en su sillón de cuero negro de su oficina a las siete y cincuenta.

Su padre ya había llegado.

Edward no podía creer que su padre ya le había depositado sobre su escritorio un grupo impresionante de documentos que debía revisar, analizar y firmar. No comprendía cómo podía abarcarlo todo lo de esa manera.

No habiendo más que hacer. Comenzó a leer la documentación pero antes colocó en el iPhone una alarma que le avisara cuando fueran las ocho y treinta de la mañana.

Trabajó sin descanso hasta que la bendita alarma sonó. En ese momento llamó directamente a Cristian Brown, que fungía como gerente de finanzas de la compañía y que además era un gran amigo de infancia.

-Cristian, necesito que subas a mi oficina ahora mismo, necesito tratar un punto contigo, le indicó Edward.

-De acuerdo, hermano. Le contestó Cristian.

Después de diez minutos Brown estaba tocando la puerta de la oficina de Edward.

-Entra, le indicó Edward.

Luego de saludarse de abrazos, de comentar lo último del fútbol americano, Edward entró directamente al punto que le interesaba:

-Cristian, quiero pedirte o más bien ordenarte que cumplas con la siguiente indicación que te daré.

Cristian se quedó extrañado. En lo que llevaba de trabajar con Edward, nunca había estado en su despacho. Es más, casi siempre era Edward el que bajaba al área de finanzas para averiguar o solventar algún problema. Así que Cristian comprendió que el cambio de entorno era simplemente para que se obedeciera la orden que el “jefe” iba a dar. Ante esa conclusión, no emitió comentario y esperó escuchar a su jefe.

-Es posible que esta semana se incorpore un nuevo elemento femenino a nuestra fuerza laboral. Ella se desempeñará en la recepción y es posible que te ayude con algunos pagos y cuentas por pagar de la compañía. Su nombre es Florencia Martínez.

Cristian se quedó buscando en dónde, de todo lo que le había dicho, se encontraba la indicación de Edward.

Edward tomó un sorbo de agua y tragó fuerte. Esta era la primera vez que daba una orden de ese tipo y no sabía cómo abordar de mejor forma esa situación. Al final dejó ir las palabras así como las pensó:

-Sé que como todo tipo soltero que eres tú, así como otros de tus subalternos, no dejas escapar a ninguna de las mujeres solteras, atractivas, hermosas y bien dotadas que comienzan a trabajar en la compañía. En lo que respecta a la señorita Martínez, te agradecería que tanto tú como tus allegados se mantengan alejados de ella y únicamente se concentren en un trato meramente profesional.

Cristian se quedó perplejo ante semejante indicación, nunca dada por su amigo y jefe. Meditó unos segundos antes de contestarle y le dijo:

-No te preocupes, hermano, te he entendido perfectamente y esta misma mañana transmitiré tu indicación a mi grupo de trabajo.

-Gracias, le dijo Edward.

-¿Te has enamorado, Edward?

-Creo que sí, le dijo. Pero la cosa es un poco complicada, le respondió Edward.

-Me gustaría saber la historia completa, le respondió Cristian. Comamos un día de estos y lo platicamos fuera de estas paredes, ¿te parece?

-Perfecto, le dijo Edward. Y se levantó de su silla para estrecharle la mano y darle un fuerte abrazo.

Cristian meditó sobre las palabras de Edward y cuando se dirigía a la puerta se dio la vuelta y le dijo:

-Lo que sí no me vas a poder prohibir es poderla ver de lejos y darte mi aprobación de buen o mal gusto. Y comenzó a reírse a carcajadas.

Edward se levantó de su silla y le tiró el lapicero pero este rebotó cuando la puerta ya se había cerrado.

Después de haber dado las precisas instrucciones al grupo de caza de solteros que había en su compañía, Edward se volvió a concentrar en la cantidad inmensa de documentos que tenía que analizar.

A las nueve y cuarenta y cinco, el teléfono fijo de Edward sonó. Contestó en el momento y al otro lado del auricular le respondió Tomás de recursos humanos.

-Edward, tengo a la señorita Martínez acá. Te comento que no me ha entregado ninguna tarjeta tuya pero, gracias a que me avisaste, hemos procedido a tomarle los datos y en este momento está realizando las pruebas psicológicas. En cuanto a su desempeño laboral en su país, el mismo es sumamente valioso e importante y quizás lo que mejor le

califica es el dominio de dos idiomas y su especialización profesional. Tomás tomó aire para continuar con las descripciones:

-Realmente para el puesto que se le puede ofrecer, según las políticas de la compañía, estaría sobrevalorada pero hemos hablado con tu padre y él insiste que debe comenzar desde ahí. Por otro lado, en los primeros resultados de las pruebas psicológicas, y sin ánimo de etiquetarla, destacan su alto sentido de responsabilidad, su vigor de trabajo y pro actividad. Hay un punto que debemos de reforzar y es su comportamiento en estados de alta presión.

Edward analizó el informe de Tomás pero se concentró en la última frase, la cual comprendió en su totalidad.

-Es bien difícil, se dijo para sí, separar tus aptitudes profesionales de tu forma de ser. Es imposible que lo que te haya afectado o te afecte en tu vida, no se refleje en el ámbito laboral. Y en el caso de Florencia, él conocía, a medias, esa causa.

Después de meditar un poco, Edward le preguntó a Tomás:

-¿Qué ha indicado mi padre?

-Que le expliquemos la situación y le preguntemos si ella estaría dispuesta a comenzar desde abajo. ¿Estás tú de acuerdo? finalizó Tomás.

-Totalmente, le dijo Edward.

Y colgaron.

Edward sabía que quien tenía la última palabra en el tema de las contrataciones era su padre. Así que para no mostrar más interés en el tema de Florencia, él prefirió refugiarse en su oficina y continuar trabajando.

Una hora después, Edward tomó su móvil y llamó a Tomás. Éste le contestó en el momento a través de un breve mensaje de texto:

-Estoy concretando los términos de contrato con la señorita Martínez. Ella ha aceptado y comienza el día de mañana a trabajar en recepción al lado de Ramona Reyes.

Edward, releyó el mensaje dos veces y dejó escapar una leve sonrisa. Lo

había conseguido, ahora todo dependía del rendimiento de Florencia.

Después de eso se concentró en su trabajo y no se percató de la hora de comida hasta que su estómago le comenzó a hacer ruido. Se levantó de su silla, tomó su maletín y cerró la puerta de su oficina. En el ascensor, tomó su móvil y revisó sus mensajes para ver si había llegado alguno de Florencia pero no encontró nada. Se sintió un poco decepcionado y se quedó contemplando los números en la pantalla digital del ascensor. Casi al llegar al tercer piso, el timbre de entrada de mensajes sonó y leyó la pantalla:

-Florence Martínez: No se cómo decirle... gracias.

Y fue lo único que pudo leer en la pantalla.

Él retomó la comunicación y escribió otro texto para ella:

-Te lo mereces, sé que serás una buena empleada. ¿A dónde estás? ¿Comemos juntos?

Edward se quedó esperando la respuesta, más del tiempo que su paciencia se lo permitía y a los minutos, Florencia contestó:

-Estoy en mi apartamento y he hecho lasaña de pollo, ¿Quiere indigestarse conmigo?

Edward se permitió una sonrisa en el elevador cuando éste llegó al sótano del estacionamiento. Salió hacia su vehículo y le respondió:

-No te preocunes, llevaré un buen digestivo.

Y ahí terminó el intercambio de mensajes. Edward manejó hasta el apartamento de Florencia. Antes de llegar recibió otro mensaje de ella que le decía:

-Al llegar al condominio, favor diríjase a la caceta de seguridad y pida que le abran el portón del estacionamiento 33. Ese es el mío y tiene dos espacios. Favor colóquese a la par del Mazda 3 de color blanco que está ahí. Gracias

Edward obedeció la indicación y se colocó a la par del vehículo. Era un coche bueno, seguro y cómodo para ella.

Luego llegó al elevador y le indicó su destino.

Al llegar enfrente de la puerta, tocó el timbre y Florencia abrió. Estaba vestida con un cómodo jeans azul y con una camiseta blanca bastante holgada que le escondía muy bien sus atributos.

Edward se le acercó a los labios y los besó. Luego la tomó de la mano y le permitió que le mostrara su “cueva”.

Edward contempló el inmueble que, aunque no era tan grande como el suyo, las dimensiones de éste habían sido bien aprovechadas por los muebles, el buen gusto de Florencia y los colores pastel de las paredes.

La sala estaba compuesta por dos muebles de color crema con rallas azules y con cojines de igual color y uno que otro de color azul intenso. Había en el centro de esos muebles una mesa de madera de color café oscura muy bien cuidada. Sobre la mesa había varios libros y adornos de diferentes tamaños pero lo que más sobresalía era una imponente vela de color marfil que estaba encendida.

A un lado estaba otro mueble adornado por unos grandes elefantes de color gris. Arriba de ellos colgaba un imponente televisor plasma de unas 52”.

Había dos cuadros que colgaban de las paredes, uno de un paisaje con nieve, realmente impresionante. El otro cuadro era una lancha sola y descansando en un tranquilo mar azul. Sólo con ver este último, la sensación de calma y tranquilidad se apoderaba del visitante.

Después del pasillo se llegaba a la cocina de la cual salía un rico olor a comida. No era muy grande como se la imaginó Edward pero contaba con todos los enseres necesarios para preparar en ella los más exquisitos platos. Al lado de la cocina estaba una mesa con cuatro sillas donde estaban servidos dos platos. Los acompañaba una rica ensalada fresca, una copa de vino, agua y soda mineral. Edward se sorprendió de lo bien que estaban ubicados los platos así como los cubiertos por lo que dedujo que habría postre porque el tenedor para eso, estaba colocado en la mesa.

-Siéntese porque si no se enfriará la comida, le sugirió Florencia.

*-Gracias, le dijo él y se quitó el saco y lo colocó en la silla.
Ambos comenzaron a comer.*

Edward sintió un enorme placer al llevarse el primer bocado de comida y saborearlo. Era la primera vez que una mujer, además de su madre y hermana, le cocinaba. Pero lo que más degustó fue el excelente sabor de la comida.

Florencia se percató de su reacción y le dijo:

-Todos los ingredientes que he usado son naturales. Por regla no utilizo mucho producto elaborado, creo firmemente que lo natural, además de dar mejor sabor a las comidas, ayuda a nuestro organismo.

Edward, no pudo ni contestarle en el momento porque se había quedado saboreando hasta el último bocado, pero al final, agregó:

-Eres una cajita de sorpresa, Florencia. Siento que cada vez voy conociendo algo nuevo en ti.

-No tengo nada que ocultar pero tampoco me gusta ir gritando a los cuatro vientos lo que mis padres me han dado. Este apartamento no lo compré yo; me lo dieron ellos cuando vine a este país. También me dieron el coche que vio abajo. Y al final de cada mes, también me mandan algo de dinero.

Edward continúo comiendo y pensando en las palabras de ella. Cuando digirió un buen bocado que se había llevado a la boca, le preguntó:

-¿Por qué siento que cuando hablas de lo que ellos te han dado o mandado, lo haces con dolor y tristeza?

Florencia se quedó viendo la comida un buen rato antes de contestarle.

Edward supo que, como en otras ocasiones, su pregunta había dado en otra de las zonas “sensibles” de Florencia.

-A pesar de todos los intentos que hice para evitarlo, mataron a mi hermano Antonio. Lo secuestraron al día siguiente que me negué a seguir siendo la “mujer” del marero. Cuando mi familia lo encontró asesinado y me avisaron, estuve a punto de volverme loca. Ese mismo día, tomé un frasco de somníferos. Mi mucama me encontró tirada en el piso del baño. De inmediato me llevaron al hospital y me pudieron salvar.

Edward, terminó de comer. Colocó el tenedor en el plato y le colocó la mano en las piernas de Florencia.

-Estuve bajo los efectos de la medicina por uno o dos días. En ese tiempo mi familia estuvo en la habitación y en una ocasión, en la que creían que estaba dormida, mi padre entró y avisó a los que estaban presentes que habían capturado a los delincuentes que mataron a mi hermano. Todos se alegraron pero de repente se quedaron callados, cuando mi padre les dijo que el actor intelectual, había confesado que era mi novio.

Florencia tomó su copa de vino y dio unos tragos. Luego la colocó de nuevo en la mesa y continúo su relato:

-Mi familia guardó silencio por un buen rato y yo me di la vuelta y les grité que yo no sabía que él era malo y que me había estado chantajeando para no matar a mi hermano. Todos me gritaron que había actuado mal, que había sido una inconsciente y por eso mi hermano había muerto. Todos se fueron de la habitación y el único que se quedó conmigo fue mi padre. Él me abrazó y me dijo que no me sintiera mal porque lo que habían hecho conmigo era un abuso.

Florencia se secó una par de lágrimas que salieron de sus ojos y agregó:

-No sé si algún día lo comprendieron pero yo realmente me sentía tan culpable como los hechores del asesinato de mi hermano. Y juré no aceptar nada más de mi familia. Pero la situación se complicó y cuando los asesinos fueron capturados; los abogados de mis padres prepararon mi exilio y cuando ya me instalé en este país; mi familia compró este apartamento, el coche y una serie de otras cosas para mi "bienestar". Yo creo que mi madre, aún no me perdonará la muerte de mi hermano y por eso, en este lugar y en ese coche me siento como alguien extraño-, finalizó Florencia.

Edward, se acercó a ella y le dijo:

-Hiciste más de lo que un ser humano hubiese hecho por otro. No debes de sentirte mal ni mucho menos culpable, ni responsable. Se aprovecharon de tu inocencia e ingenuidad. Tú también fuiste una víctima más.

Edward se levantó de la silla, la tomó de las manos y se la llevó a la habitación. Ahí la acostó y se colocó a su lado para abrazarla. Florencia comenzó a llorar con gemidos mientras Edward la trataba

de consolar y calmar. Él no la soltó hasta que ella dejó de derramar lágrimas y vio cómo se quedó dormida en su regazo.

Él también se sintió relajado y luego de contemplar lo agradable e íntima que era la habitación se quedó igualmente dormido.

Durmieron más de una hora hasta que su móvil sonó. Se levantó bruscamente y sin querer despertó a Florencia:

-Hola... padre, ¿Qué pasa? Y se quedó callado para después agregar: No estoy en mi apartamento. Si... ya salgo para allá. Llego en media hora.

Colgó la llamada y se dio vuelta para contemplar a Florencia que ya estaba sentada a la orilla de su cama. Estaba preciosa, la luz en sus ojos era hermosa y esa enorme blusa que llevaba se le había deslizado de un hombro y él la contempló con pasión.

Edward se arrodilló enfrente de ella y le dijo:

-Quiero estar más tiempo contigo. ¿Puedo dormir esta noche acá?

Florencia abrió más sus ojos y sin meditar sus palabras, como siempre lo hacía, le respondió:

-Sí.

Entonces, Edward se levantó junto con ella y al estar los dos de frente y tan cerca, le besó los labios con una ternura incomparable. Después de alejarse de ella, le dijo:

-Mauricio vendrá a dejar un poco de ropa para mí así como algunas cosas personales, te pido que las recibas y las ubiques donde mejor te parezca.

-Claro, le dijo. Y le preguntó: ¿Qué quieres comer?

-Lo que tú quieras, preciosa. Y se despidió de nuevo con un beso.

De ahí se fue al baño de la habitación y entró. Florencia salió a la cocina.

En el baño, Edward se interesó por los asuntos más íntimos de Florencia: su shampoo, su gel, su jabón. Todo lo que observó parecía de buena calidad. Abrió los muebles del baño en busca de algún medicamento o

algo; temía que lo que le acababa de confesar, lo volviera a intentar de nuevo. Mientras buscaba en las gavetas, se encontró con la tarjeta de un psiquiatra y la tomó y se la metió a su bolsillo.

Se lavó la cara y salió al comedor. Ahí estaba Florencia esperándolo con su traje en mano. Edward llegó, se colocó de espaldas de ella y después que ambos brazos se entrelazaron para arreglar la prenda, Edward se dio vuelta y quedó enfrente de ella. En ese momento, la besó de nuevo y luego se dirigió al lóbulo de su oreja derecha: se lo haló, se lo besó y lo lamió. Después se fue a su oído y le susurró:

-Florence, no sé si seré capaz de detenerme contigo esta noche. Me tienes loco, lo sabes.

Ella se sonrojó y se le quedó viendo fijamente a los ojos y le respondió:

-Te espero, Edward.

Edward salió corriendo del condominio hacia el estacionamiento. Entró en su coche y marcó el número de Mauricio para darle la indicación de llevarle ropa al piso de Florencia. Al terminar de hablar, Mauricio lo interrumpió y le dijo:

-Señor Morgan, tengo la información sobre la señorita Martínez que usted me solicitó.

-Perfecto, respondió Edward y agregó: Llégate a mi oficina dentro de dos horas y ahí me informarás de todo.

-De acuerdo, señor, ahí estaré, finalizó Mauricio.

Edward llegó a su despacho y tomó su agenda para dirigirse a la oficina de su padre.

Al llegar al frente de su puerta, tocó y entró. Matheo estaba sentado, fumándose un cigarrillo.

Edward entró y se sentó en la silla ubicada frente a su escritorio y esperó que su padre comenzara a hablar.

-He conocido a Florencia y he hablado con ella.

Edward se extrañó porque Florencia no le había comentado nada al respecto.

-Le hice varias preguntas y las supo contestar muy bien. En una titubeó pero encontró una respuesta muy diplomática; así que digamos, pasó con ocho la prueba. De sus atributos físicos puedo decirte que tienes muy buen gusto: es una chica alta, delgada pero no escuálida; de lindo y largo cabello. Cuenta con un par de ojos que muestran lo que es.

Edward reflexionó las palabras de su padre y esperó que su discurso finalizara. Él más que nadie sabía qué faltaba.

-Sobre su desempeño laboral tendremos que esperar algún tiempo para saber qué tan calificada es. Aunque las pruebas psicológicas han salido muy bien, eso no es lo definitivo.

Matheo terminó de fumar y dejó las cerrillas en el cenicero, luego levantó la vista y le preguntó:

-¿Cuáles son tus intenciones con ella, hijo?

Edward cambió de posición en la silla y le dijo:

-Jamás he actuado con otra mujer como lo estoy haciendo con ella, papá. Me gusta muchísimo y me agrada estar en su compañía.

-¿Y Laura? le preguntó su padre.

Edward abrió los ojos y le devolvió la pregunta a su padre:

-¿Y TÚ COMO SABES ESO?

-Hijo, soy zorro viejo y reconozco cómo esa mujer te comía con los ojos en las recepciones donde coincidían. Además, varias veces la vi salir de tu apartamento.

Edward estaba desarmado. Lo que tanto trató de mantener en secreto con esa mujer ahora estaba en la boca de su padre. No podía negarlo, las evidencias y los hechos que su padre le había dicho eran los más fuertes argumentos en su contra. Tuvo que ceder y le contestó:

-He terminado con ella antes de empezar mi acercamiento a Florencia. No le gustó la idea pero lo aceptó.

Matheo meditó las palabras que le iba a decir a su hijo:

-Tomás ha averiguado algunos aspectos generales de la vida de Florencia. Es una chica de sociedad, su familia cuenta con recursos y tengo entendido que mensualmente recibe una pensión digna para vivir en esta ciudad. No ha tenido pareja desde que se radicó en este país. Tampoco tiene antecedentes penales y ha colaborado en muchas obras de beneficencia. En varias ocasiones ha entregado por completo la pensión que le envían sus padres.

Edward desconocía esa información pero se alegraba de escucharla.

Matheo continuó:

-Pero en algunas de las pruebas psicológicas ha resultado que no es muy buena manejando el estrés en situaciones apremiantes. Eso se podría complicar en el área laboral y en la sentimental y como tú bien sabes, ambas cosas están intrínsecamente unidas. Es conclusión, Edward, yo me encargaré de probar su ecuanimidad en lo profesional pero en lo que se refiere a sus sentimientos debes ir con cuidado y evitar encuentros entre Laura y ella. Porque tú sabes cómo es Laura en cierto tipo de contextos.

Edward meditó las palabras de su padre y guardó silencio.

Matheo, contemplaba a su hijo, extrañado de estar en ese tipo de situaciones en los cuales ninguno de los dos había estado antes. Por eso, él intuía que esa chica estaba llegando a significar mucho para su hijo. Con este último pensamiento, le preguntó:

-Después de todo lo que te he dicho, ¿qué piensas hacer con Florencia?

-Seguir con ella, le contestó al instante Edward.

-De acuerdo, le dijo Matheo. Por otro lado, tengo un par de reuniones en México para tratar el cierre de negocios de telecomunicaciones que tenemos allá. Yo salgo este fin de semana para el D.F.

- ¿Quieres acompañarme? le dijo su padre.

Y Matheo esperó con ansias la respuesta. Más que una pregunta era un barómetro para saber hasta qué punto le interesaba a su hijo quedarse para estar con Florencia.

-Padre, le dijo Edward, raras veces he dejado de acompañarte pero esta vez, te pido que vayas solo. Considero que dejar este negocio sin sus

dos principales cabezas al frente, no es bueno. Con solo tu presencia será suficiente para el cierre de esos negocios.

Matheo había dado en el clavo: esa chica verdaderamente le interesaba a su hijo. Lo había confirmado pero eso era algo que no le iba a decir.

-De acuerdo, lo comprendo, le dijo Matheo. Y ahora volvamos a nuestro sentido del deber en este lugar.

Edward se despidió de su padre. Se dio la vuelta, llegó a la puerta y la cerró. Después cruzó el espacio hasta su escritorio donde se concentró en las tareas pendientes. Así pasó inmerso en sus obligaciones por más de dos horas.

Al cabo de ese tiempo, le sonó su teléfono y su secretaria le dijo que su chofer estaba afuera deseando hablar con él.

-Que pase, le dijo Edward.

Mauricio entró, tomó asiento y comenzó su relato:

-Me he tardado un poco en recabar la información porque antes de venir quería estar seguro de los hechos. La señorita Martínez fue sometida por más de un año a una situación de abuso sexual y verbal por parte de un marero que respondía al pseudónimo de “el buzzo”. Él la extorsionaba a cambio de no matar a su hermano Antonio. Ella fue violentada a vivir como su mujer por todo ese tiempo. Pero la situación sufrió dos quiebres. El primero, cuando este tipo le exigió irse a vivir con él por un tiempo indefinido. Esta condición no fue aceptada por la señorita Martínez y fue desde ahí que las condiciones de represión hacia ella cambiaron.

Mauricio tomó aire y continúo con su relato:

-Al ver la negativa de ella, “el buzzo” organizó el secuestro de la señorita Martínez, el que fue cometido después de una competencia de equitación, de la cual se la llevaron. Estuvo capturada por más de seis meses, en las afueras de la ciudad, en un casa tipo “destroyer”.

A Edward le llamó la atención el término de “destroyer” y le preguntó a Mauricio qué era eso.

Este le respondió:

-Son inmuebles (casas, edificios, terrenos) abandonados por sus propietarios por temor y que son utilizados por las pandillas para guardar armas y drogas; así como rehenes.

-De acuerdo, continua-, le dijo Edward.

-Durante el tiempo de la captura, “el buzzo” trató de convencerla de tener relaciones sexuales en grupo con el resto de integrantes de la pandilla. A lo que ella se negó. Después de esta negativa, ella fue torturada y la encerraron en una habitación con lo más mínimo de luz y comida.

-Desgraciados-, exclamó Edward.

Mauricio continuó:

-Al parecer uno de los integrantes de la pandilla se compadeció de su situación y era quien trataba de llevarle comida y agua; esa es la razón por la que ella no murió en cautiverio. Sus padres comenzaron a buscarla y contrataron a los mejores investigadores para liberarla. Pero este mismo pandillero que la alimentaba, en una ocasión, y con todas las intenciones le dejó la puerta abierta para que ella escapara y así lo hizo.

-Sus padres la fueron a traer a la casa de la familia que la salvó y se la llevaron a su casa. Ella no dijo nada por temor a las represalias y guardó silencio, hasta que, en venganza por su huida, mataron a su hermano. La pandilla no le dijo nada pero ella sabía que era el cobro por su negativa y su escape.

Mauricio trató de bajar el tono de sus palabras al ver la cara de Edward pero sabía que no podía mentirle, ni mucho menos ocultarle información. Así que tomó aire y continuó:

-Ella trató de quitarse la vida pero la lograron salvar. Estando en el hospital su familia se dio cuenta que su novio había planeado la muerte de su hermano y, con los días, también descubrieron que ella había sido chantajeada y secuestrada por la misma persona. De esa manera, su familia comenzó a preparar su salida del país. A los días, capturaron a los hechores del crimen y al “buzzo” y se los llevaron presos. El resto de la pandilla trató de chantajear a la jueza para dejarlos libres y para evitar eso, la señorita Florencia Martínez tuvo que testificar en su contra.

-*¿Por qué lo hizo? le preguntó Edward.*

-No lo sé, señor. Pero sin esa declaración ellos estuvieran libres ahora. Los condenaron a cadena perpetua sin goce de libertad condicional. Durante el juicio y al final de éste, “el buzzo” le gritó a la familia Martínez que pronto se quedaría sin su hija.

Mauricio vio como Edward se inquietaba en su sillón pero se dijo para sí: tengo que terminar, así que finalizó diciendo:

-La familia Martínez ya estaba haciendo los trámites para sacarla del país y con esa advertencia lo único que propiciaron es que su salida fuera más pronto. Desde ese día, ella vive acá. Su política de supervivencia es: pasar lo más inadvertida y tener el más bajo perfil. Por esa razón, buscó a su tío Vicente para trabajar en su empresa.

Edward se quedó callado meditando las palabras de Mauricio. Era más de lo que Florencia le había confesado. Hasta ahí entendía su comportamiento y su forma de reaccionar ante algunas cosas. Por eso se explicaba su vida modesta, sin lujo, ni pretensiones. Ella no quería llamar la atención. Al final de sus meditaciones, Edward le preguntó a Mauricio:

-*¿Su familia teme por su seguridad en este país?*

-No tanto. Acá las cosas son diferentes. Pero, según la última información que recabé, la Interpol está investigando al “buzzo” porque, al parecer, realizó algunas operaciones de tráfico de droga acá. Si se comprueba, su extradición a este país será inminente.

Edward mostró su preocupación en el rostro. No le gustaba la idea que el peligro la acechara hasta en su país. Trató de calmarse y pensar mejor las cosas después. De repente, se le ocurrió preguntarle a Mauricio:

-*¿Cómo es posible que Florencia se fijara en ese tipo?*

-Si usted lo hubiese conocido, ni se hubiese percatado que andaba en ese tipo de negocios. Vestía de saco, frecuentaba los mejores lugares, se rozaba con buenas e influyentes amistades y contaba con un buen currículum profesional. Cualquiera podía ser presa de él. Muchas mujeres anduvieron con él o detrás de su cuerpo pero él se empeñó en la señorita Martínez. No he podido averiguar si en algún momento la quiso o sólo se encaprichó con ella. Al final, la cuestión es que la

hicieron sufrir mucho.

Mauricio terminó de relatar su investigación y concluyó diciendo:

-Lo último que averigüé es que su familia le ha brindado protección sin que ella se dé cuenta pero si usted se fija, siempre habrá alguna cara conocida que anda detrás de ella. Ya saben de usted y también lo han investigado. No sería raro que en el futuro la familia Martínez trate de ponerse en contacto.

-Gracias, le dijo Edward y guardó silencio.

Mauricio se quedó contemplando cómo se tensaba la cara de Edward y ponía una mueca en su rostro.

Finalmente, Edward se levantó de su sillón y le dijo:

-Te agradezco tus averiguaciones. Me gustaría que si llegas a saber más sobre el asunto me lo informes de inmediato. Por otro lado, ¿has llevado algunas de mis cosas al apartamento de Florencia?

-Sí, las necesarias que usted me pidió ya están ahí. Ella misma se encargó de colocarlas en las gavetas. Y hasta me dio de comer, le respondió Mauricio.

-Gracias-, le dijo Edward, espérame abajo saldré en una media hora.

Después de esa conversación, Edward no pudo seguir trabajando. Le pesaba la cabeza y ésta no le bastaba para tanto pensamiento que se le venía encima. Pensaba en la situación de Florencia cuando estuvo en cautiverio, en los maltratos, en los abusos, en su intento de suicidio, en su huida; en fin, en todo.

Tomó su iPhone y le mandó un correo a Florencia:

-¿Cómo estás, preciosa? ¿Qué piensas hacerme ahora en la noche?

El último mensaje iba con doble sentido. Edward le dio “send” y esperó la respuesta.

-En la parte gourmet, te he preparado una pechugas de pollo empanizadas con salsa Alfredo y en lo demás... es sorpresa.

Edward se sintió muy bien de leer esas frases y pensó: No la voy a dejar sola. Y al mismo tiempo, le mandó otro mensajito:

-En este momento salgo para allá.

CAPÍTULO X

La Humillación

Edward salió de la oficina y tomó su vehículo para dirigirse hacia el apartamento de Florencia.

Se sentía commocionado por todo lo que le habían confesado de ella. Cada segundo que pasaba sentía más la necesidad de estar cerca de ella y protegerla.

Al llegar al edificio, tocó el intercomunicador y a los segundos, la voz de Florencia contestó:

-*¿Hola?*

Edward se quedó deleitándose con su voz y al buen rato le contestó:

-*Soy yo, preciosa.*

Florencia le abrió la puerta de la calle y Edward entró al edificio. Tomó el ascensor y llegó a su puerta, tocó el timbre y esperó.

En unos minutos ella abrió la puerta.

Edward se le quedó viendo con la boca abierta: Florencia lucía un vestido blanco de encajes, realmente hermoso. Le sentaba tan bien ese vestido que Edward sintió que sus más profundos deseos afloraban en su ser.

Se le acercó, la tomó de la cintura y la besó con un deseo retenido y apasionado. Luego cerró la puerta y al darse vuelta, contempló el apartamento iluminado solamente con velas con aroma a vainilla.

Florencia lo tomó de la mano, lo llevó al comedor y lo sentó. La atmósfera ahí era igualmente encantadora y al fondo se escuchaba música a Kenny G.

Edward se sentó a la mesa y esperó que ella le sirviera. Al regresar, le colocó un plato con unas pechugas de pollo con prosciutto empanizadas y bañadas en salsa Alfredo. El plato estaba acompañado con zucchinis, zanahorias y alcaparras cocinadas al vapor. De beber, ella le sirvió una copa de vino.

Edward se sorprendió de lo bien arreglado y de lo delicioso que se veía el plato.

Florencia se sentó a su lado y le dijo: ¡Buen provecho!

Él tomó el primer bocado y se lo llevó a la boca y al sentir el sabor quedó extasiado. Sabía riquísimo. Edward tenía mucho tiempo de no disfrutar de tan buena comida, desde que se había ido a vivir lejos de sus padres.

-*Florencia: ¿Dónde has aprendido a cocinar tan bien? le preguntó Edward.*

Ella se puso a reír y le respondió:

-*Tomé clases de cocina en uno de los períodos de vacaciones de la universidad de mi país.*

-*Pues has de haber pasado con excelente el curso, cocinas de maravilla. Le respondió, Edward.*

Florencia sonrió y terminó de cenar. Dejó sus cubiertos sobre el plato y bebió su copa de vino. Estaba nerviosa y no sabía cómo abordar la situación.

Edward notó su estado y para tratar de calmarla, le dijo:

-*¿Y qué tenemos de postre? Y levantó su copa de vino.*

Florencia tomó aire, dejó su copa en la mesa y lo vio fijamente a los ojos. A los pocos segundos de sostenerle la mirada, le respondió:

-*A mí!*

Edward se quedó inmovilizado. Era la primera vez que ella era tan directa en algo relacionado a sexo. Así que tomó aire y valor y le preguntó:

-*¿Estás segura?*

Y ella le contestó:

-*Jamás lo había estado tanto!*

Edward se levantó de su silla y se colocó enfrente de ella. Le tomó la barbilla y luego la levantó de su silla. La tomó en sus brazos y se la llevó a su dormitorio.

Al entrar, se percató que las luces estaban en intensidad media y se dirigió al interruptor. Florencia lo observó pero cuando estaba cerca, le suplicó:

-*No, por favor, Edward, déjalas así.*

Edward se dio la vuelta y le contestó:

-*Está bien, como tú quieras, preciosa.*

Se acercó a ella, la besó de nuevo en los labios y comenzó a desabotonarle el vestido. Al terminar con todos los botones, quedó al descubierto un precioso sostén de encajes bellísimos y de color blanco.

Luego Florencia se dirigió a su camisa y comenzó, en forma torpe, a querer desabotonarla. Edward se percató de su torpeza y le ayudó. En momentos, ambos quedaron semidesnudos, respectivamente.

Después, Edward se dirigió a lo que faltaba por desabotonar de su vestido, hasta que finalmente se lo bajó lentamente. Al quitarle el vestido, pudo notar un lindo y delicado hilo dental de color blanco. Edward se arrodilló y la tomó del trasero. Por fin, después de sólo verlo, ahora lo podía oprimir con sus manos. Eran grandes, carnosos y suaves.

Al continuar palpándolos acercó su cara al frente del hilo dental y olió ese aroma del “manjar de los dioses”. Florencia ya estaba excitada y húmeda, despidiendo ese olor a sexo.

Le bajó el hilo dental y le besó toda la piel alrededor de su “monte de Venus”. Luego subió a su abdomen y al llegar a su sostén se lo desabrochó y éste cayó también al piso.

Finalmente quedaron al descubierto esas dos cúspides blancas, hermosas, tersas y adornadas por dos pezones tan carnosos que Edward no perdió tiempo para comenzar a besarlos.

Primero se concentró en el pecho y pezón derecho: lo besó, lo acarició y por último lo succionó con frenesí. Después hizo lo mismo con el izquierdo.

Al terminar subió a su rostro. Florencia estaba nerviosa, excitada y ansiosa de convertirse en su mujer.

Edward, al notar el deseo, la tomó de nuevo en sus brazos y la acostó en la cama. Se quitó sus pantalones y el bóxer y cayó suavemente encima de ella.

Florencia comenzó a besarlo y Edward le correspondió con igual pasión y locura.

Edward, le separó las piernas despacio y la penetró lentamente hasta que percibió que ambos estaban conectados. En ese momento comenzó a moverse dentro de ella sin quitarle, en ningún momento, su mirada del rostro.

Al inicio de los movimientos, Florencia reflejaba en su rostro un poco de duda, luego mostró cierto dolor pero finalmente comenzó a moverse tanto como Edward.

Después de unos minutos de inmenso placer, que ella demostraba con sus movimientos, jadeos y gemidos; emitió un fuerte grito y se abrazó con fuerza a Edward. Había alcanzado el clímax. A los pocos segundos, Edward también llegó al orgasmo, cayendo acostado a un lado de ella.

Florencia lo abrazó con cariño y cayó en un sueño profundo a los minutos que Edward se acostó a su lado. Hacía mucho tiempo que no tenía vida sexual. Sus deseos, pasiones habían estado bien guardados en su interior. Esa noche, al sacarlos de una sola vez, le había provocado tanta relajación que se durmió sin decir nada más.

Edward, acostumbrado a una vida sexual mucho más activa que la de Florencia, se había quedado a su lado, contemplándola. Sabía que algún día iban a acabar en la cama pero no se imaginó que fuera exactamente en el momento que descubriera toda la verdad sobre la vida de ella. Pero eso no le afectaba, al contrario, lo llenaba

de placer. Al fin, esa mujer que tanto deseaba, era suya. Por fin podía tenerla cerca y hacerle el amor cuantas veces quisiera.

Él era un buen maestro enseñando y dando placer a sus mujeres, pero con ella había actuado diferente. Sabía que el inicio debía ser diferente por la mala experiencia que Florencia había tenido en el pasado. Tenía que ser sutil, suave, romántico y proporcionarle placer de la forma más convencional que conociera; ya que no quería asustarla o traumárla aún más.

Continuó a su lado contemplándola, acariciándola y escuchando su respiración. Luego comenzó a explorarla con su mano. Le tocó los pechos, el abdomen, la cintura y luego la recorrió por la espalda. Al llegar a la mitad de ésta, sintió una piel diferente; como arrugada, se separó del cuerpo de ella y siguió palpando varias zonas con ese tipo de textura. Se sentó en la cama y tomó su iPhone y encendió la linterna.

Lo que vio en la espalda de Florencia, lo dejó perplejo: tenía varias cicatrices en su espalda. Algunas eran de dos centímetros pero había otras de más de siete centímetros. Unas de ellas le cruzaban en diagonal y las otras o iban perpendicular o en forma horizontal. Se preguntó y blasfemó sobre qué tipo de bestia debió de haber sido ese animal que abusó de ella.

Esa era la razón por la que Florencia, no quiso hacer el amor con la luz encendida. Temía una reacción de horror y consternación por parte de él.

En cambio Edward lo que sentía al mirar esa espalda era cólera y odio.

Edward se levantó de la cama y le retiró la sábana del cuerpo desnudo de Florencia. En las piernas y en uno de sus brazos tenía cicatrices y en otros lugares, no tan visibles, se le notaba la piel quemada como que le hubiesen apagado cigarros en ella.

Edward siguió palpando, como tratando de encontrar algo más. Sentía como un presentimiento de que aún faltaba algo más que ver y así fue.

Al acercarse a uno de sus glúteos, lo vio: era la marca que deja el fierro para herrar caballos que decía: "mía".

No pudo más y se sentó en una silla al lado de la cama y se quedó contemplando el cuerpo de Florencia con las marcas, los tatuajes,

las cicatrices y las heridas. Así pasó el resto de la madrugada. Estaba lleno de preguntas, de ansiedad. Varias veces meditó en despertarla y colmarla de preguntas.

Al filo de las cinco de la mañana, ella se despertó e intentó colocarse la sábana. Al levantarse para cubrirse, contempló a Edward sentado al frente de ella completamente desnuda. Sintió pena y tiró de la sábana para cubrirse.

-*¿Qué te pasa? le preguntó a Edward.*

Él se quedó callado, tratando de buscar qué palabras decir para hacer la pregunta adecuada. Pero al final, su curiosidad y malestar pudo más y dejó ir de una sola vez la pregunta:

-*¿Por qué no me habías dicho nada de las cicatrices y de la marca que tienes en tu cuerpo?*

Florencia se sentó en la cama y se quedó callada. Hablar de esas cosas, le causaba un gran dolor, tanto que de sólo recordarlo, sentía que volvía a vivir esos desagradables momentos.

Edward no pudo soportar el silencio y se paró para colocarse enfrente de ella:

-FLORENCE, TE HE HECHO UNA PREGUNTA, RESPONDE. Ella ya no pudo más y se paró sin importarle que la sábana se le cayera y le gritó:

-¿Qué es lo que quieras escuchar? Te lo de dicho de mis labios: FUI ABUSADA SEXUALMENTE POR MÁS DE UN AÑO. ¿Qué parte de esa historia no te ha quedado clara?

Edward pareció incomodarse. Ella tenía razón pero él no se imaginaba, ni contemplaba la idea de tatuajes o cicatrices en alguien a quien quería. Así que sin meditar, le volvió a preguntar:

-¿POR QUÉ NO EVITASTE QUE TE HERRARAN COMO A UN CABALLO, POR DIOS FLORENCE?

Ella ya no pudo más y comenzó a llorar y a gritar:

-¿CREEES QUE YO LO QUERÍA? ¿CREEES QUE SENTÍA PLACER POR EL DAÑO QUE ME HACÍA? ¿Eso es lo que piensas tú?

-NO, no es eso, lo que pasa es que no concibo cómo no pudiste evitarlo, no sé, iestoy confundido! le respondió, Edward.

-Tienes razón, Edward. En tu perfecto mundo, este tipo de situaciones no tienen lugar. Vives en un mundo a lo Disney, en el que todos tus sueños se hacen realidad. En el que lo que deseas en tu vida, lo consigues sin dañar a otros. Esa es la verdad, somos dos culturas diferentes, dos mundos. Un mundo lindo, sin violencia, en paz, sin hechores, ni víctimas. Y otro mundo, del que vengo yo, en que tenemos que luchar por lo que queremos; en donde hay opresores y oprimidos. Ahí viven miles de mujeres como yo, que las explotan, que las chantajean y las abusan tanto sexual como verbalmente-, le respondió, Florencia.

Edward comprendió su craso error y trató de acercársele pero Florencia levantó la mano y continúo su relato:

-MÍRAME EL BRAZO, le gritó.

Y se le acercó y le extendió su brazo derecho. Estaba aún con partes moradas y verdosas.

Edward se quedó contemplándoselo y ella le dijo:

-ME DROGARON, no una vez sino varias y mientras estaba en las alucinaciones no supe cuántos me violaron o me pegaron o como podrás haber visto, apagaron sus cigarros en mi espalda. ¿SABES QUE FUE LO QUE SI SENTÍ PERO COMO UNA COSQUILLA? ¿QUIERES QUE TE LO DIGA?

Edward sintió que el corazón le explotaba, debió de actuar diferente pero no sabía cómo y se sentía como un estúpido.

-TE LO VOY A DECIR: CUANDO “EL BUZZO” ME HERRÓ ASÍ COMO TÚ MUY BIEN LO HAS DICHO: COMO UN CABALLO O MEJOR DICHO, COMO SU YEGUA, le gritó, Florencia.

Y Florencia comenzó a llorar y a gemir y cayó en la cama. Se colocó las manos en su rostro para tapárselo y lloró.

Edward trató nuevamente de acercársele pero ella se dio cuenta y se paró de inmediato completamente desnuda y le dijo:

-NO TE ACERQUES.

Edward se detuvo y le dijo:

-HE SIDO UN ESTÚPIDO. NO HE TENIDO TACTO NI SUAVIDAD EN PREGUNTARTE POR ESO. HE SENTIDO UNA GRAN CÓLERA HACIA LA PERSONA QUE TE HIZO ESO PERO NO HE PODIDO HACER LA DIFERENCIA ENTRE TÚ Y ÉL.

-¿SABES QUÉ? Deberías de pensar bien lo que quieras hacer de tu vida conmigo. Es mejor que pases por estúpido una vez y no toda tu vida. YO NO QUISE SER ABUSADA. YO NO SABÍA QUE ESE TIPO ESTABA METIDO HASTA EL TRASERO EN ESAS COSAS. YO NO SABÍA DEFENDERME, AHORA SÍ. Por otro lado, no me veo como una mujer que tiene que andar a gritos contando los detalles de su vida. TE AGRADECERÍA QUE TE FUERAS DE MI CASA, le pidió Florencia.

En ese momento, Florencia comenzó a caminar desnuda hacia la puerta de entrada de su apartamento. Estaba molesta, resentida, dolida, encolerizada y no quería que Edward siguiera ahí porque no sería responsable de las demás cosas que podría decirle.

Cuando llegó a la puerta, la mantuvo abierta para facilitarle la salida de su espacio.

Edward la contempló desnuda hasta la puerta. Su entrepierna y su conciencia eran las más afectadas por ese desprecio que él mismo había provocado. Comenzó a caminar hacia la puerta y en todo el recorrido no le quitó la mirada de encima: estaba preciosa y deseable y ahora que era su mujer no podía tocarla.

Edward llegó a la puerta y se quedó parado a la par de ella. Florencia no le retuvo la mirada, aunque la tenía hacia el frente, no lo veía. Sus ojos estaban fijados en algún punto del apartamento. Él quería abrazarla, besarla y disculparse pero no tenía valor para eso. Ya había recibido dos rechazos de ella y no iba a poder soportar otro, sobre todo por lo que aún faltaba que le dijera:

-Florencia: uno de los estatutos del código de empleados de nuestra compañía es que sus empleados no deben estar tatuados-, le dijo Edward.

Florencia se quedó pensando y meditando las palabras y luego de unos minutos, respondió:

-NO TE PREOCUPES. DESPUÉS DE ÉSTO NO PENSABA IR AL TRABAJO. ENTIENDO PERFECTAMENTE LAS COSAS.

Edward bajó su mirada al piso y habló de nuevo:

-Tienes un currículum impresionante. Sé que podrás desempeñarte en otro lugar mejor o igual que lo hubieras hecho en la empresa Morgan.

Florencia, se le acercó y le susurró al oído:

-DESPREOCÚPATE. LA PRÓXIMA VEZ NO ME VOY A ACOSTAR ANTES CON EL DUEÑO DE LA COMPAÑÍA PARA QUE CAMBIE DE OPINIÓN.

Edward sintió que le pegaban un latigazo en su espalda.

Él no la había contratado para acostarse con ella, al contrario, valoraba su experiencia y quería que ella se desempeñara en su empresa; pero al verle el tatuaje, la cosa había cambiado.

Se acordaba de lo que él mismo había redactado sobre eso y ahora le remordía la conciencia el querer ignorarlo. Nadie lo iba a saber, nadie se iba a percatar de lo que Florencia tenía en sus glúteos pero él lo sabía y eso era lo que más luchaba en su interior. No iba a poder seguir así como que nada.

Sabía y conocía que lo que Florencia había pasado no había sido su culpa; mucho menos lo de sus marcas pero no podía encuadrar toda esa realidad en el código de empleados que había redactado. Se había dejado ir por sus impulsos, por su ética, por el “deber ser” y al final había pasado: Florencia iba a malinterpretar esa noche con sólo placer y eso no había sido el verdadero motivo. Ahora venía la gran tarea de su parte: tratar de convencerla que esas no eran sus verdaderas intenciones.

Florencia se hastió de esperar a que él saliera. Y se empezó a molestar y a sentir incómoda por su desnudez. Así que no esperó más y le dijo:

-¿VAS A SALIR O TENGO QUE LLAMAR A LA POLICÍA?

Edward la miró a los ojos y salió del apartamento. En ese momento, ella le tiró la puerta casi en su espalda.

Después de eso, Edward apoyó su espalda en la puerta y escuchó en el interior del apartamento los sollozos y gemidos de Florencia y se sintió fatal.

Bajó los escalones del edificio de Florencia por inercia y llegó hasta el estacionamiento. Encendió su vehículo y salió a la carretera. Se fue a su apartamento, meditando cada palabra que ella le había dicho.

CAPÍTULO XI

La Huida

Al día siguiente, en la oficina, Edward explicó a su padre parte de la historia. Matheo Morgan trató de obtener más información de su hijo pero al verlo agitado y confundido, prefirió esperar. Edward le suplicó que diera cualquier otra explicación a Tomás, de recursos humanos sobre la renuncia de Florencia y después de eso se levantó de su silla y se fue directamente a su oficina para ocuparse de su trabajo.

Cuando terminó algunos pendientes, se tiró en su sillón y se quedó meditando en lo que había pasado en la madrugada. Tomó su móvil y le escribió un mensaje a Florencia:

-Florence, lo siento mucho. No quiero perderte.

Y tocó la tecla “send”. Esperó la respuesta de inmediato pero ésta se hizo esperar, quizá demasiado tiempo.

Al ver que no llegaba contestación por parte de ella, continúo con sus tareas. Ese día en especial, trabajó sin descanso. No salió de su oficina y dio órdenes a Julie, su asistente, para que no le pasara ninguna llamada a menos que fuera de su familia y Florencia.

Como a eso de las tres de la tarde, Julie entró en su despacho y le dijo:

-Señor Morgan, sé que me pidió que no le pasara llamadas pero el señor Vicente Martínez dice que le urge hablar con usted.

-PÁSALO, casi le gritó Edward y tomó el auricular y dijo:

-Vicente, ¿Qué pasa?

-¿QUÉ LE HAS HECHO A MI SOBRINA? Por favor, dímelo.

-¿PERO QUÉ DICES? quiso saber Edward.

-*La he estado llamando toda la mañana y al no contestar me vine a su apartamento y el portero me ha dicho que se ha ido. ¿Sabes adónde se fue? Ella me ha dicho que ahora comenzaba a trabajar para tu empresa, ¿qué ha pasado, Edward?*

-*No sé nada, Vicente. ¿Pero cómo dices que se ha ido?*

-*No tiene nada en su apartamento, se lo ha llevado todo. Está vacío, Edward.*

Edward sintió que le temblaban las piernas y cayó sentado en su silla: -*¿Qué has hecho, Florence?*-, se preguntaba.

Pero en eso, se levantó de nuevo y le dijo a Vicente:

-*NO TE MUEVAS DE AHÍ. Voy enseguida y colgó.*

Tomó su saco y salió literalmente corriendo de su oficina.

Julie se paró tratando de averiguar qué pasaba y le alcanzó a decir:

-*SEÑOR EDWARD, TIENE UNA REUNIÓN CON EL GRUPO DE INVERSIONISTA MEXICANOS Y SU PADRE EN QUINCE MINUTOS ¿QUÉ HAGO?*

-*SUSPÉNDEME todas las citas hasta nuevo aviso.*

Y las puertas del elevador se cerraron. Salió al estacionamiento y tomó su camioneta y se dirigió al apartamento de Florencia. Casi al llegar le sonó su iPhone y vio en pantalla que decía: Florencia Martínez.

Presionó la tecla para leerlo y paró en seco la camioneta al ver lo que el mensaje decía:

Yo lo siento más... Ya me has perdido.

Y nada más. No había ni una letra más en ese mensaje. Llamó a la oficina y pidió que localizaran la ubicación de ese número y pidió que al tenerlo le llamaran.

Continuó su marcha y llegó al apartamento. Ahí estaba Vicente, se veía realmente afectado.

Edward se bajó del coche y se dirigió hacia él:

-*¿Sabes algo nuevo?*-, le preguntó.

-*No, nadie sabe adónde ha ido.*

Edward entró en el apartamento. Estaba vacío. No había nada de ella. Al entrar en la habitación de Florencia vio lo que tanto temía se hubiera convertido en realidad: se había marchado.

Salió del apartamento y se enfrentó a Vicente. No hay nada de rastros de ella, le dijo.

Vicente se le tiró a los brazos y comenzó a llorar. Era para incomodarse la posición de Vicente en su regazo pero, al final, trató de comprenderlo porque ambos estaban en la misma posición: solos.

CAPÍTULO XII

Nueva Vida en Malibú

Florencia partió después del mediodía hacia Malibú. Se llevó, prácticamente todo de su apartamento y durante el camino cambio su chip del móvil porque sabía que Edward estaba en ese negocio y a través de ese aparato la iba a localizar y eso era algo que ella no se lo iba a permitir.

Estaba dolida, resentida y sumamente enojada con Edward.

Había estado pensando toda la mañana qué hacer de su vida. Ya estaba cansada de pasar escondida y decidió hacer uso de la pensión que su familia, generosamente, le enviaba cada mes y decidió irse a vivir a Malibú. Ahí estaba su gran amiga del alma: Martha.

Comenzó a empaquetar sus cosas: su ropa, sus aparatos, sus muebles y llamó a la empresa inmobiliaria de Malibú para que fueran ellos quienes se llevaran sus pertenencias. Cuando todo estaba listo y luego de meditarlo, llamó a la empresa filial de animación que anteriormente le había ofrecido empleo y aceptó su oferta para trabajar con ellos.

Se fue, pero antes de salir de la ciudad, le mandó el correo de despedida a Edward. Lo redactó con dolor y rencor y se marchó.

Al llegar a Malibú, se instaló en su apartamento recién comprado, por internet, que contaba con una vista al mar impresionante.

El piso era más espacioso. Contaba con todas las comodidades. La empresamobiliaria se encargó de colocar todas sus pertenencias en su debido orden y al finalizar, Florencia les proporcionó una generosa propina.

Después se fue a su cocina para prepararse una rica sopa y al terminarla se sentó en su comedor. Pensó en las palabras de Edward

y se llenó de cólera. Le molestaba que pensara que las personas dañadas, así como ella, fueran etiquetadas como no gratas para la sociedad.

Esa fue su inspiración, ese fue su reto: le iba a demostrar a Edward Morgan que nadie tiene derecho a etiquetar a la gente.

Y con ese espíritu inquebrantable, se incorporó a trabajar en la empresa de su amiga Martha.

Primero, comenzó a desempeñarse en el área de diseño de programas informáticos para dibujos animados, que era el principal giro de actividades de la compañía.

Luego de terminar con éxito varios proyectos informáticos, se orientó al área de videojuegos. Ideó y diseñó varios juegos con los cuales la compañía obtuvo muy fuertes ganancias. Entre ellos, creó un videojuego para móviles muy exitoso, el cual reportó para la compañía grandes beneficios económicos.

Las ventas en este rubro fueron astronómicas y la empresa de Martha iba creciendo y ganando nichos de mercados cada vez más grandes. Florencia ascendió en la compañía a puro esfuerzo personal y gracias a la creatividad innata con la que contaba.

En sus inicios comenzó como asistente y/o ayudante de los diseñadores. Pero fue el padre de Martha quien se percató de su creatividad y su empeño así que un día, sin previo aviso, la colocó de jefa del área.

En lo que se desempeñó como jefe del área de innovación, la empresa inició las grandes ventas de programas computacionales para las principales compañías de animación. Al crear el videojuego para móviles, las principales compañías de telecomunicaciones se pusieron en contacto con ellos para la compra del sistema.

Después de eso hecho, Florencia llegó a ocupar la gerencia de informática. Ahora contaba con la ayuda de buenos colaboradores, en su mayoría latinos. Ella misma se encargaba de las contrataciones de su área.

En las entrevistas se tomaba más tiempo del necesario para conocer la vida de los aspirantes. Prefería a aquellos que demostraban cómo habían salido airosamente de situaciones sumamente difíciles en

sus vidas y era a ellos a los que elegía. Su motivación era simple: tenía que contar con gente que sabía lo que era estar en situaciones no muy favorables sin que ello fuera motivo para que se dejaran absorber por lo malo del momento.

Después de seis meses de haberse mudado a Malibú, Florencia Martínez se había convertido en una empresaria exitosa y toda una revelación. Pero como todo en la vida, este éxito tenía un precio: ella estaba sola. Se dedicaba cien por ciento al trabajo. Era su obsesión. No tenía tiempo para nadie ni nada. A pesar de sentirse solitaria, buscaba las maneras de encontrar un sustituto. Así que para evitar esos momentos depresivos, se volcó a la implementación de programas de responsabilidad social empresarial de la compañía de Martha.

Así fue como un buen día, se encontró inaugurando el Programa de Ayuda para Mujeres Abusadas, PAMU con el aval de la compañía.

Bajo este programa se creó un centro asistencial para brindar a las mujeres, en especial las latinas migrantes, asistencia médica, hospitalaria y psicológica.

Ella asistía al programa todos los fines de semana y se involucraba de lleno en todas las actividades, sobre todo, en las que se referían a las charlas de psicología. Ella más que nadie necesitaba curar muchas de sus heridas.

El programa PAMU fue un éxito inmediato. Llamó tanto la atención que, un día, los principales medios de comunicación escrito del Estado llamaron a las puertas de la compañía de Martha. El motivo era más que evidente: querían comunicar el éxito de la compañía así como el programa de rehabilitación.

Martha, como toda empresaria visionaria aceptó la invitación y ese mismo día llamó a su amiga para comunicárselo. Florencia llegó al despacho de Martha con sus mejores galas. Tocó la puerta, entró y se sentó.

-Florencia, le dijo Martha. En dos días harán un reportaje que circulará en los principales medios escritos del país. Reportarán cómo esta compañía ha logrado récords históricos en sus ventas, de la innovación de sus productos, principalmente los que tú has diseñado y finalizarán anunciando nuestro Programa de Responsabilidad Social: el Programa PAMU, del cual eres la única responsable.

Florencia se quedó meditando cada una de las palabras de su amiga. Era la primera vez en casi ocho meses de haber llegado ahí que todo lo que ella había contribuido iba a salir a la luz.

Al principio tuvo miedo por su pasado turbulento y de encontrarse nuevamente expuesta a tantos ojos pero luego, y gracias a las charlas que había asistido, lo meditó mejor y se dijo: esta es la mejor manera de demostrarle al mundo que todos somos capaces de salir adelante independientemente de las vidas que traigamos o de los hechos que nos acompañen. Así que tomó aire y dijo:

-Perfecto, Martha, dime cuándo lo harán y ahí estaré apoyándote.

Martha se paró de su silla y se acercó a Florencia para darle un fuerte abrazo. Sabía que esa era su amiga, la que nunca se rendía por nada.

CAPÍTULO XIII

¡Qué Sorpresa! Te Encontré

Edward llevaba más de ocho meses de no saber nada de Florencia. Él también se había vuelto un obseso del trabajo. Sus jornadas eran de más de doce horas diarias.

Trató de buscarla en más de una ocasión. Primero lo hizo a través del mensaje que recibió pero el mismo no pudo ser localizado. Parecía como que la tierra se la hubiera tragado.

Por otro lado, todo negocio que había que cerrar en el extranjero, era él quien asistía. Así se lo había pedido a su padre. Era como una manera de alejarse de sus pensamientos sobre Florencia.

Sus padres notaban que algo iba mal pero, las pocas ocasiones que trataron de tocar el tema, había sido difícil y desastroso: lo evadía con gracia y educación.

Su madre ya no insistía porque veía cómo el tema le causaba mucho dolor. Ella intuía que el culpable de esa separación era su hijo por las reacciones que presentaba cuando quería abordar el tema.

Un día por la mañana, Edward estaba en su despacho analizando una pila de papeles para firmar. El día anterior había llegado de México con todos los documentos listos para cerrar el negocio con la empresa más importante de telecomunicaciones de ese país. Sería un asocio que le reportaría a la compañía Morgan unas ganancias récord.

Casi al finalizar la revisión, meditó sobre el último documento. A su empresa le hacía falta complementar el negocio con algunos paquetes informáticos. Él estaba consciente que esa era la parte que le hacía falta a su empresa y debía buscar ese socio o adquisición.

Sonó su teléfono y Julie le anunció que Christian estaba afuera y quería conversar con él. Edward le dijo que lo hiciera pasar.

Christian entró.

Se saludaron como viejos amigos y platicaron de viejos tiempos. De repente, Christian se puso serio y le dijo:

-Amigo, desde hace días vengo siguiendo la pista a un negocio bastante exitoso en el área informática que se encuentra en Malibú. Es una empresa familiar que ha crecido exponencialmente en los últimos meses. Parece que la clave de ese éxito radica en el equipo del área informática con el que cuentan. Este negocio ha desarrollado software informáticos para empresas de dibujos animados, para móviles y hasta para servicios hospitalarios.

-Interesante, le dijo Edward.

-Sí, continuó Christian. Estoy consciente que uno de los puntos a reforzar en esta compañía es el área de informática. Esta empresa familiar ya es rentable así que podemos ofrecer una buena suma para adquirirla. Es más, te he traído un reportaje sobre ella, así como la empleada que ha contribuido a su crecimiento. Creo que la conoces.

Edward levantó las cejas. Él más que nadie conocía esa mirada de Christian.

-¿Quién es? le preguntó.

Christian se levantó de su silla y colocó sobre el escritorio de Edward una revista, luego la abrió y le indicó el lugar del reportaje y, sobre todo, la foto de la gerente informática.

-Florencia Martínez, le dijo Christian y se sentó en la silla para contemplar el cambio de colores en el rostro de Edward.

-¿Q U É?- , le dijo Edward.

Y comenzó a leer la historia.

Era increíble. Ahí estaba la foto de ella. Estaba hermosa, más delgada de lo que la recordaba ocho meses atrás. Estaba vestida de una manera sobria y elegante. Con maquillaje perfecto y accesorios delicados. Sus ojos estaban más que expresivos.

Ella era la gerente informática de la empresa a la que Christian había señalado como potencial mercado a adquirir.

Leyó toda la entrevista que le habían hecho y buscó entre las palabras para encontrar lo que deseaba: Seguía soltera, decía el reportaje. Él sintió cómo la adrenalina subía y se concentró de nuevo en la foto. Había varias de ella: Unas sentada, otras de cuerpo entero y una de frente al inaugurar el programa PAMU.

-Impresionante-, le dijo a Christian.

Christian esbozó una sonrisa pícara, sabía lo que ese reportaje iba a significar. Primero, nuevas adquisiciones y segundo, ayudar a su amigo a devolverle un poco la esperanza en ella.

-¿Qué quieres que haga?- , preguntó Christian.

-Concreta una cita con los dueños y que esté presente Florencia.

Comenzaremos contratando los servicios de la unidad de informática y luego tomaremos el mango para poderla adquirir.

Christian sonrió, esa era la respuesta que esperaba. Ahí estaba su amigo de nuevo, vivo, con ansias de seguir en el negocio.

-De acuerdo. ¿Quiénes asistirán a Malibú?- , le preguntó.

-Tú, nuestro abogado y yo.

Christian se paró y se despidió. Edward, por supuesto, no le dijo nada y siguió leyendo el reportaje. Luego buscó en internet más datos de la compañía y encontró más información pero sobre Florencia no encontró nada. Vivía en el anonimato.

Edward se desesperó y llamó a la extensión de Christian, éste contestó y él aprovechó para decirle:

-¿Qué te dijeron?

-Amigo, ni siquiera he terminado de llegar. Yo te aviso.

Edward estaba desesperado. Quería tener lista la cita lo más pronto posible.

A la media hora, Christian llamó a Edward:

-Nos esperan el día lunes a las diez de la mañana en la oficina de Martha Levy.

-¿Estará Florencia?- , le preguntó Edward.

-Sí, ha sido la condición que hemos colocado-, dijo Christian.

-Perfecto. Salimos el domingo al mediodía. Yo paso por ti y el abogado que nos encuentre allá. Tráeme el contrato a firmar y asegúrate que sea atractivo para, de esa manera, ir apoderándonos del terreno. ¿De acuerdo?

-Perfecto-, le dijo Christian.

CAPÍTULO XIV

El Reencuentro

Los siguientes días fueron eternos para Edward. Sentía que los minutos no pasaban a la velocidad que deseaba.

Llegó el sábado y Edward se sentía nervioso. No sabía cómo iba a actuar Florencia ante su presencia pero eso al final era lo que menos le importaba. Deseaba verla y tenerla enfrente, no le importaba cómo lo trataría. Al final, estaba consciente de lo mal que él había actuado por lo que era seguro esperar que ella lo despreciaría y trataría de hacerlo sentir mal pero eso no le importaba, lo que realmente deseaba era verla y saber que estaba bien.

El domingo, así como le dijo a Christian, pasó por su apartamento para iniciar el camino a Malibú. Llegaron cerca de las cinco de la tarde al hotel.

Edward ya había estado antes en Malibú, también por negocios. Pero en la mayoría de veces, había ido con Laura, su ex amante. Los días que pasaron ahí fueron muy placenteros, el lugar se acomodaba para eso.

A la hora de la cena y mientras esperaban que el abogado se les uniera, Christian abordó el tema de Florencia:

-Amigo, he tratado de ser respetuoso con tu relación con Florencia pero hace meses que me pregunto ¿qué pasó?

Edward dejó su copa de vino en la mesa y le contestó:

-Actué como un estúpido con ella y lo he lamentado desde ese día. Florencia sufrió agresión sexual en su país natal. Vivió sometida a un tipo que abusaba de ella y para tenerla en ese estado la chantajeaba con la vida de su hermano. Al final, cuando ella ya no soportó seguir bajo sus condiciones, huyó y mataron a su hermano.

Christian se quedó boquiabierto. Él esperaba otra versión, no algo tan crudo e inhumano. No supo qué decirle a Edward.

-Un día antes de comenzar a trabajar para nosotros, llegué a su apartamento y le hice el amor. Al amanecer, pude ver en su espalda una serie de cicatrices y un tatuaje. Le recriminé el hecho de no haberse opuesto a que se lo hicieran y ahí comenzó el pleito.

Christian le recriminó:

-Amigo, ella misma te había dicho que había sido sometida. ¿Cómo esperabas que se opusiera ante esos salvajes?

-Sí, estás en lo cierto. Pero perdí el control. Se me nubló la mente y fui estúpido. Al final cerré la discusión con broche de oro: Le dije que yo mismo había escrito el código de ética de la empresa en el cual se establecía que no se admitían personas tatuadas. Me echó del apartamento y no la volví a ver ni supe nada más de ella hasta esta semana que apareciste con el reportaje-, le explicó Edward.

-Espera el peor comportamiento de ella para la cita de mañana-, le advirtió Christian.

-Sí, pero no me importa.

-¿Estás enamorado?- , le preguntó Christian.

-Sí, le dijo a secas Edward.

-Uhh, le dijo Christian y agregó: esperaba esa confesión de tu parte.

-Bueno, debes aprender a manejar la situación ya que en el contrato se establece que parte del equipo de informática debe mudarse por seis meses a nuestras instalaciones para desarrollar el producto que contrataremos. Eso supondrá que trabajará bajo el mismo techo que tú.

-Es correcto. Tengo seis meses para reconquistarla.

-Bien reza el dicho: "Hasta los robles se doblegarán", le dijo Christian.

-¿A qué diablos te refieres?- , le preguntó Edward.

-Que jamás habías sido tú el que perseguía a alguien; ni mucho menos el que pedía disculpas. Todas las mujeres que has tenido han caído a

tus pies y disposición. Ahora eres tú el que tendrá que hacerlo con ella. Y además, esa mujer es latina. ¿Te acuerdas de lo que decías de las latinas, amigo?

Pero Edward no pudo agregar nada más porque Joseph Clapton, el abogado, llegó a la mesa.

Se sentó y antes de pedir de cenar, los tres caballeros analizaron el contrato. La suma a proponer era más que onerosa. Con esa cantidad, ninguno esperaba una negativa por parte de los dueños de la compañía.

El domingo llegó a su fin y Edward se fue a su habitación.

El lunes se levantó de mañana y se preparó para asistir a la cita, vestido impecablemente.

Al llegar al edificio, los tres se asombraron de lo sencillo de su arquitectura. No parecía presentar el lujo y derroche de poder que esperaban.

En la recepción, una hermosa rubia los saludó y los llevó a la sala de reuniones. Al llegar al sitio, los ubicó y les preguntó qué les apetecía beber. Los tres dijeron: café.

El abogado se sentó, pero Christian y Edward se entretuvieron mirando los cuadros que colgaban de las paredes. En ellos se destacaban los logros de Levy Enterprise, desde los programas informáticos para la industria del cine hasta sus contribuciones a la mejora de la vida de sus empleados.

De repente, la puerta se abrió y entró un señor de unos sesenta años. Se presentó como Lucas Levy. Edward dedujo que era el fundador de la empresa. Se dirigió a él y le brindó un fuerte apretón de manos. Lucas les agradeció la visita y los acompañó a recorrer de nuevo los cuadros en las paredes. Al finalizar, les dijo:

-Mi hija Martha y Florencia están retrasadas pero llegarán en cinco minutos. Por favor, tomen asiento.

Edward y Christian estaba por sentarse cuando la puerta se abrió y entró Martha Levy. Era una mujer muy atractiva. De cabellera negra y ojos de igual color. Piel bronceada y estatura media. Los saludó a uno por uno y los invitó a sentarse.

En un inicio hablaron de cosas triviales y de repente, Martha les dijo:

-Hemos analizado el contrato que nos han enviado por correo y lo hemos aceptado. Mi padre y yo lo hemos firmado y lo traemos en este momento para que usted, señor Morgan, así como su abogado, procedan a firmarlo. Con lo que respecta al área de informática, Florencia también lo trae firmado y sólo está reproduciendo dos copias para que ustedes lo firmen.

Edward iba a agradecerle cuando, en ese momento, la puerta de la sala se abrió y entró Florencia. Llevaba un vestido rojo claro que le quedaba completamente ajustado a su figura. Calzaba zapatos negros y no llevaba medias. La piel de sus piernas estaba totalmente descubierta.

Edward se levantó de su silla casi por instinto. Él era de los invitados, el segundo al que ella debía saludar. Y así lo hizo. Florencia saludó primero al abogado y luego se dirigió hacia él:

-Un gusto, Dr. Morgan-, le dijo.

-El gusto es mío, Florencia-, le contestó él y le tomó la mano con un fuerte apretón.

Al sentir su tacto, ella se incomodó y trató de soltarse de él pero Edward, se aprovechó de su fuerza y de las circunstancias y la besó en la mejía. Al estar cerca de ella, le susurró:

-Estás preciosa, así como te recordaba.

-Gracias-, le dijo ella y se separó para saludar por último a Christian. Luego tomó posición al lado de Martha. Ésta al sentarse Florencia, le preguntó:

-¿Se conocen con el Dr. Morgan?

-Sí-, le dijo Edward y concluyó para sus adentros: No les ha dicho nada y eso le suponía cierto grado de ventaja.

-¡Qué bueno!-, dijo Martha. Ya que seremos socios, los invito a la inauguración de la segunda etapa de nuestro programa PAMU que está a cargo de Florencia. Se desarrollará mañana a las diez de la mañana en el auditórium de este edificio.

-¿Nos acompañarán?- , preguntó Martha a Edward.

-De mi parte ahí estaré, pero mis colegas deben regresar a la oficina esta noche. Christian puedes llevarte mi vehículo-, contestó e indicó Edward.

-No hay problema por su transporte en esta ciudad así como su regreso a la ciudad de San Francisco-, dijo Martha. Lo puede hacer acompañado de Florencia.

-¿Verdad que sí, Florencia?- , le preguntó Martha.

-Perfecto. Dijo obedientemente Florencia.

Entonces Martha agregó: *-Siempre y cuando el doctor Morgan acepte tu ofrecimiento.*

-De mi parte encantado-, contestó Edward.

La reunión se dio por finalizada. Todos se dieron la mano. Cuando Florencia se acercó a Edward, le dijo:

-Martha y su familia le ofrecerán una cena esta noche. ¿A qué horas paso por usted?

Edward meditó bien su respuesta y le respondió:

-Te estaré esperando a las ocho en punto en el lobby.

-De acuerdo, un gusto. Y se dio la vuelta pero, en ese momento, Martha la llamó y le dijo:

-¿Pero Florencia, cómo puedes despedirte así de Edward si se conocen desde antes?

Florencia comprendió su error y se puso a sonreír para todos. Dio la vuelta y regresó al frente de Edward y le dijo:

-Hasta dentro de un rato. Y se le acercó y le dio un beso en la mejía. Después de eso salió casi corriendo de la sala.

Edward se despidió de todos y salió al estacionamiento. Le dio las llaves a Christian y le dijo: llévame al hotel y de ahí te puedes regresar a la ciudad.

-Lo has hecho bien, Edward-, le dijo Christian.

-Eso espero, le contestó él.

CAPÍTULO XV

Las palabras mágicas: Te Amo

Cuando llegó a su habitación, tomó su iPhone y llamó a Martha. Le preguntó, muy amablemente, si le podía regalar el número celular de Florencia ya que con la premura no se lo había preguntado.

Martha gustosamente se lo dio y le recordó que lo esperaban en la noche.

Al contar con su número, llamó a la oficina y ahí le proporcionaron todos los datos de la dirección de Florencia en Malibú.

-*Perfecto!-, se dijo. La tengo ubicada.*

Después redactó un breve mensaje en su móvil:

-Hoy estabas realmente preciosa. Cuento los minutos para verte de nuevo.

Y tecleó el comando “send”. La pantalla le avisó que el mensaje había sido recibido pero no hubo respuesta.

De tanto esperarla se quedó dormido así, placenteramente, como no lo había hecho desde hacía mucho tiempo.

A las ocho y cinco minutos de la noche sonó su móvil. Edward se levantó bruscamente de la cama y botó su celular. Al incorporarse y tratar de despertar, lo comenzó a buscar y este dejó de sonar.

-*POR DIOS!-, se dijo: ¿QUÉ DIABLOS ME HA PASADO?*

No podía encontrarlo, la cama estaba hecha un nudo. Las sábanas estaban enredadas, era un caos.

De repente, la puerta de la habitación sonó y se encaminó hacia

ella. La abrió y vio a Florencia vestida de negro y con un abrigo gris encima de un esplendoroso y llamativo escote.

-¿Qué te pasa?- , le preguntó ella. Te he estado esperando y llamando al móvil y no me contestas.

-Lo siento. Me he quedado dormido y se me cayó el aparato y no lo encuentro-, le respondió Edward. Entra, le indicó y se dirigió de nuevo a la habitación.

Ya en la cama, lo buscó con más calma y luego de desenredar las sábanas, al fin pudo ubicarlo.

Luego se vio en el espejo. Estaba fatal, llevaba una pinta que daba lástima a cualquiera. Salió de la habitación y buscó a Florencia por la sala y la encontró ahí sentada revisando su móvil.

Se quedó contemplándola hasta que se le acercó y le dijo:

-Tengo que ducharme. ¿Me esperarás acá?

-No-, le dijo. Te espero en el bar. No tardes mucho. La reservación es para las ocho y treinta. Y se paró de la silla que ocupaba y se dirigió a la puerta.

Edward se le quedó viendo sin decirle nada. Se sentía como un perro faldero detrás de ella. Al abrir la puerta, Florencia se dio la vuelta y le preguntó:

-¿Te sientes bien?

-Sí-, le dijo. Sólo que me he quedado demasiado tiempo dormido.

-De acuerdo-, le dijo ella y cerró la puerta.

Edward se dirigió a la ducha y se bañó en cuestión de minutos. Como ya la había visto cómo iba vestida, se colocó sus mejores prendas y bajó al bar a buscarla.

Ahí estaba sentada Florencia, tomando algo. Estaba sola y deseable. Edward entró imponente. Sabía que muchas miradas femeninas lo seguían y así fue. El bar estaba lleno de mujeres cazadoras. Ahí estaba también Florencia que ni se percató de su entrada. Esa era una parte de ella que lo volvía loco. Al llegar frente a ella, Florencia levantó su

mirada y se paró casi de un salto.

-*Tranquila-, le dijo.*

-*No podemos esperar más-, le refutó Florencia. Debemos llegar a la hora.*

Florencia terminó de levantarse y se colocó su abrigo a prisa pero el cuello le había quedado mal. Así que Edward, le dijo:

-*Con tu permiso, te lo arreglaré.*

Extendió sus manos y le colocó en su lugar el abrigo. Ella se sonrojó pero trató de disimular su grado de admiración.

Al pasar delante de él, se percató de la cantidad de miradillas de mujeres que lo estaban devorando.

Así que lo esperó y se colocó a su lado de nuevo y le dijo:

-*Veo que no has perdido tu sex appeal con las mujeres.*

Edward analizó el comentario. Era lo que menos le esperaba escuchar decir, pero le agradó. Le dio a entender cierto grado de celos de parte de ella. Así que se animó y le contestó:

-*¿Estas celosa, Florence?*

-*iPARA NADA! le dijo y pasó delante de él.*

Bajaron al estacionamiento y Florencia lo condujo hacia su nuevo vehículo. Era un Chevrolet sedán, color rojo de cuatro puertas.

Con el control de la alarma, todas las puertas se abrieron al unísono. Ambos entraron al vehículo. Edward percibió su perfume e hizo un gran esfuerzo por no acercársele más.

-*¿Ya no tienes tu Mazda?*

-*No, le dijo. Sufrí un accidente.*

-*¿QUE TE PASÓ? le grito, Edward.*

-*Se me fueron los frenos y me fui a chocar contra un poste de electricidad.*

Las bolsas de aire me explotaron y los médicos dicen que estoy viva de milagro.

-*¿CUÁNDO PASÓ TODO ESO?* le preguntó, Edward.

-*Recién llegada. Y prefirió no contar más.*

Florencia sabía que en ese accidente había algo más que los investigadores le había dicho y era la sospecha que el accidente parecía un atentado. Pero no habían logrado averiguar más.

Edward comprendió su silencio y sospechó que le ocultaba algo más. Así que le preguntó:

-*¿Trataron de matarte?*

Florencia lo volvió a ver y le respondió:

-*Los accidentes pasan. Nadie me ha comunicado eso. Así que creo que fue un percance.*

-*No sé por qué diablos sigues metiéndote en problemas. Deja de una vez las cosas como son. Dedícate a tu vida, a tus logros. ¿Por qué ese afán de seguir ayudando a mujeres violentadas? POR DIOS, FLORENCIA QUIÉRETE UN POCO.*

Florencia frenó en seco el vehículo y lo volvió a ver con una mirada gélida:

-*¿SABES POR QUÉ LO HAGO? ¿TE LO HAS PREGUNTADO POR UN MINUTO EN TU COMODA VIDA?*

Edward lamentó su comentario, de nuevo, pero lo que realmente quería era concientizar a Florencia que su seguridad era primero, pero de nuevo, lo había abordado mal.

-*Yo fui una mujer abusada y he tratado de superarlo. AHORA TU COMPAÑÍA ME BUSCA PORQUE TENGO PRODUCTOS INNOVADORES QUE HE CREADO. ¿Crees que eso lo hubiera hecho sin la ayuda de tanta gente que me ha apoyado? PUES NO. Pero hay otras mujeres que no cuentan o disponen de nadie o nada que las pueda ayudar. ¡Cuántas capacidades se pierden, cuantas creatividades quedan truncadas por falta de oportunidades y apoyo!*

-TE ENTIENDO PERFECTAMENTE, FLORENCIA. PERO LO QUE NO QUIERO ES PERDERTE. LO QUE NO QUIERO ES QUE UN DÍA ALGUIEN APAREZCA EN TU VIDA Y TE MATE, le gritó, Edward.

Esa era la primera vez que él le decía sus más profundos temores. Y fue hasta ese momento que ella comprendió muchas cosas.

Florencia se quedó callada y arrancó de nuevo el coche. Se incorporó a la calle y continuaron sin hablar hasta llegar al estacionamiento.

Cuando el vehículo paró, Edward se bajó y salió para abrirle la puerta a Florencia. Al percibirse del gesto, Florencia le dio la mano y salió del auto. Cerró la puerta y ambos se dirigieron al elevador. Al entrar, se colocaron de frente y en unos minutos llegaron al lobby.

Al entrar en el restaurante, la señorita de la entrada le pidió el abrigo a Florencia. Ella se lo comenzó a retirar y Edward le ayudó. Al quedar sin su sobretodo, Edward le contempló de espalda. Estaba hermosa y lo más importante, no tenía, o por lo menos, no se le veía ninguna cicatriz.

Al darse la vuelta la contempló de frente. El escote era más que sensual y le agrandaba favorablemente sus pechos. Edward se sintió morir al tenerla tan cerca.

Florencia lo invitó a seguirla y llegaron a la mesa donde estaba Martha y su padre.

Cenaron tranquilamente y la comida fue más que exquisita. La familia Levy era amigable y muy buena anfitriona.

Llegada casi la medianoche, la familia Levy se despidió de ellos y le preguntaron a la pareja que se quedaba que si los esperaban al día siguiente en la inauguración.

Se despidieron y los dejaron solos.

Edward se sentó y Florencia hizo lo mismo. La música de fondo invitaba a cualquiera a bailar. Edward sabía que a ella le encantaba bailar. Él se paró y la invitó a bailar.

-Pero si a ti no te gusta bailar, Edward, le afirmó, Florencia.

-Bueno, he aprendido un poco.

Salieron a la pista tomados de la mano. Al llegar, Edward la tomó de la cintura y comenzaron a bailar pegado.

Realmente Edward sí sabía bailar pero se había prometido no hacerlo hasta que encontrara a la mujer indicada. Esa era otra de las promesas absurdas que se había hecho en sus años de universidad y que ahora la estaba dando por cerrada.

-Vaya, vaya, doctor Morgan. Este sí que era un secreto bien guardado-, le dijo Florencia.

Bailaron abrazados por más de media hora. Edward revivió los últimos momentos de placer de aquella noche en el apartamento de Florencia y realmente los extrañó y echó de menos.

A Florencia le pasó lo mismo pero trató de dejar su mente en blanco. Ella se había vuelto experta en disimular sus sentimientos. Cuando consideró que era tiempo de retirarse, le dijo:

-Edward, creo que es tiempo de irnos.

Él la soltó y aceptó su indicación.

Ambos llegaron al coche y Edward la tomó de la mano y le dijo:

-Deja que yo maneje, por favor.

-De acuerdo. Y le entregó las llaves.

A Edward le incomodaba ir de pasajero y más con ella. Él siempre trataba de tener el control sobre los asuntos que le interesaban.

-Iré a dejarte primero y si no tienes inconveniente, me quedaré con tu coche y mañana temprano pasaré por ti para irnos a la ciudad. No me gusta que andes tú sola en la noche-, le dijo Edward.

-He vivido así todo el tiempo y no entiendo cómo ahora quieres tomar el control-, le respondió Florencia.

-Bueno, porque ahora estoy acá y lo estoy viendo y además porque quiero hacerlo así.

Edward siempre había tenido problemas para expresar claramente sus sentimientos. Ese era un lado que consideraba “débil”, por lo que

raras veces lo dejaba salir. Esta ocasión era una de las cuales quería tratar de ocultarlo para de esa manera no mostrarse como era.

Trató de cambiar el tema y desviar su tensión, así que le preguntó:

-*¿Ya has pensado adónde te quedarás en la ciudad?*

-*Sí, me han reservado la habitación en un hotel.*

-*¿Por todo ese tiempo?-, quiso saber más, Edward.*

-*Sí, le respondió Florencia.*

-*Tienes mi apartamento a la orden.*

-*Por Dios, Edward, ¿Cómo te atreves a decirme eso, cuando ambos sabemos lo que nos pasó hace más de ocho meses?*

Edward detuvo el coche. Lo apagó y se dio la vuelta para verla a los ojos.

-*No entiendo por qué se te hace tan difícil comprender que me equivoqué y que no abordé de mejor manera tu situación. No te pude comprender y eso me ha costado caro: casi te pierdo.*

-*Pues la verdad, no es que no pueda entenderlo, sino que no te has disculpado de haberlo hecho-, le recriminó Florencia.*

-*Lo siento-, le dijo, Edward.*

E instintivamente comenzó con su dedo índice a hacerle círculos en su cuello. Ella estaba tan hermosa que Edward hacía un esfuerzo sobrehumano para no traerla hacia su pecho. Pero también quería aprovechar el momento para soltar todo lo que nunca le había podido decir antes. Así que con el dedo sobre su cuello, continúo hablando:

-*Siempre pensé en los migrantes como personas delincuentes, falta de carácter y con muy poca capacidad para trabajar. Es más, los veía como una amenaza para nuestra fuerza laboral, como quienes reemplazaban nuestra mano de obra. Cuando estaba con mis amigos y veíamos a mujeres latinas, tan bellas como tú, siempre me mentalicé que nunca andaría con ninguna de ellas.*

Florencia meditó las palabras. Ella más que nadie sabía que ese lado consciente de Edward afloraba pocas veces a la superficie.

-Me equivoqué en mi proceder. Y al final, terminé como un loco enamorado de una de ellas. Eso lo entendí hasta que te perdí, pero era tarde. Te traté mal, te recriminé por algo que no pudiste evitar. Tienes un gran don de gentes, sabes ser empática, amable, sincera e inteligente. Y lo mejor de todo, es que me tienes loco de amor y de pasión-, finalizó Edward.

Florencia se quedó con la mirada perdida al frente del coche. Era la confesión que llevaba tiempo esperando y nunca se imaginó escucharla de esa manera. Trató de responderle pero Edward prosiguió en su monólogo.

-Te amo, Florencia.

Ella sintió que el corazón se le reducía de tamaño. Eran las dos palabras más hermosas y esperadas que ella deseaba escuchar de sus labios.

No pudo más y comenzó a llorar.

Edward se le acercó y la abrazó. Se preocupó tanto por su estado que le preguntó:

-¿Qué te pasa? ¿Qué he hecho mal?

-Nada, le dijo ella. Es que nadie me había dicho eso antes. En mis años de sumisión jamás escuché esas palabras, sólo fueron golpes, bajezas e insultos. Siempre me dije que al primero que se las escuchara lo iba a amar para siempre. Deseaba que fueras tú y se me ha concedido.

En ese momento, ella levantó la mirada y la dirigió hacia Edward. Ambos se fundieron en un profundo, erótico y apasionado beso.

Pasaron besándose un buen rato, hasta que ya no pudieron contenerse y Edward le dijo:

-El hotel está más cerca que tu apartamento. -Quédate conmigo-, casi le ordenó Edward.

-Sí, le dijo ella.

Él volvió a tomar el volante y se dirigió al hotel.

Al llegar, ambos se bajaron del coche. Edward la tomó de la cintura y la aprisionó contra el vehículo. La besó en los labios, luego en el cuello y por último le succionó cada lóbulo de sus orejas.

Paralelo a esto, sus manos exploraban el cuerpo de Florencia. Volvió a sentir su trasero. Estaba firme y carnoso así como lo recordaba. Luego pasó una mano por ese “monte de Venus”, que estaba exuberante y húmedo. Esa era la parte que Edward más deseaba de ella. Florencia era una mujer tan rica en deseos que con solo hablarle de la manera que él lo hacía, se humedecía.

Él palpó su humedad y ésta le provocó que sus dedos entraran y llegaran a su parte más sensible. Cuando la encontró, comenzó a masajearla de una forma tan sexual y placentera que Florencia comenzó a jadear de placer. Sus movimientos se adecuaron al ritmo de los dedos de Edward y en menos de cinco minutos, el estallido de un grito y la creciente humedad de su sexo, desparramándose sobre sus dedos, lo sorprendieron de nuevo.

Ella estaba ardiendo de placer y Edward estaba en igual o a más grados de ansiedad. Sacó sus dedos colmados del manjar de los dioses de su sexo y la volvió a besar con pasión. La tomó de la mano y se fueron casi corriendo a su habitación.

Al llegar, Edward abrió la puerta, ambos entraron y él la cerró.

Florencia cayó encima de él y lo empujó hacia la pared. Ella estaba jadeando de placer en una forma alocada. Edward la tomó de nuevo y se dio la vuelta. Comenzaron de nuevo a besarse y él se la llevó a la cama. Ambos cayeron encima de la misma. Edward comenzó a desvestirla.

Florencia llevaba un sostén negro que le acrecentaba sus pechos. En la parte inferior la acompañaba un hilo dental de color negro con encajes de igual color a su alrededor. Él no pudo más y se lo arrancó de golpe. Ella no dijo nada y se apresuró a quitarle su camisa. Ansiaba encontrarse de nuevo con esos pectorales. Los había extrañado mucho.

En unos minutos, ambos estaban desnudos, uno sobre el otro. Edward la penetró de golpe. En unos instantes, los dos cuerpos se movían en ritmos diferentes pero con intensidad sincronizada.

Ambos alcanzaron el orgasmo al unísono y Edward cayó rendido a un lado de Florencia.

Él se quedó dormido y Florencia aprovechó esos momentos para acariciarle el cabello. Lo había extrañado y mucho, se dijo. Después se quedó contemplando sus palpitaciones y su ritmo respiratorio hasta que ella también se quedó dormida.

Ya en la madrugada, Edward fue el primero en levantarse. Estaba boca arriba y en su regazo descansaba Florencia completamente desnuda.

Él comenzó a explorarla y se volvió a percatar que ya no tenía cicatrices visibles. Algo se había hecho que éstas casi habían desaparecido. Luego levantó la cabeza y buscó en sus glúteos y se encontró de nuevo con esa marca de "mía". Lamentablemente, esa señal aún estaba ahí. Se mentalizó y repensó varias veces que en esta ocasión no le iba a hacer ningún comentario.

Ella se despertó y le comenzó a besar su pecho. Edward estaba extremadamente feliz. Sentía cómo su cuerpo se había relajado al hacerle de nuevo el amor después de tanto tiempo.

Florencia se levantó y le dijo:

-Buenos días. Le dio un beso en los labios y caminó desnuda hacia la ducha.

Al rato, Edward se incorporó y se metió también a la ducha con ella. Por varios minutos y gracias al estímulo del agua, se acariciaron, se tocaron, se besaron y volvieron a hacerse el amor.

Al salir estaban felices y riéndose. Ambos se vistieron y se dirigieron al restaurante para desayunar. El mesero los ubicó en una mesa a la orilla de los ventanales. Ordenaron del menú y ambos se quedaron conversando y degustando una riquísima taza de café.

Florencia fue la que rompió el silencio.

-¿Por qué te caían mal mis paisanos?

-Nunca tuve una razón en especial; creo que me dejé llevar por los criterios de otros. Pero quiero que sepas que esa percepción comenzó a cambiar cuando llegué a la empresa y tuve que trabajar con varios

latinos. Son trabajadores y luchadores pero lo más sorprendente es que tienen una gran resistencia a largas horas de trabajo.

-Anoche dijiste que algunas oportunidades de empleo para los anglosajones son dadas a los hispanos. Yo creo que ese comentario hay que analizarlo en varios contextos: yo no tuve la dichosa oportunidad de estudiar en tan prestigiosas universidades como tú; tampoco hice un doctorado. Pero en la maestría que mi familia me pagó en el extranjero, corrimos un modelo econométrico con algunas variables de empleo entre estas dos poblaciones y los resultados nos mostraron que los hispanos llegan a este país a ocupar los puestos de trabajo que los anglosajones no quieren, ya sea por mala paga, pésimas condiciones, etc.

Edward analizó las palabras de Florencia. Ese tipo de conversaciones eran las que más le gustaba tener con ella. Eran pláticas serias y de varios temas. Al fin se sentía que contaba con el complemento perfecto para su vida en el plano del amor. Al final, concluyó:

-Ya te dije, preciosa. Mis pensamientos sobre los migrantes eran falsos y sin fundamentos.

Por otro lado, le agregó Florencia:

-Hay varios estudios que dictan que la gran mayoría de los que emigramos no lo hacemos por huir de la justicia sino por la búsqueda de nuevas oportunidades de desarrollo.

-Ya entendí, Florencia. No me recrimines más.

Florencia comprendió que ya era suficiente. Edward había comprendido, muy a su manera, que no era correcto dejarse ir por los criterios de los demás, ni tampoco etiquetar a la gente. Además, se llenaba de gozo al constatar que además de todo lo que ya había recapacitado, para colmo, se había enamorado de una hispana.

Así que para su propia conclusión, se dijo para ella:

-¡Vaya, chiquito! ¿Cómo te quedó esa? Y esbozó una leve y pícara sonrisa.

-¿Qué te parece tan gracioso, preciosa?

-Que al final, te enamoraste de una latina. Y todos tus paradigmas, estereotipos y demás modelos se te cayeron al piso.

Edward se puso a reír porque realmente lo que decía Florencia era cierto. Después de unos minutos le respondió:

-Y al final ¿qué? Soy feliz contigo y eso es lo que realmente me interesa. Ambos se pusieron a reír.

Edward llamó al mesero y pagó la cuenta. Salieron del restaurante y se dirigieron al coche. Se dirigieron al evento.

Al llegar, a Edward le importó poco lo que podían decir, así que la tomó de la mano y entraron como dos perfectos enamorados.

A la entrada varias mujeres se acercaron a Florencia, la saludaron y un gran porcentaje la abrazaban. Muchas de ellas estaban llorando.

Edward se percató del gran cariño y admiración que sentían hacia ella. Se volvió a sentir excepcionalmente bien. Ella era su complemento, no le cabía, ahora más que nunca, ninguna duda.

Después de saludar a casi la mitad del auditórium, tomaron asiento en las primeras filas.

Al sentarse en su silla, Edward la tomó nuevamente de su mano y se dijo para sí:

-Nunca más te dejaré ir.

Pero no le bastó con sólo decírselo para sus adentros. Se acercó a Florencia y le dijo al oído:

-Te amo, preciosa.

Florencia le devolvió la mirada y le proporcionó una amplia y preciosa sonrisa. Y finalmente, salieron también las palabras que Edward también deseaba escucharle:

-Yo también, te amo.

Se le acercó a los labios y lo besó.

CAPÍTULO XVI

El Atentado

El acto ya había comenzado cuando la mano de Martha tocó el hombro de Edward y se le acercó al oído:

-Edward tienes una llamada urgente en la segunda planta del edificio. Te llama tu guardaespaldas, Mauricio.

Edward se sorprendió y le dijo a Florencia:

-Ya regreso, preciosa.

Y se levantó de su asiento para irse con Martha.

Al llegar a la segunda planta, entraron a la oficina del Programa, que según le dijo Martha era la que utilizaba Florencia. Edward tomó el auricular y contestó:

-Mauricio, ¿Qué pasa?

Al otro lado de la línea, un Mauricio realmente abatido le contestó:

-SEÑOR EDWARD, LO HE ESTADO BUSCANDO DESDE BIEN TEMPRANO PERO USTED NO ME HA CONTESTADO LAS LLAMADAS.

-Sí, le dije. He dejado mi móvil cargando y...

-SEÑOR MORGAN DEBE REGRESAR A LA CIUDAD CUANTO ANTES CON LA SEÑORITA MARTÍNEZ. MIS FUENTES ME HAN AVISADO QUE "EL BUZZO" SE HA ESCAPADO DE LA CÁRCEL Y SE ENCUENTRA EN ESTE PAÍS BUSCANDO A LA SEÑORITA MARTÍNEZ. LA FAMILIA DE ELLA TAMBIÉN HA QUERIDO CONTACTARLO Y ME HAN LLAMA...

Mauricio no pudo terminar de hablar, ni Edward tampoco terminó de escucharlo porque una poderosa explosión hizo estallar los ventanales enfrente de donde se encontraba con Martha.

Ambos cayeron al suelo empapados de sangre en su rostro y en el cuello.

En la sala del auditórium, el panorama tampoco era diferente. Había sangre, gente desmayada y herida. Y lo más notorio, Florencia no estaba.

CAPÍTULO XVII

El Secuestro de Florencia

Edward, se despertó después de casi tres horas. Estaba sobre una cama y rodeado de aparatos. Además, su mano estaba conectada a un suero.

Sus padres, su hermana y Mauricio estaban a su lado. Quiso levantarse y no pudo. Se palpó las costillas y tenía yeso alrededor de su tórax. Su madre se le acercó y le dijo:

-Hijo cálmate no te puedes parar. Debes permanecer en cama por unos días.

Edward la miró pero no entendió sus palabras. Es más, no entendía qué diablos estaba haciendo ahí. Se tocó su cabeza al sentir un leve punzón y al hacerlo palpó unas gasas. Y fue hasta ahí que recordó que se encontraba hablando con Mauricio cuando...

-¿PERO QUE DIABLOS PASÓ, MAURICIO? ¿Qué pasó cuando estábamos hablando?

-BENDITO DIOS. Grito su madre y agregó:

-NO HAS PERDIDO LA MEMORIA POR EL GOLPE.

Edward la miro y luego le devolvió la mirada a Mauricio y le dijo:

-¿ADÓNDE ESTÁ FLORENCIA?

Los tres bajaron la vista en señal de que algo andaba mal.

-¿DÍGANME QUE HA PASADO CON ELLA?

Rosemarie y Matheo no tuvieron valor para contestarle y volvieron sus miradas a Mauricio. Este no tuvo más salida que hablar y lo hizo llanamente:

-*La han secuestrado y no sabemos dónde está.*

Edward se dejó caer sobre la cama y comenzó a tocarse la cabeza. El dolor que le provocó esa noticia fue más devastador que el propio golpe.

Su padre salió al pasillo a llamar al doctor y éste entró colocándole de inmediato un calmante. Edward se fue quedando lentamente dormido pero antes de hacerlo llamó a Mauricio para que le acercara el oído.

Así lo hizo Mauricio y le alcanzó a decir:

-TE ENCARGO QUE LA ENCUENTRES, POR FAVOR. Y Edward cayó en un profundo sueño.

Florencia se percató de los gritos de los asistentes a la entrada del salón y volvió la cara para tratar de encontrar la razón de tanto ruido.

De repente, el estallido de una bomba la lanzó sin piedad al suelo. Después de eso, alguien la levantó del piso. Ella esperaba que esas manos fueran de Edward pero al abrir los ojos se encontró con un rostro encapuchado. De lo aturdida que estaba y a causa del sangrado en uno de sus oídos, casi no podía escuchar los gritos del resto de la gente.

El encapuchado la tomó entre sus brazos y salió corriendo con ella hacia la calle. De un solo movimiento la introdujo a la camioneta y en pocos segundos el coche salió a una gran velocidad.

Le bastaron algunos momentos para volver en sí. Y recapacitar que había sido secuestrada pero, ¿por qué? o ¿por quién? Luego pensó en Edward y temió lo peor.

El hombre del volante, se quitó la capucha y su cabellera negra como el azabache se soltó de una forma rebelde. Ella reconoció esa cabellera pero aún faltaba algo más. En ese momento, él habló y le dijo:

-*Hola mi linda jaña.*

Florencia palideció en segundos. Sus más profundos miedos afloraron y se recordó de tiempos atrás bajo las garras de “el buzzo”, de Alex, su ex novio. Entonces le contestó:

-*¿QUÉ HACES ACÁ?*

-*He venido a saldar la cuenta que te prometí el día del juicio.*

Florencia se quedó callada. Trató de calmarse y hacer que esta vez la situación fuera diferente. Los años no tenían que haber pasado sin hacerla cambiar.

-YO NO SOY TU JAÑA O TU NOVIA O TU MUJER, O COMO DIABLOS QUIERAS LLAMARME. ¿SABES POR QUÉ? PORQUE YO NUNCA QUISE ESTAR EN PANDILLAS. TÚ ESTABAS HASTA LAS MUELAS EN ESO Y DESEABAS QUE ME INTEGRARA PERO YO ESTABA SEGURA DE LO QUE QUERÍA SER Y ESO NO ESTABA EN MIS PLANES.

Alex la vio a través del retrovisor. Era la primera vez que ella le hablaba de esa manera. Se maldijo para sus adentros y se preguntó qué diablos le pasaba a su mujer, bueno a su ex mujer, se corrigió.

Después de esa breve conversación no volvieron a dirigirse palabra. Hasta que Alex, le dijo:

-*Creo que tu novio se percató que iba a pasar algo y te dejó sola.*

Florencia se alegró. En lo breve de su comentario, intuyó que la llamada que fue a atender Edward lo había salvado. Agradeció a Dios y se juró no volver a mencionar el tema.

-*¿A DÓNDE ME LLEVAS?-*, le gritó.

-LEJOS-, le contestó. A UN LUGAR DONDE NADIE TE PUEDA RESCATAR Y YO TE PUEDA MATAR.

-*Alex, le dijo. No tengo miedo. Esa era tu arma para tenerme sometida pero ahora no te temo. ¿SABES POR QUÉ?*

“El buzzo” se quedó intrigado ante la pregunta pero se contuvo en preguntar y esperó.

Florencia tomó aire y valor y continúo su argumento:

-*Ya no puedes herirme más de lo que lo has hecho.*

Alex estaba incómodo. Generalmente era él quien mantenía el hilo de la conversación pero esta vez el modelo había cambiado. No le gustaba pero tampoco deseaba cambiar el tema.

Llegaron a un garaje que Florencia no logró ubicar y la bajó a empujones del coche. Ella se tropezó varias veces pero no cayó en el piso. Finalmente el hombre abrió una puerta al final del pasillo y la tiró a la habitación. Ella cayó en la cama y trató de sentarse erguida para no demostrarle debilidad.

Alex se quedó parado con la puerta cerrada a sus espaldas. La contemplaba, a su manera.

-*¿Por qué LO HICISTE?-*, le preguntó Florencia.

-*¿PORQUÉ HICE, QUÉ?-*, le devolvió la pregunta Alex.

-*¿PORQUÉ TE INVOLUCRASTE EN TODO ESTO DE LAS PANDILLAS? LO TENÍAS TODO: DINERO, COMODIDAD, SEGURIDAD EN TU FUTURO, FAMILIA. BUENO, EN FIN, TODO LO QUE PARECE QUE A OTROS LES HACÍA FALTA.*

Alex se quedó callado. Hablar de esas cosas con ella no le parecía conveniente. Así que se limitó a decirle:

-*¿Y A TI, QUÉ DIABLOS TE IMPORTA?*

-Mucho. Yo ya no soy la misma. He pasado por varias cosas desde que nos sepáramos y siempre me pregunté eso. Lo normal, me decía, es que las carencias o las malas experiencias de tus primeros años de vida, te lleguen a marcar de tal forma que al crecer te conviertas en el reflejo de eso. Pero en tu caso... lo tuviste todo, Alex.

Alex se quedó callado y una mueca de dolor se dibujó en su rostro. La miró fijamente a los ojos y le dijo

-*¿Y A TI, QUÉ DIABLOS TE PASA? ¿CREES QUE PODRÁS CONVENCERME CON ESA TU PSICOLOGÍA BARATA? VETE AL DIABLO.*

Y salió de la habitación y cerró la puerta con todas sus fuerzas.

Florencia sólo escuchó al final cómo la chapa daba varias vueltas para tomar llave y luego escuchó cómo una palanca era colocada al otro lado de la puerta.

-Estoy perdida, se dijo y se acurrucó entre sus piernas.

En unos minutos cayó en un profundo sueño. Se levantó ofuscada y con unos fuertes ruidos en su estómago. Llevaba más de doce horas sin probar alimentos, según sus cálculos. Al sentarse y apoyarse en la pared contempló una botella de agua. Era posible que “el buzzo” hubiese entrado en algún momento de la noche-día y se la hubiese dejado depositada ahí.

Temía que estuviera envenenada pero no tuvo otra opción. Alguna vez, en algún programa de televisión había escuchado como se podía prolongar la vida sin alimentos tomando solamente líquidos. Tenía que tomar agua y mantener la esperanza de salir con vida de ahí.

Tomó la botella del suelo y bebió un poco de agua. Se volvió a sentar e instintivamente comenzó a rezar. Luego, se acordó de Edward y de los últimos minutos que habían estado juntos. Lo amaba, realmente lo podía sentir en cada uno de sus poros. Deseaba saber cómo estaba pero no podía preguntar nada porque podía levantar sospechas y a la larga eso podía dañarlo, si aún no lo estaba.

Pensó en su hermano Antonio, con el que siempre jugó, pelearon y disfrutaron. Deseaba que estuviera vivo.

Después comenzó a examinarse sus brazos para encontrar agujeros de inyecciones pero no tenía nada nuevo. Estaba limpia.

Tenía que hacer algo, no podía pasar en esa inercia. Así que se levantó y comenzó a caminar en círculos. No supo cuánto tiempo estuvo así. Después varió la rutina y comenzó a hacer abdominales, luego pechadas y por último flexiones.

-NO TENGO QUE SUCUMBIR, se dijo.

Después de ese pensamiento comenzó a meditar. Se acordó de algunos de los testimonios de mujeres violentadas que había escuchado en el refugio del programa PAMU, así como de otros artículos sobre el tema que en más de una ocasión habían llegado a sus manos.

En eso, se acordó de un artículo publicado en un rotativo local, el cual relataba las confesiones de una víctima de un asesino-violador en serie, que expresaba cómo esta mujer había logrado sobrevivir.

La secuestrada narraba cómo al estar frente a su victimario tomó valor y dejó a un lado el miedo. Ella decía que una de las formas

de mayor excitación del hechor era cuando la víctima mostraba su miedo. Esa acción le provocaba al violador-asesino una gran fogosidad. Así que esta mujer, terminaba la entrevista diciendo que gracias a su fortaleza y al no mostrarle miedo, había podido salir de esa situación, viva.

Indirectamente, Florencia estaba haciendo lo mismo con Alex, o por lo menos lo intentaría.

Luego de esos pensamientos trató de encontrar algo para escribir sobre la pared. Hasta bien arriba del cuarto se encontraba una ventana y por la misma se veía claridad. Ella supuso que era de día. Al bajar la vista y buscar rápidamente algo punzante visualizó una piedra. Se agachó y la tomó en sus manos. Luego buscó un espacio en la pared que no fuera tan visible para los ojos de Alex y escribió una barra. Eso quería decir: el primer día de mi cautiverio.

Después de eso, se sentó de espaldas a su escritura y se quedó contemplando la puerta. Trató de practicar la meditación pero se enfocó sólo en cosas o hechos positivos. Ya tenía bastante con esa situación para hacer llegar malos recuerdos.

Gracias a esa introspección se acordó de una charla a la que asistió en una ocasión. Fue impartida por el doctor Boris Cyrulnik y en la que el concepto de resiliencia se hacía notar. Trató de encontrar en su cabeza la definición, pues recordó que esa charla le había llamado poderosamente la atención y fue hasta ese momento que lo recordó: “La resiliencia es la capacidad de los seres humanos sometidos a los efectos de una adversidad, de superarla e incluso salir fortalecidos de la situación”, recordó Florencia y trató desesperadamente de buscar cual podría ser la fortaleza que podría obtener de todo esto.

El día pasó sin novedades. Alex no llegó en todo lo que parecía habían sido esas primeras veinticuatro horas en cautiverio. Ella se desesperó. Se sentía aislada y necesitaba urgentemente hablar con alguien. Extrañaba a Edward.

Inmersa en sus pensamientos escuchó cuando la puerta se abrió. Vio la mano de Alex que llevaba un plato con un pan y otra botella de agua.

-ESPERA. Quiero hablar contigo-, le gritó Florencia.

Alex cerró la puerta y se quedó recostado sobre ella. Ella lo escuchó y le comenzó a hablar:

-Alex, debemos hablar.

-¡CÁLLATE! ¿Qué es lo que quieras escuchar después de toda esa filosofía barata que me has dicho? SÍ. LO TUVE TODO Y NADA A LA VEZ.

Florencia meditó cada una de sus palabras. Realmente no lo conocía, nunca llegó a conocerlo y él tampoco lo había hecho con ella.

-LO QUE TE PASÓ EN TU INFANCIA NO DEBE MARCAR LO QUE SERÁS EN EL RESTO DE TU VIDA, ALEX. NADIE DEBE SUPONER ESO. PUEDES CAMBIAR, TE LO JURO, agregó Florencia.

-PERO QUE DIABLOS DICES, FLORENCIA. NO SOY UN ANGEL. TENGO MÁS ASESINATOS PLANEADOS QUE EJECUTADOS QUE CUALQUIERA. ¿CREEES QUE TENGO PERDÓN? ¿O PUEDO CAMBIAR?

-Alex, abre la puerta y hablemos, por favor. Déjame ayudarte, le suplicó Florencia.

Él al otro lado comenzó a reírse a carcajadas pero de una forma nerviosa. De repente, Florencia ya no escuchó nada. Se había quedado sola nuevamente.

CAPÍTULO XVIII

Desesperación e Incertidumbre

Edward salió del hospital antes que le diera el alta el médico que lo atendió. Sus padres se lo recriminaron pero no pudieron evitarlo. Él era obstinado.

Al llegar a su apartamento, los padres de Florencia lo estaban esperando. Ambos corrieron a abrazarlo. Al igual que Florencia, eran bastantes expresivos. La madre de Florencia, Glenda Martínez. No lo soltó mientras lloraba. Edward la comprendió y se quedó abrazándola por un buen tiempo. Al terminar, ella se separó y le dijo:

-NO SOPORTO MÁS ESTA CARENCIA DE MI HIJA. TENGO MIEDO DE PERDERLA- Y ROMPIÓ EN LLANTO.

-Cálmense señora Martínez, Florencia aparecerá. Yo mismo me encargaré que salga intacta. Edward la acompañó hasta una silla y le preguntó:

-¿Cómo es posible que ese tipo se encuentre en este país?

-Se escapó de la cárcel. Estamos hablando de gente de mucho dinero, con influencias e inteligencia-, dijo el padre de Florencia.

-Mauricio, mi seguridad, me ha explicado que el atentado estaba dirigido hacia ella. No ha habido muertos sólo heridos y al final, lograron su cometido. ¿Pero cómo la encontraron?

-Según nuestras fuentes, alguien de este país que tiene conexión con las pandillas de allá le avisó sobre un artículo que salió en una revista en donde aparecía Florencia. Lo demás ya lo sabes, le dijo el padre de Florencia: Carlos Martínez.

Edward meditó para sus adentros:

-¡QUÉ DESGRACIA! SABÍA QUE ESA LABOR ALTRUISTA NO LA IBA A LLEVAR A NADA BUENO.

El iPhone de Edward interrumpió el silencio de la sala. Él contestó en el momento. Era Mauricio, quien le dijo:

-Dr. Morga, hemos encontrado el móvil de la señorita Martínez pero aún no hemos encontrado rastros de ella. El FBI también está apoyando en la búsqueda por las características del delincuente. Pero a esta hora, aún no hay nada.

Edward entrusteció pero no perdió la esperanza. Le agradeció a Mauricio y le exigió que cualquier novedad se la comunicara a la hora que fuera. Estaba realmente desesperado. Ya casi se cumplía una semana de la desaparición de Florencia y no habían descubierto nada. Trataba de no pensar en lo peor pero le aterraba la idea de no tener noticias de ella.

CAPÍTULO XIX

Conversando con el Asesino

Florencia por su parte, llevaba varios días sin saber nada de Alex. Él sólo entraba para tirarle pan o colocarle una botella de agua en el piso.

Según las cuentas de Florencia, llevaba en ese lugar una semana. Se había cambiado de ropa en dos ocasiones pero no se había podido duchar. Extrañaba el agua así como la sensación de la misma en su cuerpo. Solo disponía de un pequeño inodoro.

Trataba de mantenerse siempre activa haciendo un poco de ejercicios y colocando su mente en reflexión, pero cada vez era más difícil.

Una noche, en su onceavo día en ese lugar, Alex llegó. Entró en la habitación y se sentó en el suelo. Llevaba una bolsa plástica y de ella sacó un sándwich que se lo entregó a ella.

Florencia lo tomó y trató de devorárselo despacio. Sabía e intuía que serían pocos los festines de comida que se iba a dar, así que lo disfrutó.

Alex no probó bocado. Y una vez Florencia terminó de comer, comenzó a hablarle:

-Tuve una niñez llena de comodidades económicas. Todo cuanto deseaba me lo daban mis padres.

Florencia casi se atoró cuando comenzó a escucharlo. Jamás pensó que sus palabras hicieran eco en él.

-Sabía que con un berrinche podía obtener lo que quería-, continuó Alex. Así obtuve mi carro, mi pensión, mis estudios y hasta mi puesto de trabajo, le comentó Alex.

-¿Pero estabas herido, verdad?- , le preguntó Florencia.

-Sí.

-Y todos los que pudimos estar a tu lado para apoyarte no lo hicimos, agregó.

-¿A QUÉ TE REFIERES?-, quiso saber Alex.

-Hace poco asistí a una charla sobre la resiliencia, la cual definieron como la aptitud de una persona que en una situación tan adversa puede encontrar en ella alguna fortaleza para salir adelante, incluso, hasta mejorado. Es decir, los hechos de tu niñez, sean buenos o malos para ti no deben marcarte para dictar lo que serás en el futuro. Puedes cambiar, si lo intentas, si sacas lo mejor de ti y si existen “otros” que te ayuden en el proceso. Tus padres podían ser esos “otros”. También estaban los maestros, los compañeros de tu clase, tu médico, tus abuelos, tus hermanos, tus abogados, tu psiquiatra, tus terapeutas, tus abogados, el juez y hasta yo; y nadie de nosotros hicimos nada para cambiar tu destino. Nos dejamos someter bajo tu miedo e intimidación y eso lo único que propició fue que incrementaras tus traumas.

-Alex se le quedó viendo fijamente a los ojos y analizó cada una de sus palabras, sin decir nada.

Florencia estaba embelesada por el efecto que sus palabras estaban causando en Alex. Eso la motivaba a continuar hablando:

-Siempre me ha gustado recitar lo que el doctor Cyrulnik dice: “no hay herida que no sea recuperable. Al final de la vida, uno de cada dos adultos habrá vivido un traumatismo, una violencia que lo habrá empujado al borde de la muerte. Pero aunque haya sido abandonado, martirizado, inválido o víctima del genocidio, el ser humano es capaz de tejer, desde los primeros días de su vida, su resiliencia, que lo ayudará a superar los shocks inhumanos. La resiliencia es el hecho de arrancar placer, a pesar de todo, de volverse incluso hermoso”.

Alex se quedó callado y se levantó bruscamente de su silla. Se dio la vuelta y tomó la chapa de la puerta.

Florencia sumamente débil por la escasa comida que tenía en su estómago, se levantó como pudo del piso y tomó aire para concluir:

-No podías hacerlo solo debimos de haber actuado todos los que en algún momento estuvimos en tu vida. También la sociedad te debe algo, así como lo decía el doctor Cyrulnik: : “Cuando un niño sea expulsado

de su hogar como consecuencia de un trastorno familiar, cuando se le coloque en una institución totalitaria, cuando la violencia del estado se extienda por todo el planeta, cuando los encargados de asistirle lo maltraten, cuando cada sufrimiento proceda de otro sufrimiento, como una catarata, será conveniente actuar sobre todas y cada una de las fases de la catástrofe: habrá un momento político para luchar contra esos crímenes, un momento filosófico para criticar las teorías que preparan esos crímenes, un momento técnico para reparar las heridas y un momento resiliente para retomar el curso de la existencia”

Alex abrió la puerta finalmente y salió. Después la cerró con todas sus fuerzas. Florencia no pudo más y corrió hacia la puerta pero no pudo llegar antes que se cerrara. Decepcionada se tiró al piso y comenzó a llorar, a gemir y gritar. No podía más. Por fuerte que podía haber sido, su límite estaba próximo y no sabía cómo iba a terminar.

Se levantó con su orgullo caído y las ganas de dejarse morir. Pero luego de unos minutos en silencio y al entrar nuevamente en estado contemplativo, Florencia se juró que la próxima vez que lo volviera a ver, ella iba a actuar. No sabía cómo pero sí lo haría.

CAPÍTULO XX

La salida del cautiverio. “Cuida a Sebastián”.

Al día siguiente, la puerta se abrió con cuidado y Florencia observó la figura de un chico joven que entraba para dejarle un plato con comida, café y agua. Era el desayuno más completo que iba a probar, en casi dos semanas que iba a cumplir en cautiverio, según sus cuentas.

El chico entró y lo colocó en el suelo. Llevaba una mesita con el plato de comida. Después se paró erguido y le dijo:

-Alex ha salido y me ha encomendado que le dé esta comida y que me quede acá para cerciorarme que usted coma. Cuando termine, me ha indicado que le dé este paquete y la acompañe al baño para que se dé una ducha. Usted saldrá de este cautiverio pero Alex quiere que antes, se haga cargo de algo.

Florencia se quedó meditando las palabras del chico. Lo examinó para evaluarlo si podía golpearlo para salir huyendo pero resistió de la idea al verle unos protuberantes músculos en sus brazos. Además, el chico medía casi los dos metros y mostraba mejor condición física que ella.

Desistió de su idea y se concentró en comer. Tenía hambre y tomó la comida a toda velocidad. El chico no se apartó de ella en ningún momento. Cuando finalizó, le retiró el plato y la mesa. Se paró enfrente de ella y le extendió la bolsa color negro. Al mismo tiempo que se la entregó, le ordenó que la abriera. Florencia la abrió y sacó de su interior una blusa de color blanco, unos vaqueros azul negro y unas zapatillas tenis.

Luego de examinar la ropa, el chico la tomó del brazo y la llevó casi arrastrando al cuarto de baño. Al llegar, se metió con ella en el baño, le corrió la cortina y le ordenó que al cerrarla se desvistiera. Florencia obedeció cada una de sus palabras. Al finalizar de desvestirse, ella escuchó la voz de mujer que entraba al cuarto de baño.

En unos minutos, la mujer corrió la cortina y abrió la ducha para comenzarla a restregar por cada una de sus partes. Florencia mostró cierta incomodidad pero se abstuvo de negarse o de separarse de las manos de la mujer.

Con sólo sentir el agua en su cuerpo pudo experimentar un gran alivio. Sintió cómo la pureza del líquido le arrancaba el dolor y el sufrimiento de todos esos días de cautiverio.

Una vez la mujer le restregó el cuerpo y su cabello, cerró el grifo y le ordenó que se cubriera con una toalla blanca, completamente despercudida. Florencia obedeció palabra por palabra lo que le ordenaba la mujer. El chico que le había llevado de comer y llevado al baño, no se había retirado del lugar en todo ese momento. Permanecía como pegado al piso.

Una vez terminó de vestirse, la mujer que la había bañado le entregó un cepillo y una pasta dental. Y antes que ella comenzara a lavarse los dientes, la mujer la peinó y le desenredo el cabello. Cuando estuvo lista, la sacaron de la casa.

Al salir, Florencia sufrió un shock por la luz solar. Llevaba más de doce días sin estar expuesta a los rayos solares por lo que enfrentarse a ellos de una manera tan brusca le provocó dolor de cabeza.

Cuando se volvió a acostumbrar a la iluminación natural prosiguió el camino con sus captores. Llegaron a un camioneta negra, totalmente polarizada. Le abrieron la puerta y le ordenaron que se sentara. A la par de ella iba Alex, “el buzzo”, completamente arreglado.

Florencia jamás había vuelto a sentir por él ningún tipo de sentimiento. Pero al verlo ahí sentado a la par de ella y vestido de una forma tan casual pudo observar a aquél chico que tanto le gustó en sus primeros días. Parecía como que todo lo malo que le había hecho, estaba comenzando a borrarse.

De repente, Alex habló y de golpe. Florencia volvió a la realidad al escuchar que se dirigía hacia ella:

-Me voy del país. Y te dejaré en un lugar seguro para que lleguen por ti. Primero pasaremos por un parque. Ahí estará un niño que se llama Sebastián. Él lleva una mochila con todos los documentos que te dan la plena potestad para que lo críes tú.

Florencia, se quedó analizando las palabras de Alex, sobre todo las últimas y preguntó:

-*¿QUÉ HAS DICHO?*

-LO QUE ESCUCHASTE. SEBASTIÁN ES MI HIJO. Su madre fue una adicta al crack y ha muerto. Él tiene siete años. Habla perfectamente inglés y español. Pero no quiero que se críe en ese ambiente. Tú eres la más indicada para que lo adoptes.

-¿QUE? PERO... ¿QUÉ DIABLOS DICES? ¿CÓMO PUEDES DEJAR UN HIJO TUYO ASÍ COMO QUE FUERA UNA MASCOTA TIRADA? ES MÁS, CREO QUE A UN ANIMAL SE LE TIENE MÁS CONSIDERACIÓN. ¿CÓMO PUEDES PEDIRME A MÍ QUE HAGA ESO?-, le gritó Florencia.

-¿QUIERES TU LIBERTAD O MORIR? ¿QUIERES RECUPERAR A UN SER HUMANO QUE PUEDE CAMBIAR LA VIDA DESDE PEQUEÑO? ¿O QUIERES OTRO “BUZZO” QUE “DAÑE A LA SOCIEDAD”?

Florencia guardó silencio por un momento. Contempló la idea del niño y de su vida. Visualizó lo que sería su vida con un niño que no era suyo sino del tipo que la había dañado y, lo peor de todo, que había matado a su hermano.

-No creo que lo pueda hacer-, le dijo finalmente a Alex. Pero su frase sonó como una súplica. Alex hizo caso omiso de la súplica de Florencia. Y después de ese momento, ninguno de los dos volvió a tocar el tema.

Luego de haber caminado unas horas, la camioneta se estacionó en un garaje y en unos minutos, salió un niño de aproximadamente nueve años. De cabello castaño, ojos color miel, tez blanca y delgado. El niño era bastante simpático. Caminó directamente hacia el vehículo y esperó que un hombre le abriera la puerta.

CAPÍTULO XXI

Sebastián

Florencia lo vio de frente y se percató de lo lindo que era ese niño. Éste levantó la mirada hacia ella y la saludó con un breve movimiento de manos. Después se sentó a su lado.

Alex arrancó el auto y la camioneta se incorporó de nuevo a la carretera. Ya en plena autopista, Alex lo miró y le dijo:

-Sebas, ella es Florencia, la persona de la que te he estado hablando en días. Ella se hará cargo de ti.

Sebastián no dijo nada y solo movió su cabeza como señal de aprobación

-Sebas, le dijo, Alex: Yo me iré fuera del país y no sé cuándo regresaré. Florencia se hará cargo de ti por ese tiempo. ¿Estás de acuerdo?

Florencia se quedó callada, no pudo decir que no. La cara angelical del niño se lo impidió.

Sebastián la volvió a ver y se le quedó viendo fijamente por un buen rato. Al final, le dijo:

-¿Tengo alguna otra opción, papá?

-Tú sabes que no, Sebas. Además, la vida con ella será más fácil que la que viviste con tu madre.

-PERO YO QUIERO ESTAR CON VOS, PAPÁ-, le suplico el niño casi llorando.

-Florencia se sintió incómoda por la situación. Le partía el corazón ver a un niño así de frágil y suplicando a su papá que se quedara con él.

Al levantar la vista y ver a Alex, se percató que estaba haciendo un gran esfuerzo por no desmoronarse. El sentimiento de padre puede llegar a afectar a cualquier hombre por más duro que parezca, se dijo para sí, Florencia.

-No puedes, Sebas-, le respondió Alex. Te he explicado hasta el cansancio. Debes quedarte con Florencia.

Sebastián se quedó callado y volvió a ver hacia la ventana del coche. Su lucha había sido inútil, su padre no iba a acceder a que se fuera con él. Así que sólo le quedaba ajustarse de mejor manera a su nueva situación.

Florencia reaccionó y habló:

-Sebastián: a los dos nos ha afectado esta noticia de que ahora estaremos juntos. Te pido tu comprensión así como yo te prometo la mía. Pero creo que tu padre tiene razón. Lo mejor para ti es que permanezcas lejos de sus problemas y que nos enfoquemos en tu estudio. Yo prometo tratar de cuidarte, no como tu madre pero sí haré mi mejor esfuerzo.

-MI MADRE, NO ME CUIDÓ NUNCA-, le recriminó Sebastián a Florencia. SIMPLEMENTE VIVIÓ SU VIDA. YO ME CUIDO SOLO. PERO MI PAPÁ ME HA DICHO QUE TÚ ERES DIFERENTE Y ME TRATARÁS DE PROTEGER.

Florencia sintió ganas de llorar al escuchar esas palabras del niño. Y comenzó a meditar en tantísimos videos que había visto sobre la vida de los hijos de las pandillas y en cómo éstos se perdían en ese ambiente tóxico en el que vivían. También se acordó sobre los documentales que había visto, en los cuales algunos expertos afirmaban que en el factor prevención estaba la clave para salir de ese problema. Y a la edad de ese niño, se podían aún corregir muchas cosas.

-¿Te parece si tratamos de hacerlo juntos?- , le preguntó Florencia a Sebastián.

El chico se le quedó viendo y le esbozó una pequeña sonrisa como de complicidad.

Florencia supo que con ese comentario había dado en algún punto sensible del niño. Así que ya no dijo nada y le colocó su mano sobre la palma del niño. El chiquito no dijo nada y hasta pareció agradarle ese pequeño contacto.

La camioneta siguió su camino y llegaron hasta el aeropuerto de San Francisco. Después de estacionarse, Alex los bajó del coche, recogió su maleta y se encaminaron hacia el interior del aeropuerto. Antes de separarse de ellos, le dijo a Florencia:

-Te dejaré un móvil en el que el único número que aparece es el de tu novio Edward. Lo llamarás exactamente en una hora y media que yo me haya marchado. Esperarás sentada en esas salas sin llamar la atención y una vez llegue la hora, LO LLAMARÁS y le dirás a dónde estás. Explícale que tiene GPS y él sabrá cómo usarlo.

Florencia lo miró fijamente a los ojos y le dijo:- ¿Te irás?

-Sí, le dije. Cuida a mi hijo. No puedo pedirte cómo pero él no tiene nada que ver con mi comportamiento. Creo que eso tú sabes cómo entenderlo mejor que yo.

Luego se arrodilló frente a Sebastián y le dijo: Sebastián, cuídate, hijo. Sé que llegarás muy alto en la vida. Florencia es una buena mujer y sabrá cuidar de ti. Hazle caso y sigue su ejemplo.

Lo abrazó y pareció que a Alex se le cayó una lágrima de su ojo derecho. Florencia se incomodó por la escena. Jamás había visto ese lado tan sensible de Alex. Es más, no recordaba que en algún momento él fuera sensible; pero ahora frente a su hijo, los papeles se habían transformado.

Alex se levantó después de tener abrazado por un largo rato a Sebastián. Vio a los ojos a Florencia, se le acercó y le dio un beso en los labios y le dijo:

-Por los buenos tiempos.

Se dio la vuelta y al llegar a medio metro, volteó su cara y le dijo a Florencia:

-El móvil te avisará cuando sea la hora que tengas que marcar el número. En la lista de contactos solo está el número de Edward. Hasta pronto. Y se marchó.

Los dos extraños se quedaron contemplando cómo Alex se alejaba de ellos y se adentraba a uno de los pasillos colmados de gentes de las áreas terminales.

Luego de un largo rato en ese estado contemplativo, Sebastián, le dijo a Florencia:

-*¿Quieres tomar una taza de café conmigo?*

Florencia bajó la mirada y le dijo:

-*Sí, me gustaría pero no tengo dinero.*

-*Yo sí-, le dije el niño y todavía agregó: -y me alcanza para invitarte a comer algo sencillo con el café.*

-*Pues acepto, le dijo Florencia.*

Ambos se dieron la vuelta, sin decirse nada. Y se dirigieron hacia el primer local que vendía café. Se sentaron en una mesa y el mesero les llevó el menú.

Pidieron dos tazas de café americano acompañadas de dos órdenes de pan dulce.

La situación no era incómoda pero sí inusual para ambos; por esa razón, parecía que no tenían temas de los que hablar.

-*¿Fuiste novia de papá?-*, quiso saber Sebastián.

Florencia se quedó meditando las palabras que iba a decir:

-*Digamos que sí.*

-*Papá me habló mucho de ti en estos días. Me dijo que eras buena persona y muy fuerte.*

Florencia se quedó callada meditando las palabras del niño y concluyó, en sus adentros, que no podía fallarle. Ella era la única persona relativamente cuerda, en el mundo de ese infante, que podía sacarlo adelante. Se imaginó la vida de ella después de este incidente y comenzó a pensar cómo iba a tomar toda esta situación Edward.

Comenzó a sudar de la frente y esa era señal que estaba nerviosa. Sebastián lo notó y le llamó la atención tanto que no pudo dejar de preguntarle:

-*¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa?*

-Un poco, Sebas. Tenerte a mi lado y tratar de sacarte adelante no es fácil. Es un cambio en mi vida. No es que quiera renunciar a ti pero la verdad es que es una situación nueva y diferente. No sé cómo podría salir avante de ella.

-Mi mamá nunca se preocupó por eso. A ella sólo le importaba tener dinero para comprar su “piedra”. Mi papá y sus colaboradores se ocupaban de mí y de mi educación. Sin ellos yo no podría leer ni escribir ahora.

-¿Sabes algo de tus abuelos maternos?

-No-, le dijo Sebastián. Sé que echaron a mi madre de la casa cuando ella tenía quince años y no los volvió a ver nunca. Y de los otros abuelos, jamás he escuchado nada.

Florencia se le quedó viendo y, de repente, se acordó del móvil. Sólo faltaba media hora para llamar a Edward y tenía que pensar rápidamente. Lo que sí tenía claro era que el niño no debía alejarse de ella en ningún momento. Y eso se lo debía de decir a Edward al sólo escuchar su voz.

Por otro lado, ella no iba a romper el trato de llamarle antes de la hora que Alex le había indicado. La vida no sólo de ella, sino también la de Sebastián, estaban en peligro.

Trató de relajarse y cambiar el tema para que los minutos no se le hicieran eternos.

-¿Fuiste a la escuela?

-Sí. Iba a una escuela que estaba lejos de casa, donde nadie me conocía y no debían de saber de mi mamá. He llegado a cuarto grado y mis notas no eran tan malas. Por lo menos no dejé grados.

-Te felicito-, le dijo Florencia.

-Gracias. Tenía un compañero que siempre me decía que debíamos de salir bien. Además, mi profesora de ciencias, siempre me decía que estudiara. Ella sí sabía el problema de mi familia porque el guardaespaldas que me cuidaba se lo había dicho por indicación de mi padre.

Florencia observó de nuevo la hora en el iPhone y se percató que para la hora indicada por “el buzzo” sólo restaban cinco minutos.

Su pensamiento voló en cuestión de milésimas de segundo y dijo:

-*¿Sebastián, tienes dinero como para pagar un taxi?*

-*Creo que sí, le dijo el niño.*

-*Entonces vámonos. Iremos al apartamento de Edward Morgan.*

Sebastián se levantó de su asiento pero antes dejó el pago por el café y los acompañamientos.

CAPÍTULO XXII

¿Quieres ser mi esposa?

En cuestión de segundos ambos iban a la par y se dirigieron a la salida del aeropuerto Internacional de San Francisco. Al salir del edificio principal, Florencia llamó un taxi e inmediatamente ambos entraron al coche. El conductor era un dominicano que los saludó con su clásico acento. Florencia se sintió relajada y dio la dirección hacia donde se dirigían.

Sebastián trató de preguntar algo a ella pero Florencia levantó sutilmente su mano en señal de que no era el momento. Lo que menos deseaba era llamar la atención del chofer para, de esa manera, evitar arrestos.

Los tres en el auto guardaron silencio hasta la llegada al apartamento de Edward.

Al estacionarse enfrente del edificio, Sebastián fue el primero en salir del coche. Luego lo siguió Florencia, quien se detuvo a pagar al taxista.

El niño no podía disimular su asombro ante tan imponente edificio. Florencia, por su parte, se quedó observándolo un rato hasta que le tocó el hombro y le dijo:

-Ven, entremos, ahí adentro nos van a ayudar.

Aprovecharon el momento que un inquilino del condominio salía del mismo y ellos entraron. Llegaron al ascensor, entraron y Florencia lo dirigió hacia el nivel del piso de Edward. Al abrirse las puertas, ambos salieron del elevador y Florencia se quedó parada contemplando la puerta del apartamento de Edward.

No sabía nada de él desde el atentado pero deducía y suponía que estaba bien e ilesa. Pero no estaba completamente segura. Tuvo

miedo de que al tocar y abrirse la puerta se encontraría con una mala noticia.

Por otro lado, Sebastián estaba realmente impresionado por el lujo del lugar. Jamás, en su vida con su madre había pisado un edificio como ese. El chico estaba acostumbrado a vivir en refugios temporales o en lugares donde, junto con otras decenas de indigentes, comían y dormían gratis.

Comenzó a recordar el estado deplorable de su madre, cuando instintivamente frenó esos malos recuerdos y levantó la vista a Florencia. La contempló desde su altura y observó cómo su frente comenzaba a sudar, entonces se dijo para sí:

-Está nerviosa, pero ¿por qué?

No pudo más y le tomó una mano al momento que le dijo:

-¿Pasa algo?

Florencia volvió en sí y bajó su mirada al niño de piel blanca y cabello rubio que le estaba hablando, y le respondió:

-No... ven... vamos... toquemos el timbre.

Caminaron hacia la puerta y cuando se ubicaron enfrente y cercanos a la misma, Florencia tocó el timbre dos veces.

Detrás de la puerta se escuchó la voz de un hombre que dijo:

-Veremos qué novedades nos traen los agentes.

Florencia reconoció esa voz y se alegró mucho al constatar con sus oídos que Edward, aparentemente, estaba bien.

La puerta se abrió rápidamente y después de mucho tiempo, esos dos pares de ojos, que alguna vez se vieron por primera vez en la oficina de los Morgan, se volvieron a encontrar.

Edward abrió los ojos cuanto pudo y abrazó a Florencia con todas sus fuerzas, al tiempo que comenzó a gritar:

-Florence ¡Bendito Dios! ¡ESTÁS VIVA!

Y comenzó a besarla en la boca, en las mejillas y luego por las orejas. Sus manos tampoco se quedaron cortas: Comenzaron a tocarla en los brazos, la cabeza, la espalda, sus piernas...

Edward pudo sentir cada extremidad de Florencia y de esa manera se aseguró que estaba completa.

Florencia estaba en éxtasis: al momento que Edward comenzó a abrazarla y luego a besarla, soltó de su mano a Sebastián. En su mente y en su cuerpo, sus más íntimos deseos afloraron de una sola vez. No fue capaz, así como en otras circunstancias de controlar “sus aguas” y éstas se derramaron en un impresionante caudal.

Al escuchar los gritos de Edward, los padres de Florencia y Mauricio corrieron a la puerta. Al llegar, la pareja se separó y Florencia pudo contemplar de nuevo a sus padres. El primero en salir a abrazarla fue su padre. Éste corrió y se lanzó sobre ella diciéndole:

-*BENDITA MI VIRGEN que estás completa y viva. TE AMO, HIJA.*

Y la colmó de besos. Florencia sintió cómo su cuerpo se iba relajando. La adrenalina que días atrás, la había mantenido en completo estado de alerta, iba cayendo de nivel hasta recuperar los niveles normales. La mamá de Florencia se unió al abrazo entre padre e hija y agregó:

-*PERDÓNAME, Florencia. TE AMO.*

La escena era realmente significativa. Edward, que pocas veces había llorado en su vida, no pudo resistirse a derramar algunas lágrimas. Igual sensación sacudía el rostro de Mauricio, aunque con menor intensidad, derramó algunas lágrimas.

Después de unos minutos, Florencia casi se desmayó pero los brazos de Edward lograron que no cayera en el piso. Al controlarla y abrazarla por completo, se la llevó a la sala donde la sentó en el sillón más grande para esperar la reacción de ella.

Al acostarla en el mueble, Edward se dirigió a Mauricio y le ordenó:

-*LLAMA AL DOCTOR y luego a los oficiales.*

Florencia escuchó la indicación y trató de levantarse pero no pudo.

Edward se le acercó y le dijo:

-*No te levantes, ¿Quéquieres decirme?*

Florencia se le acercó al oído y le susurró:

-*¿Tienes que llamar a los oficiales de policía?*

-*POR SUPUESTO. Tu búsqueda ha sido coordinada con ellos. Además el tipo que te secuestró es buscado por narcotráfico-, le respondió Edward.*

-*No hables tan fuerte, por favor, Edward-, le suplicó Florencia.*

-*¿POR QUÉ? ¿QUÉ PASA?-*, le preguntó, Edward.

En ese momento, Florencia dirigió su mirada a Sebastián, quien se encontraba detrás de toda la escena.

Las miradas de Edward, de los padres de Florencia y Mauricio, se dirigieron hacia el niño.

Sebastián no pudo dejar de sentirse mal cuando todos los presentes se percataron de su presencia. En todas las escenas que Sebastián había observado al entrar a aquel lujosísimo apartamento, su rol había consistido, en un primer momento, en cerrar la puerta del piso y en segundo lugar, en ubicarse fuera del escenario principal.

Tenía miles de preguntas para hacerle a Florencia, principalmente cuando Edward la había besado y tocado de esa manera.

Cuando todos los presentes lo notaron sintió miedo y muchas ganas de salir corriendo de ahí, así como muchas veces lo había hecho cuando su madre y él robaban comida en algún lugar.

Pero esta vez, Sebastián sabía o mejor dicho, intuía, que la situación era diferente. Así que permaneció firme y serio frente a todos los presentes.

Florencia desde el sillón notó el malestar en Sebastián y lo llamó con sólo extenderle la mano. El niño entendió el mensaje corporal y comenzó a caminar en medio de todos, hasta llegar a la par de Florencia. Al situarse frente a ella, se sentó a un lado y esperó sin decir nada.

Florencia tomó la palabra:

-Este es Sebastián. Es un niño que he rescatado del submundo y ha quedado bajo mi responsabilidad. Ella no pudo elaborar mejores palabras o frases para explicar la presencia del niño.

Edward abrió los ojos y trató de decir algo pero prefirió guardar silencio.

Los padres de Florencia se volvieron a ver y comprendieron que detrás de esa brevíssima explicación había algo más. Pero no preguntaron nada hasta que el niño no estuviese presente.

El silencio reinó en el espacio por unos largos minutos.

Edward fue el primero en actuar. Se levantó del sillón y tomó su iPhone para llamar a un médico general y a un pediatra para que llegaran a su piso. Después de eso, se dirigió a la cocina para llenar dos vasos de agua. Regresó a la sala y se los dio a Florencia y al niño.

-¡Gracias! le dijeron ambos.

Edward se sentó de nuevo en el sillón y le levantó la cabeza a Florencia para que ella reposara en sus piernas. Florencia no opuso resistencia y se dejó guiar por él. Al momento que comenzó a acariciar su cabellera, Edward le dijo:

-Florencia, te llevaré a mi cama y te acostaré hasta que llegue el doctor y los policías.

Luego se dirigió a los padres de ella y les indicó:

-A ustedes, les pido que lleven a Sebastián a la otra habitación y lo acuesten en la cama hasta que el médico lo revise.

Todos atendieron las ordenes de Edward y cada quien se dirigió al lugar establecido.

Cuando Edward y Florencia llegaron a la habitación, la desnudó y le colocó un lindo camisón de seda color marfil. Luego la acostó en su cama y se colocó a su lado.

La abrazó y le besó la mejía hasta que se percató que Florencia se había quedado dormida.

Edward tenía miles de preguntas que hacerle pero prefirió que antes la revisara el doctor y de esa manera evitar alguna recaída de salud. Por otro lado, trataba de restarle importancia al secuestro porque al final de cuentas, ella estaba ahí, entre sus brazos, sana y salva.

También quería saber de ese niño y cómo había llegado a Florencia pero finalmente, se dijo: -Todo a su tiempo-.

Durante el período que Florencia se encontraba desaparecida, Edward meditó mucho sobre su comportamiento y arrebatos abruptos que había tenido con ella y que al final, en vez de unirlos; lo habían separado. Al final, su conclusión era: evitar arrebatos de preguntas, de argumentos, de formalidades y sobre todo, dejar de pensar que el deber ser siempre debía imponerse entre ellos.

Florencia durmió como una hora, aproximadamente.

Edward a su lado, no soportó más tenerla tan cerca y no hacerla suya de nuevo. Por eso comenzó a acariciarla suavemente con sus manos. Primero rozó sus pechos, luego su vientre y luego una de sus manos se deslizó a su trasero.

No podía controlar su deseo y su entrepierna comenzó a abultarse. Florencia, por otro lado, fue despertándose poco a poco. Ella, al igual que Edward, también deseaba y anhelaba perderse de placer pero su raciocinio la hizo caer en la cuenta que debía confesarle la verdad a Edward. Por eso se dio la vuelta y al quedar de frente, le dijo:

-Edward, debo de confesarte algo.

Él esperó en silencio que ella comenzara a hablar.

-Sebastián es el hijo de “el buzzo”, de Alex, que es el marero.

Edward se separó bruscamente de ella y se sentó en la cama dándole la espalda.

Florencia notó la incomodidad y se sentó a su lado para suplicarle:

-EDWARD, POR FAVOR, DÉJAME EXPLICARTE.

Él se quedó estático.

Florencia aprovechó el estado de Edward y agregó:

-*Sebastián vivía con su madre en este país, pero ella falleció. "El buzzo" se quedó con el niño unos días y justamente el día que me liberaron, me lo entregaron con todos los papeles para que me quedara con él.*

-*¿QUÉ SIGNIFICA: ME LO ENTREGARON CON TODOS LOS PAPELES? Preguntó, Edward en tono inquietante.*

-*Pues... supongo que para quedarse connigo y hacerme cargo.*

Edward no pudo soportar más. Trató de calmar su carácter y sobre todo medir las palabras que iba a decir para que éstas no fueran a dañarla o lastimarla y evitar que Florencia volviera a salir de su vida por su culpa. Se levantó de la cama de forma brusca y comenzó, con ambas manos, a frotarse la cabeza al tiempo que comenzó a hablar:

-NO PUEDO CREER QUE EL TIPO QUE TE VIOLÓ REPETIDAMENTE, QUE ABUSÓ DE TÍ, QUE HIZO PEDAZOS TU VIDA Y LA DE TU FAMILIA CON LA MUERTE DE TU HERMANO, AHORA NECESITA DE TU AYUDA.

Florencia sentada en la cama bajó su mirada hacia al piso y no dijo nada porque, en esencia, el argumento de Edward era cierto.

-*Fue mi pasaporte para que me dejara en libertad. Por más cruel que parezca este comentario, le dijo ella.*

-DE ACUERDO, LE DIJO EDWARD. PERO AHORA ERES LIBRE Y ESE NIÑO DEBE IR A SERVICIOS SOCIALES.

Florencia levantó la mirada y le respondió:

-*NO, NO puedo hacer eso.*

-¿A QUIÉN DIABLOS NO PUEDES HACERLE ESO, FLORENCE? ¿AL NIÑO O AL PADRE? ¿QUÉ DIABLOS HA PASADO ENTRE USTEDES EN ESTOS DÍAS?

Florencia se acercó a Edward de manera brusca y le gritó:

-*¿QUÉ DIABLOS TRATAS DE INSINUARME?*

Pero el inicio de este altercado fue interrumpido por la entrada a la habitación del médico y de los agentes de la policía.

-*Buenas tardes, dijeron los recién llegados.*

Edward y Florencia se separaron y guardaron distancia entre ellos. El doctor se dirigió hacia ella y le dijo:

-*Voy a examinarte y tomar algunas muestras de sangre. Necesito que te sientes en la cama. Mi nombre es Charlie Ortiz.*

Florencia obedeció la indicación del médico y regresó a la cama y se sentó.

Los tres agentes federales se presentaron:

-*Nosotros somos Cristofer, Laura y Benjamín y necesitamos hacerle algunas preguntas.*

Edward se dio la vuelta y emprendió su retiro de la habitación, pero Florencia se percató y le gritó:

-*¿A DÓNDE CREES QUE VAS, EDWARD MORGAN? QUIERO QUE TE QUEDES ACÁ Y ESCUCHES CADA UNA DE MIS RESPUESTAS.*

Edward obedeció y se sentó en una de las sillas de la habitación.

La agente se colocó frente a Florencia y comenzó el interrogatorio:

-*¿Cuántos captores habían con usted?*

-*Al inicio sólo fue “el buzzo”. Hace dos días una mujer y un joven se encargaron de mí. Luego que me subieron a la camioneta no los volví a ver.*

-*¿Hacia dónde la llevaron, señorita Florencia? Preguntó Benjamín.*

-*Primero a un parque donde recogimos a Sebastián y luego nos llevó al Aeropuerto de San Francisco. Ahí se despidió del niño y tomó un avión.*

Los agentes se volvieron a ver, extrañados de cómo un delincuente se desplazaba libremente en el aeropuerto.

Benjamín agregó de nuevo:

-*¿Cómo llegaron hasta acá?*

-Sebastián tenía dinero y pagamos un taxi. “El buzzo” me dio un móvil para que le hablara a Edward justo en el tiempo que él estableció.

-¿Por qué no lo hizo?- , preguntó Cristofer.

-No creo que ese ambiente fuera el mejor para llamarlo y exponerlo a una venganza por parte del “buzzo”. Tampoco era el mejor espacio para hablar sobre Sebastián. Entonces decidí venir acá.

-¿Tiene el aparato que le dejó “el buzzo”, señorita Martínez?- , preguntó Laura.

-Sí, se encuentra en mi ropa.

-Tendremos que tomarlo y examinarlo, agregó Laura.

-Señorita Martínez: ¿Fue abusada sexualmente o de otra forma por “el buzzo”?-, preguntó Benjamín.

-¡NO!-, respondió enfáticamente Florencia.

-¿Estuvo o cree que fue consciente todo el tiempo que estuvo cautiva?

-SÍ. Llevé una cuenta de los días ahí y me ejercitaba constantemente para no perder la perspectiva.

Florencia terminó de hablar y dirigió sus ojos a Edward que no le había quitado la mirada desde que el agente había comenzado a preguntarle sobre el abuso.

-¿Le hizo alguna cicatriz nueva?- , preguntó Laura.

Florencia abrió los ojos y volvió a ver a Edward. Dedujo que él había relatado a los agentes los abusos cometidos por “el buzzo”.

Al final de sus reflexiones habló:

-No me hizo ninguna cicatriz nueva. Esta vez fui fuerte, respondió Florencia.

-¿En qué fue fuerte?- , preguntó Cristofer.

-Ahora yo no le tuve miedo y no me dejé intimidar. Creo que al mostrarle esas dos cosas logré calmarle su “pasión” y “deseo” por violarme y

matarme.

-¿Habló con él?- , le preguntó Laura.

-Sí. Traté de hacer que recapacitara, que cambiara y que no se dejara definir por lo que había sido su vida pasada, por sus malas acciones. En algún momento creo que toqué algunas o una de sus partes más sensibles y entonces cambio de decisión. No lo sé, a ciencia cierta, pero al final estoy acá.

Edward se paró de la silla y se dirigió al lado de ella. Se sentó, la abrazó y se le acercó al oído para decirle:

-Lo siento realmente. Perdóname.

-No tienes que disculparte. Creo que yo actuaría igual al verte regresar con un niño que es hijo de alguien que te hizo daño, le respondió Florencia.

-¿Quién es la madre del niño?- , preguntó Laura.

-No lo sé. Por lo que “el buzzo” me dijo y por lo que Sebastián me ha comentado, era una mujer adicta al crack, que falleció. Cuando “el buzzo” se despidió de mí, sólo me dijo que me haría cargo del niño.

Edward le soltó la mano. Le molestaba que la existencia de ese niño fuera un enlace para que “el buzzo” no dejara de perseguir a Florencia.

-Tendremos que hablar con el niño e interrogarlo-, comentó Cristofer.

-De acuerdo, le dijo Florencia y agregó: -Con lo poco que he hablado con Sebastián me ha dicho que veía muy pocas veces a su padre-.

-También buscaremos a sus familiares y si no encontramos a nadie deberá ser entregado a servicios sociales.

-¡NO! gritó Florencia y agregó: Sebastián ha sufrido demasiado y es un niño muy inteligente. “El buzzo” me dijo que había dejado todos los papeles arreglados para que yo cuidara de él.

Edward se levantó de la cama y le preguntó:

-¿Y desde cuando le crees incondicionalmente a ese asesino?

Florencia no supo qué decir y se sentó de nuevo en la cama.

El doctor aprovechó el impasse para preguntar:

-¿Han terminado, caballeros? He realizado los exámenes de rutina pero ahora tengo que tomar muestras de sangre y vaginales. Así que les pido que salgan todos.

Todos los presentes salieron de la habitación y se dirigieron a la sala. Ahí se encontraban los padres de Edward. Ambos salieron a su encuentro y lo abrazaron, a la vez que le preguntaron:

-¿Cómo está Florencia?

-Bien, creo-, contestó a medias.

-¿Y el niño?-, preguntó Matheo.

-No lo sé. Los padres de Florence están con él.

Después de ese breve interrogatorio, Edward se dirigió a la cocina y se preparó una taza de café. Se la bebió pausadamente y esperó.

A los treinta minutos de haber dejado al doctor con Florencia, éste apareció en la cocina y le dijo:

-Señor Morgan, he tomado las muestras de sangre y la enfermera las ha llevado al laboratorio. Tendremos que esperar. Con relación al examen vaginal, no palpo desgarramientos, por lo que adelantándome a los resultados de las pruebas, puedo asegurarle que Florencia no sufrió ninguna violación o agresión sexual. Las marcas en su cuerpo y glúteos, también las he revisado y no he encontrado piel quemada o marcada recientemente.

Edward se relajó. Esas eran las noticias que deseaba escuchar del médico.

-Iré a ver cómo va mi colega con el niño. Si usted gusta, puede regresar a la habitación con ella-, le sugirió el doctor.

Edward dejó la taza sobre el lavatrastos y se dirigió a la habitación. Al entrar, encontró a Florencia sentada sobre el piso, a un lado de la cama, y llorando.

Edward sintió que el corazón se le desgarraba y fue hacia ella. La levantó cariñosamente del piso y la abrazó. Es ese momento Florencia estalló en llanto, así como la ocasión de su cumpleaños que lo abrazó y sollozó sobre su abrigo.

Luego comenzó a besarla de una forma tan tierna, que ambos comenzaron a entrar en calor. Edward estaba a punto de tumbarla sobre su cama, cuando la puerta de su habitación se abrió. Los doctores y oficiales entraron.

-*¿Qué pasa?-*, les dijo Florencia.

-Hemos revisado los papeles que porta Sebastián y no hemos encontrado en los mismos nada ilegal. Por otro lado, deseamos hablar con usted a solas-, comunicó el agente Cristofer.

Edward entendió la indicación y salió de la habitación cerrando la puerta. Llegó nuevamente a la sala. Ahí se encontraban sus padres.

Rosemarie le llamó para que se sentara a su lado. Y así lo hizo. Ella le dijo a su hijo:

-*Edward, ese niño es encantador.*

-Es el hijo del desgraciado que abusó de Florence y mató a su hermano, exclamó, Edward.

-*¡OH! por Dios, pobre chico. Exclamó Rosemarie.*

-*¿Qué harán con él?-*, preguntó Matheo.

-No lo sé, padre, pero parece que el desgraciado dejó todos los papeles legales para que Florence cuide de él.

-*¿QUÉ?-*, exclamó Matheo.

-*Pobre niño! expresó de nuevo Rosemarie.*

-*Madre, puedes dejar de decir esas cosas, le recriminó Edward.*

-ED, comprende. Ningún hijo puede elegir a sus padres. A éste le tocó doblemente malos ¿Qué crees que puede hacer?

Edward trató de entender el razonamiento de su madre y ser

empático con la situación. Pero no lo logró. Sólo pensar que ese niño significaba algún tipo de unión entre “el buzzo” y Florence, lo estaba matando. Además, no podía ver al niño sin imaginarse todo el abuso al que había sido sometida Florence.

Los padres de Florencia salieron de la habitación donde se encontraba Sebastián y se unieron al grupo que estaba en la sala:

-*¿Cómo está el chico?*-, preguntó Rosemarie.

-*Dentro de todo lo acontecido, es un niño fuerte*-, respondió el padre de Florencia.

-*Lo mejor de todo, dijo Glenda Martínez, es que Sebastián no vivió nunca con “el buzzo”. Él lo visitaba muy de vez en cuando pero nunca se fueron a vivir juntos.*

Al finalizar, Carlos Martínez intervino de nuevo:

-*El pediatra se lo llevará mañana al hospital porque deben de realizarle varios chequeos médicos.*

-*Lógico*-, dijo Rosemarie y agregó: *después de vivir con una adicta, de comer salteado y de no disponer de un buen cuidado de salud, ese niño debe estar, por lo menos, desnutrido y de talla baja.*

Carlos movió la cabeza para demostrar su aprobación al comentario de Rosemarie.

-*Lo que me llamó la atención es que cuando los agentes revisaron los documentos que el niño les entregó, se salieron de la habitación y llamaron a los dos doctores. Platicaron un buen rato y luego le inyectaron al niño algo para que descansara y se ha quedado dormido, relató la mamá de Florencia.*

-*¿Cómo está mi hija?* preguntó finalmente Carlos Martínez.

-*Ya la han revisado y se han llevado los exámenes al laboratorio,* contestó, Edward.

En ese momento, la puerta de la habitación de Edward se abrió y salieron los agentes, los doctores y Florencia. Ella se encontraba al final de los que salían del cuarto y su rostro se veía pálido.

Edward se levantó del sofá y caminó para colocarse a la par de ella, al momento que le preguntó:

-*¿Qué te pasa?*

Florencia lo miró a los ojos fijamente y le dio un brevísmo beso en los labios. Luego se dirigió a la sala tomada de la mano de Edward y comenzó a hablar:

-*Voy a quedarme con Sebastián.*

Edward la soltó de la mano al momento que comenzó a recriminarla:

-PENSÉ QUÉ ÉRAMOS UNA PAREJA Y DEBÍAMOS CONSULTARNOS MUTUAMENTE LAS DECISIONES A TOMAR.

-Lo siento, Edward, las circunstancias no me lo han permitido. Algún día lo entenderás.

-¿QUÉ CIRCUNSTANCIAS, FLORENCE? -Te exijo una respuesta-, le gritó Edward.

Los agentes y los doctores aprovecharon el largo silencio de Florencia para despedirse:

-Gracias por su colaboración. Seguiremos en contacto-, dijo Laura en nombre de todos.

El pediatra que había revisado a Sebastián, Marco Ariel, se despidió no sin antes recordarle a Florencia que la esperaban, junto con el niño, en el hospital a primera hora.

Florencia comprendió las indicaciones del médico y con relación a la pregunta de Edward, no la contestó, simplemente habló para suplicarle:

-Por favor, te pido que nos dejes pasar esta noche acá. A Sebastián le han dado una medicina que lo ha dormido y me han recomendado que no lo despierte hasta mañana.

Edward asintió moviendo su cabeza.

Florencia se fue a la habitación de Sebastián y antes de llegar, sus padres se le acercaron:

-Estamos contigo hija, en las decisiones que tomes. Mañana vendremos por ti y Sebastián y luego nos instalaremos en el apartamento que tenemos acá. Si quieres regresar a Malibú, hemos comprado una casa y pueden vivir ahí.

-Gracias, Madre.

Y se despidió de ellos abrazándolos y dándoles un beso. Florencia entró en la habitación donde se encontraba Sebastián y cerró suavemente la puerta.

Los padres de Florencia se despidieron de Edward y le agradecieron por dejarlos pasar ahí la noche. Luego se despidieron de los padres de Edward y salieron del piso.

Matheo y Rosemarie continuaban parados observando a Edward. No encontraban palabras para consolar a su hijo. Rosemarie fue la primera en hablar, antes de salir del piso:

-Esto es una situación apremiante. Sólo se compara cuando un barco se va a hundir y a los primeros que hay que salvar es a los niños y a las mujeres.

Edward se le quedó mirando a su madre con una mirada fulminante pero no dijo nada.

Matheo tomó ambos abrigos y luego le colocó una mano en la cintura a su mujer, al momento que le dijo:

-Ya nos vamos, cuídate y luego hablamos.

Edward se dirigió de nuevo a la cocina para tomarse otra taza de café. Nuevamente se la tomó pausadamente. Luego se fue a la sala y se sentó en el sillón más grande y encendió la televisión.

Vio un par de programas y se detuvo en uno que narraba las historias de adopción de algunos padres. Sin saber por qué dejó ese canal y se quedó absorto escuchando los relatos de los padres que adoptaban.

Muchos coincidían en lo difícil que les había sido no poder tener hijos y luego de muchos años habían tenido que abandonar esa idea y enfocarse en la adopción.

Cuando ya contaban con un hijo adoptado, la mayoría de los padres entrevistados coincidían en que padre no sólo es el que lo concibe sino quien está con sus hijos, en todo momento y los saca adelante.

El documental narraba que si había temores, el mayor de ellos es que la madre o los padres biológicos volvieran algún día y se los quisieran llevar. Pero ese temor es algo con lo que se debe luchar y tratar de no ver fantasmas donde no los hay.

Edward se sentía identificado con esos relatos. Siempre le había sido difícil la idea que lo dejaran o que perdiera a alguien que amara. Eso lo había sentido y experimentado con Florencia pero ahora la tenía de nuevo con él, en su apartamento.

-*¿Pero... el niño?*-, se dijo en silencio.

Esa era una realidad, en la cual no había pensado antes.

No había hablado con Sebastián, solamente se había limitado con observarlo. Le parecía un niño simpático y agradable pero aún no procesaba la idea que se uniera a ellos.

También se preguntaba cómo un niño, que aparentaba paz y tranquilidad, fuera hijo del “buzzo”.

Se levantó del sofá, apagó la televisión y se dirigió a la habitación donde se encontraban Florencia y Sebastián.

Al entrar, los encontró completamente dormidos y abrazados. No quiso despertarlos y optó por halar una silla y sentarse enfrente de la cama.

Así pasó dos horas sumergido en un silencio profundo: sin pensar, ni decidir nada, sólo contemplando la escena. Unos minutos después, Florencia comenzó a moverse y abrió los ojos. Al dirigir su mirada hacia el frente se encontró con Edward sentado en una silla frente de ellos.

Comenzó a soltarse de Sebastián hasta que lo logró sin que se despertara y se salió de la cama para dirigirse a Edward.

-*¿Qué haces acá? Le preguntó Florencia y agregó: ¿Por qué no estás dormido?*

Edward se quedó unos minutos en silencio, contemplando a la mujer que tantos cambios había imprimido a su vida. Al momento le respondió:

-¿Cómo quieres que me acueste lejos de ti?

Florencia comprendió el sentir de esas palabras y le respondió:

-Ven vámonos a la cama.

Ambos salieron de la habitación y se dirigieron a la de Edward y una vez adentro de la misma, él no pudo contenerse más y comenzó a besarla de una manera salvaje pero sin hacerle daño.

Sus manos comenzaron a explorar el cuerpo de Florencia y a la vez a quitarle la poca ropa que él mismo le había dejado. Ella tampoco se quedó atrás. Sus manos le desabotonaron la camisa y los pantalones y finalmente le bajó los bóxers y constató la plena erección del sexo de Edward.

Él la levantó del piso, la besó de nuevo, la acostó sobre su cama y cayó sobre ella para penetrarla de inmediato. Ambos llegaron al clímax de forma simultánea y cuando Florencia se rindió, Edward se acostó a su lado y le susurró.

-Te amo.

Florencia comenzó a llorar pero sin hacer ruido. Lloraba de felicidad. Edward la abrazó por completo y ambos se quedaron dormidos hasta el amanecer.

A la mañana siguiente, Edward fue el primero en levantarse de la cama. Florencia se quedó dormida entre las sábanas blancas.

Al abrir la puerta de la habitación sintió un rico aroma de comida y recordó que ese día su cocinera no iba a llegar. Se extrañó pero continúo caminando. Al llegar a la cocina se encontró con Sebastián que estaba preparando el desayuno y había colocado la mesa, de manera sobria y elegante.

-¿Qué haces?-, le preguntó Edward.

Sebastián, de lo asustado, dejó caer los platos y éstos se quebraron al sólo tocar el piso.

-*CÁLMATE!-, le indicó Edward y agregó: No es para que te pongas así.*

-*LO SIENTO! tuve miedo y los dejé caer. Perdóneme, por favor-, le suplicó Sebastián.*

El niño, tratando de enmendar su error, trató de inclinarse para recoger los pedazos de platos que se encontraban derramados en el piso, pero Edward le dijo:

-*NO, DÉJALOS ASÍ, te puedes lastimar. Eso lo haré yo.*

Y así lo hizo. Lo tomó de la mano y lo llevó hacia una silla donde lo sentó y después sacó una escoba, una bolsa y un recogedor y comenzó a limpiar el piso. Después limpió el piso con unos paños y al finalizar, dijo:

-*LISTO! Acá no ha pasado nada. Y se levantó. Al volver la mirada al niño se dio cuenta que a la par se encontraba Florencia y ambos lo observaban. Sus ojos se fijaron en ella y realmente se dijo para sí: "la amo y esta vez no la dejaré ir de mi lado. No seré nuevamente torpe con ella para dejarla escapar".*

Luego de unos minutos, Edward dijo:

-*Vaya, vaya. Ahora podemos pasar a desayunar-. Y en ese momento sacó nuevos platos de la alacena y comenzó a servir.*

Sebastián se fue a sentar en la mesa que él mismo había preparado: los cubiertos y las tazas estaban perfectamente ubicados.

Florencia se apresuró a ayudar a Edward y ambos terminaron de servir la mesa.

Al sentarse, los adultos comenzaron a comer pero Sebastián los interrumpió:

-*Podríamos dar las gracias. Es una costumbre que me enseñaron en los refugios donde dormíamos con mi madre.*

Edward dejó los cubiertos sobre la mesa. Florencia hizo lo mismo. Por un momento, ambos guardaron silencio y Sebastián comenzó a rezar, con unas breves pero emotivas frases:

-*Gracias Señor por estos alimentos y por compartirlos con ellos. Te*

pido los lleves a los más necesitados también. En el nombre de Dios.

Luego de esa breve oración, los tres comenzaron a desayunar. Edward felicitó al niño por lo bien que le había quedado la comida. Florencia se alegró por esa plática entre ellos y le pareció que las asperezas entre ambos comenzaban a disminuir.

Sebastián era un niño muy elocuente y bastante desarrollado para su edad. En medio del desayuno, se quedó callado y le dijo a Edward:

-Quiero agradecerle por permitirme quedarme a dormir anoche. Sé que mi padre ha sido mala persona pero yo no soy él, ni tampoco mi madre. También comprendo lo que me han dicho los oficiales y es que no podré quedarme contigo Florencia. Ellos dicen que Servicios Sociales se encargarán de mí. Pero también me han dicho que por mi afección cardíaca puedo tener algunas consideraciones para poder visitarte algunos días.

Florencia dejó caer el cubierto al plato, sus ojos se quedaron fijos sobre el niño y no pudo decir nada. Su frente comenzó a sudar. Era el signo evidente que estaba nerviosa y ansiosa.

Edward por su parte, también dejó sobre la mesa la taza de café que estaba en su mano. Observó los ojos de niño y dedujo que lo que decía era verdad. Luego volvió a ver a Florencia y vio que su rostro se desquebrajaba a pasos. Intuyó que ella no tenía ni idea de lo que el niño estaba diciendo. Tomó valor y le preguntó a Sebastián:

-¿A qué te refieres?

-Tengo la enfermedad que se llama Anomalía de Ebstein. Según lo que mi padre me dijo es un defecto congénito y nací con eso. También me dijeron que el tipo de anomalía que padezco está clasificada como grave.

Nadie le contestó a Sebastián por varios minutos. Florencia por su parte conocía de parte de los oficiales que tenía un problema cardíaco pero le dijeron que al día siguiente en el hospital se lo iban a confirmar. Jamás pensó que fuera algo tan serio y mucho menos que el propio Sebastián hablara de eso, tan francamente.

Edward por otro lado, se había quedado atónico ya que nunca había escuchado a un niño, de esa edad, hablar tan francamente de una enfermedad, menos en el caso que él mismo la padeciera. Se quedó meditando, hasta que recordó lo que en una discusión pasada,

Florencia le había dicho que vivía en un mundo de fantasías, en donde ese tipo de calamidades no existían. Se preguntó qué había hecho en todos estos años atrás. Parecía que había vivido en un mundo aparte y dentro de una cabina donde no pasaba nada.

Sintió remordimientos, aunque no le había deseado eso a un niño a pesar que ese chico era el hijo de un criminal y que indirectamente lo había afectado a él. También se preguntó por qué la vida era así, por qué a veces parecía que saldaba las cuentas con los seres que no tenían culpa de nada. Edward se sintió muy mal.

Sebastián comprendió que su comentario había impactado a sus oyentes pero no pudo decirles nada y siguió comiendo.

Florencia se levantó de la mesa, visiblemente consternada y se fue a la sala. Edward se levantó pero antes de ir por ella, se dirigió a Sebastián y le dijo:

-Lo que nos has dicho no es fácil de manejar, sobre todo, cuando no lo sabíamos. Te pido que sigas comiendo y nos esperes acá, por favor.

Después de esas palabras se dirigió a la sala y encontró a Florencia llorando enfrente del ventanal de su apartamento.

Edward la abrazó y le susurró al oído:

-La vida es un poco cruel, a veces, y no podemos entender cuáles son los designios de esas situaciones. Yo no te puedo decir por qué pero te pido que trates de comprender la situación. Debemos acompañar al niño al hospital y ver los resultados que se obtengan. Sebastián está solo, creo que siempre lo ha estado. ¿Hay algo que le dijiste al “buzzo” que lo hizo meditar sobre el niño?

Florencia se dio la vuelta y lo abrazó. Trató de llorar si gemir demasiado para que Sebastián los escuchara. Edward le dijo:

-Quiero decirte que en todo este tiempo he cambiado mucho mi forma de pensar acerca de los migrantes. Ya no los veo como una amenaza a este país; sobre todo porque estas tierras fueron aradas por migrantes, en los inicios. Además, los migrantes son personas con historias como todos nosotros y con unas grandes ganas de trabajar y lograr la mejora de sus ingresos para sus familias que han dejado atrás. Por otro lado, así como los nacionales, no todos los migrantes son delincuentes. La mayoría son personas preparadas y de buenas intenciones que buscan

estar mejor acá que en sus propias tierras.

-Tú, Florencia, me lo has demostrado con tus gestos, acciones, altruismo y forma de ser. No me puedo quejar de la tan buena profesora que he tenido. También me has enseñado a no clasificar a la gente por lo que simplemente veo; siempre hay algo más de lo evidente.

Florencia comenzó a llorar más fuerte y abrazó con todas sus fuerzas el cuerpo de Edward. Él había cambiado y ahora ella sabía que el hombre bueno y de gran corazón que era Edward ya no estaba oculto. Cuando ambos terminaron de abrazarse, regresaron al comedor. Ahí estaba Sebastián terminando de desayunar. Al llegar los dos de la mano, se sentaron a la mesa para acompañarlo pero ninguno probó más comida.

Al finalizar, Edward fue el que tomó la palabra:

-Vamos ve a lavarte los dientes e iremos contigo al hospital. Florencia, llamaré a tus padres para informarles que yo te llevaré al hospital.

Después de esa indicación, ellos también se fueron a arreglar y cuando todos estuvieron listos bajaron al sótano para tomar el vehículo. Dentro de la Cayenne, Sebastián iba anonadado ya que nunca se había subido a un vehículo tan lujoso. No perdió oportunidad de colmar de preguntas a Edward sobre el auto.

Florencia guardó silencio y prefirió escuchar la conversación entre los “caballeros”. Se deleitó de cómo Edward se extendía en explicaciones sobre su camioneta y ahondaba en los detalles de la misma.

Al llegar al hospital, los tres se dirigieron a la recepción y ahí los estaba esperando el pediatra que el día anterior había revisado a Sebastián.

Antes que el pediatra se retirara con el niño, Edward se le acercó y le dijo que después de realizar los exámenes de Sebastián, ellos necesitaban hablar con él. El pediatra accedió y le explicó que al terminar con las pruebas los vería en su consultorio.

Pasó hora y media hasta que el pediatra llegó a su consultorio. Como dos responsables padres, Edward y Florencia lo estaban esperando. Al sentarse en su sillón, el pediatra les explicó, lo que tanto temían:

-Sebastián padece de una enfermedad cardíaca, conocida como

Anomalía de Ebstein. Esta afección es congénita. Si ustedes se fijan, las uñas de sus manos son de color azul. Sus síntomas están catalogados de severos y hemos detectado un factor de riesgo y es que el organismo de Sebastián está produciendo coágulos y eso es un riesgo alto ya que éstos pueden viajar por el torrente sanguíneo hacia otras partes del organismo, como el cerebro y al llegar ahí se pueden generar accidentes cerebro vasculares.

Florencia gimió y se llevó ambas manos a su rostro. Edward se había quedado helado y sin palabras. Una noticia de ese tipo, jamás la había escuchado. Tomó fuerzas de debilidad y le preguntó al doctor:

-*¿Cuánto tiempo le queda de vida?*

-No lo sé, señor Morgan. Es difícil predecir el tiempo en este tipo de patologías. Algunos pacientes mejoran por un buen tiempo y otros tienden a decaer hasta desfallecer. Como ciudadano de los Estados Unidos recibirá el tratamiento requerido y Servicios Sociales cuidará de él. Ustedes pueden visitarlo. Les sugiero que hablen con el personal de Servicios Sociales y soliciten permisos para que puedan estar cerca. Por lo que he visto, ustedes, como pareja, representan lo más cercano a la estabilidad de una familia. Ese ambiente puede ayudar a su mejora. Le respondió el doctor.

Edward se tomó de ambas manos. Y se quedó contemplando la ventana que estaba a un lado del escritorio del pediatra. Florencia no dijo ni una sola palabra. Simplemente lloraba y gemía de forma discreta.

De repente, el doctor, les dijo:

-Debo retirarme. El personal de Servicios Sociales vendrá por Sebastián dentro de unas horas y se lo llevarán. Personalmente me encargaré de su tratamiento. Les sugiero que vayan a despedirse y que cuando lo hagan sea de una manera tranquila y sin llanto.

El doctor salió del consultorio dejando detrás a la pareja. Por un par de minutos después de su salida, ambos no comentaron nada; simplemente dejaron vagar sus pensamientos a la libertad plena. Edward se concentró en la ventana del consultorio, en la cual se contemplaba cómo el viento movía frenéticamente la copa de los árboles.

Florencia por su parte, centró su mirada en un punto fijo de la pared de enfrente. Centró sus pensamientos en lo irónico que era la vida. En

lo corto que se convierte cuando ya se habla de la muerte o cuando esta se encuentra esperando a alguien cercano:

-Todos vamos a morir algún día. La sorpresa de la muerte, es que no sabemos cuándo pero llegará tarde o temprano; para bien o para mal, pero llegará. Pero parece que se ve más injusta cuando se lleva a alguien a tan tempranas edades. Ahí la percibimos como injusta, se decía Florencia para sus adentros.

Edward también concentrado en sus pensamientos, recapacitaba en su interior:

-Nos aferramos tanto al éxito profesional y material que olvidamos que algún día tendremos que partir y dejarlo todo. Y hasta ese momento, recapacitamos en lo que no hicimos, por falta de tiempo, ganas, interés, complicaciones. He logrado éxitos en mi vida pero si los enumero, la mayoría de ellos se concentran en el área profesional y laboral.

En mi vida amorosa, he tenido a cuanta mujer he deseado o se me ha insinuado; pero al final, estoy solo... hasta ahora que he encontrado a Florencia pero he sido tan cobarde y he tratado de aplicar la rigurosidad de mis éxitos a mi vida amorosa y siempre que lo he hecho la he perdido. LA AMO y no me importan sus marcas, su pasado; realmente lo que me importa es lo que ahora puedo hacer y eso determinará mi futuro, el cual lo estoy construyendo desde ahora. Edward se levantó de la silla y se arrodilló ante ella. Florencia se quedó quieta y unas lágrimas salieron de sus ojos.

-Florencia, te amo. Eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mis días. No me importa que seas latina, aunque siempre tuve mi concepto erróneo de los migrantes pero tú me has enseñado que pensé mal y me dejé ir por estereotipos.

Luego de estas palabras, Edward hizo una pausa y preguntó:

-¿Quieres ser mi esposa?

-Sí, Sí, Edward.

Y Florencia se levantó. Ambos se levantaron, se abrazaron y se besaron de una forma frenética y amorosa.

De repente, el pediatra regresó al consultorio y al abrir la puerta se encontró con la esa bella escena.

-*Lo siento, dijo.*

Ambos se separaron y le dijeron al doctor que los disculpara.

-*No hay problema. Sólo les aviso que Sebastián ha finalizado los exámenes y el personal de Servicios Sociales ya está acá para llevárselo, pero el niño desea despedirse de ustedes-, dijo el pediatra.*

Ambos salieron del consultorio y se fueron a despedir de Sebastián. El niño y Florencia lloraron sin control por más de veinte minutos pero al final, comprendieron que no podían hacer nada y Florencia recapacitó que ese estado empeoraba la salud del niño. Así que tomó “fuerzas de debilidades” y le dijo:

-*Sebas, sabes que no estarás solo. Yo estaré pendiente de ti y te iré a visitar. Si necesitas algo, lo que sea, llámame.*

El niño agradeció las palabras de Florencia y comprendió que estas no eran sólo por compromiso.

Cuando finalmente el personal de Servicios Sociales se llevó a Sebastián, Florencia estalló en llanto y gimió sobre el hombro de Edward. Éste prefirió no decir nada y esperar que ella se tranquilizara. Por su experiencia con mujeres y especialmente con Florencia, comprendía que había un tiempo para dar soluciones y otro para escuchar y dar ánimos a la pareja. Ese momento precisamente encajaba en solamente escucharla.

Una vez Florencia se calmó, ambos salieron del hospital abrazados. Al llegar al apartamento de Edward, los dos se fueron a dormir y no platicaron más.

Al día siguiente, por la mañana, ambos se encontraron en la cocina y sin mediar palabras comenzaron a cocinar. Al buen rato, Edward le dijo:

-*Florencia, debemos prepararnos para la boda. Quiero casarme contigo lo más pronto posible. Florencia sonrió y aceptó la indicación.*

-*¿Tienes miedo de regresar a El Salvador?- Preguntó, Edward.*

-*NO, CLARO QUE NO. ¿Por qué lo preguntas?*

-*Porque quisiera que nos casáramos allá.*

-*¿Q U É? gritó Florencia.*

-*Sí, quiero conocer donde naciste-, respondió Edward.*

Florencia se le tiró a Edward y lo llenó de besos. Estaba emocionada por esa petición porque al final ella se lo iba a pedir.

Desde ese momento no perdieron tiempo. Tanto los padres de Edward como los de Florencia realizaron todos los preparativos para que se casaran. La familia de Florencia tenía una casa en un complejo habitacional cercano a la playa: Las Veraneras.

Los padres de Florencia llegaron a El Salvador veinte días antes de la boda para preparar todo. La casa en la playa era espaciosa y contaba con un amplio jardín. Este fue el lugar elegido por Florencia para celebrar la boda civil. Además, Florencia tenía un primo muy cercano a ella y que había sido el mejor amigo de su hermano Antonio, quien sería el que los casaría.

La boda religiosa se llevaría a cabo en La Ceiba de Guadalupe ya que Florencia era devota de esta Virgen. Asimismo, la estructura de esta iglesia se prestaba para adornarla con muchas flores.

Los novios llegaron una semana antes de la boda. Se hospedaron en la casa de Florencia que, aunque no era una mansión, era una casa confortable y con todas las comodidades.

Edward sudaba a chorros. No estaba acostumbrado a estar en climas tan templados pero después del segundo día, se adaptó mejor. La mayoría de las ocasiones, los primos de Florencia lo invitaban a salir. Compartió momentos muy agradables con ellos pero lo que más le impresionó fue lo amable y lo buen anfitriones que fueron. En ningún momento le dejaron que pagara algo, ni la gasolina.

Lo invitaban a comer, a tomar café, a conocer a toda la familia Martínez. En todos los lugares lo hacían sentir especial y en familia. El calor humano que se sentía en esa gente,-decía Edward-, no tiene comparación: se desvivían por darte lo mejor: comidas, ubicaciones en las mesas, bebidas y regalos.

A Edward también le llamó la atención que esa calidad en la gente no era sólo de la familia de Florencia. Las personas en los restaurantes, en los centros comerciales y en los lugares a los que iba, lo trataban

bien. Le sorprendió la amabilidad de las personas al saludar y dar los buenos días por las mañanas; en dar las gracias cuando recibían algo y el por favor, al solicitar algo.

Todas las sociedades tienen sus particularidades, se decía para sí, frecuentemente Edward. Pero lo que no debemos concluir es en definir por unas malas acciones a un país y mucho menos a sus ciudadanos. Así como en otras sociedades, siempre había gente buena y otra no tan buena; en esta sociedad de El Salvador pasaba lo mismo.

Detrás del problema de las maras, detrás del conflicto armado de más de dos décadas, había una sociedad con personas de buenos sentimientos y gente de trabajo. No todos eran malos y no todo lo que él veía en esta sociedad era malo.

El pasado, se decía Edward, no debe definir lo que será una nación, ni mucho menos sus ciudadanos. Eso estaba recontra comprobado en cómo varias naciones en Europa resurgieron después de la primera guerra mundial y ahora son economías desarrolladas.

Esos días fueron muy placenteros para Edward quien disfrutó de la playa como nunca lo había hecho antes. Cuando llegaron sus padres, se unieron a su descanso y también disfrutaron de la playa.

El Salvador cuenta con más de 342 kilómetros de playa, sol, arena y agua. Eso era algo que le había llamado poderosamente la atención a la familia Morgan. La hermana de Edward estaba encantada de poderse broncear.

Florencia, por su lado, disfruta de la estancia. Ella más que nadie extrañaba a su país y tenía varios años de no visitarlo. Así que esta vez que regresó disfrutó inmensamente cada minuto de su estadía. Extrañaba a Sebastián. Edward y ella no habían dejado de visitarlo desde que Servicios Sociales se había hecho responsable de su cuidado. Todos los sábados pasaban la tarde con él y ya se había hecho frecuente las visitas durante la semana. Edward y Sebastián se habían hecho amigos y platicaban mucho. Florencia percibía el cambio en Edward y se alegraba porque cada vez más ese lado humano, que antes no lo dejaba aflorar, estaba ahora más palpable. Lamentablemente, Servicios Sociales no había autorizado que el niño pudiera acompañarlos a El Salvador, por las razones lógicas. Aunque fue difícil de comprender para Florencia, al final, Edward logró que entrara en razón.

Sebastián se alegró con la noticia de la boda y les pidió que el día que se celebrara se la transmitieran por video en vivo. Para Edward fue fácil encontrar la manera de poder hacerlo, era un especialista en las telecomunicaciones.

Finalmente llegó el ansiado día la boda civil. En la casa de playa, Florencia lucía un precioso vestido verde botella con encajes de igual tono que le tallaba perfectamente sus caderas. Llevaba un precioso collar de perlas que Edward le había obsequiado. En el escote del vestido, le colgaba un ramito de orquídeas color perla que le acentuaba el escote del mismo y le daba mayor elegancia.

Edward vestía regio: smoking negro satín y una perfecta camisa blanca adornada con una corbata de color azul intenso como el color de fondo de la playa que los acompañaba.

La ceremonia duró aproximadamente una hora y al finalizar, la multitud estalló en aplausos para los recién casado. Edward estaba emocionado porque finalmente tendría a Florencia para lo que le quedaba de vida. Ella era la mujer que amaba, la que lo había vuelto loco y con la que se sentía él mismo.

Florencia por su lado, igual estaba emocionada. Estaba orgullosa de lo mucho que había cambiado Edward. Trataba de encontrar cual había sido el origen de ese cambio: pensaba que había sido por el secuestro, por Sebastián, por haber estado tanto tiempo separados; en fin miles de razones. Concluía que era muchas pero que al final, lo único que le interesaba era que el cambio se había producido y era para bien.

Al finalizar la boda civil, todos quedaron exhaustos y comenzaron a prepararse para la boda religiosa. La misma no se hizo esperar y llegó al finalizar la misma semana que se habían casado por lo civil.

Edward llegó a la iglesia en un vehículo Audi Q7. Al bajarse, en su perfecto smoking negro percibió la frescura de la noche. Eran casi las 7:45 pm y Florencia aún no había llegado. Llegó a la iglesia. Su padre lo estaba esperando a la entrada de la basílica. Ambos se saludaron y se dieron un fuerte abrazo y comenzaron a caminar hacia el altar. Durante el recorrido, varios invitados los saludaron y los felicitaron.

Al llegar al altar, escuchó un alboroto a la entrada de la iglesia. Y cuando dirigió su mirada se encontró con Florencia que llegaba vestida de novia. El vestido era hermoso, modesto y bastante recatado.

Llevaba sobre su rostro el velo que le cubría toda su cara. Edward estaba ansioso por hacérselo a un lado, pero según la tradición debía esperar que ella llegara al altar junto a él.

Florencia al entrar a la basílica buscó desesperadamente a Edward. En lo que llevaban de estar casados por lo civil, su familia le había prohibido que durmieran juntos. Ella sabía que ambos estaban deseosos y anhelaban estar solos para colmarse de besos.

Cuando finalmente ambas miradas se ubicaron, los dos comprendieron lo sedientos que estaban de placer.

Florencia comenzó a caminar del brazo de su padre hasta el altar. Cuando llegaron, Edward bajó los escalones y se ubicó enfrente de ella. Después de unos minutos de contemplarla, le levantó el velo y pudo ver de frente a la mujer a la que amaba, a la que finalmente había encontrado.

El padre de Florencia, la entregó y Edward le brindó su brazo para que lo tomara y se ubicaran frente al altar.

Florencia percibió lo bien arreglada que estaba la iglesia. La misma se encontraba llena de orquídeas blancas y lirios de igual color. El altar donde estaba la Virgen de Guadalupe estaba adornada de lirios a todo su alrededor.

Antes de comenzar la misa y una vez la marcha nupcial cesó de sonar, comenzó la orquesta sinfónica a sonar con las clásicas melodías de ese acontecimiento.

La ceremonia inició y la presidió el padre Carlos, amigo de Florencia que vivía en los Estados Unidos. Igual que ellos, había regresado al país para celebrar la boda de su amiga.

Durante la ceremonia, Edward no le soltó la mano a su mujer. Y se dijo para sí: ahora sí puedo decir con toda certeza que es mi mujer. Al finalizar, los novios se despidieron de los invitados y se fueron para estar solos. Eligieron un hotel sencillo, sin mayores lujos porque no deseaban llamar la atención y lo que verdaderamente les importaba era estar juntos para volver a amarse, tocarse y hacerse el amor hasta que las fuerzas se los permitieran.

Pasaron encerrados esa noche y el día siguiente. Ambos tenían

los labios rojos de tanta pasión y sentían que los mismos estaban reventados pero no les importaba. Así pasaron solos, juntos, sin interrupciones por tres días.

Al tercer día, mientras cenaban, Edward le recordó a Florencia que al día siguiente por la tarde regresaban a los Estados Unidos. Florencia puso cara de melancolía pero aceptó que la vida debía continuar pero ahora sería diferente.

Terminaron de cenar y se fueron a su habitación. Estaban tan exhaustos de sexo que esa noche se durmieron abrazados. Al amanecer, se levantaron y fueron a tomar el desayuno. Ya tenían las maletas hechas. Al salir, toda la familia de Florencia los esperaba en el parqueo del hotel. Edward sintió una gran alegría y los abrazó a todos.

Luego de saludarlos a todos, se dirigieron a almorcazar en familia. Llevaron a Edward a comer un delicioso plato de churrasco típico salvadoreño. Ese plato se había convertido en el preferido de él. Por esta razón había adquirido algunas libras de más. Consciente de eso, ya había trazado a su regreso, en su piso, una rutina de ejercicios que llevaría a cabo para disminuir esas libras de más.

CAPÍTULO XXIII

Adiós a un Angelito

Cuando finalmente los dejaron en el Aeropuerto Internacional de Comalapa, Florencia estaba triste y pensativa. Otra vez debía dejar su tierra pero ahora, era en otras condiciones. Trató de cambiar de humor y al acordarse de que finalmente vería de nuevo a Sebastián, su perspectiva mejoró. Abordaron el avión a la hora indicada y ambos se quedaron dormidos hasta el aterrizaje en San Francisco.

Llegaron a su apartamento y al bajarse del taxi, los oficiales los estaban esperando en el lobby. Florencia sintió que el corazón se le paró. Edward trató de tranquilizarla pero la sola presencia de los agentes era mala señal.

Florencia pensó que “el buzzo” había aparecido de nuevo, tratándose de llevar a Sebastián pero no fue así. Los agentes se les acercaron y fue Laura quien habló:

-Siento mucho la noticia que les voy a decir pero es mí deber hacerlo:

-Sebastián ha muerto esta mañana.

-¿QUÉ? dijo Florencia y cayó al piso.

Edward la tomó de la cintura para evitar un mayor impacto.

Florencia comenzó a llorar y a gritar. Edward trataba de tranquilizarla pero le fue imposible. Optó por dejarla que se desahogara. Y fue lo mejor. Cuando sus sollozos comenzaron a disminuir, los agentes y Edward la llevaron a la sala del lobby y ahí, ya sentada, le explicaron la situación.

-Falleció sin ningún dolor o sufrimiento. Según lo reportó su pediatra, los síntomas se agravaron y simplemente su corazón dejó de latir. Lo sentimos mucho, señora Morgan.

Pasaron en la sala aproximadamente cuarenta y cinco minutos y cuando Florencia mostró un mejor semblante, los agentes le volvieron a explicar lo que el médico les había informado. También les dijeron el lugar donde Sebastián estaba siendo velado y el lugar donde se llevaría a cabo el sepelio.

Florencia y Edward se fueron de inmediato al lugar y permanecieron junto al ataúd hasta el día siguiente, cuando finalmente lo llevaron al lugar donde reposarían sus restos.

Antes que comenzara el descenso del ataúd, Florencia y Edward pensaban en voz baja sobre lo efímero que puede ser la vida.

Florencia lloraba pero se controló de una forma heroica. Cuando el ataúd había descendido, ella se volvió a Edward y le susurró al oído:

-Que Dios lo tenga en su santo cielo. Sé que era un angelito.

Edward le beso la frente y se acercó para decirle:

-Así es.



Ella es una mujer migrante latina que se radica en los Estados Unidos por razones de seguridad. Su principal temor es que su secuestrador salga libre y la encuentre para matarla y de esa manera saldar la cuenta pendiente que tiene con ella.

Edwards Morgan es uno de los principales ejecutivos de las Empresas Morgan. Arrogante, presumido y muy seguro de sí. Extremadamente varonil y obstinado con su trabajo. Siempre ha creído que los latinos son personas que llegan a su país para quitar oportunidades de empleos a los anglosajones hasta que conoce a Florencia Martínez, que lo hace cambiar y reflexionar sobre sus formas de pensar.

Juntos enfrentan los peores temores de la vida pasada de Florencia así como una serie de hechos lamentables que al final, lejos de separarlos, los unen más.

¿Y si te enamoras de mí?

Ana Urbina

